

HUGO ALFARO
**pruebas de
imprensa**



arca



pruebas
de
imprensa

pruebas
de
imprenta

HUGO ALFARO

pruebas
de
imprensa

arca

© Copyright by ARCA Editorial S.R.L.
Andes 1118, Tel. 90.03.18, Montevideo
Hecho el depósito que marca la ley
Printed in Uruguay - Hecho en Uruguay

16 de junio de 1984

LA "BATALLA" DEL RIO DE LA PLATA

Asombro, admiración y decidida envidia en el rostro de los amigos montevidéanos que se iban enterando.

-¡¿Cómo?! ¿Que te vas a Buenos Aires para volver en el barco con Wilson?

(Gesto mío de displicencia:) -Sí...

Deseos de buen viaje y que te diviertas. Pero por lo bajo: "¡Estos periodistas tienen una suerte! Se meten en todo, y encima gratis. Y en fija, copas. Pero sobre todo: ¡volver con el Wilson, ver qué pasa, estar ahí...!" Y el amigo se queda rumiando su bronca y odiándome un poco.

Lo que debió ser el regreso normal -sin duda multitudinario, sin duda emotivo- de un exiliado más (aunque ciertamente "distinto"), fue convirtiéndose en acontecimiento extravagante, de esos que amenazan desestabilizar a un gobierno y poner en vilo un país. Parece agudamente desproporcionado y, sin embargo, así es como se dieron las cosas.

En Montevideo es casi el único tema, y eso resulta un poco más explicable. Pero es que hasta los taxistas porteños saben de qué -de quién- se trata: en la calle Corrientes hay puestos de venta de banderitas uruguayas y vinchas de Wilson; y en las paredes de la capital argentina, que domestica y trivializa cualquier evento, se ven los afiches de un Wilson maduro. Maduro para volver. Pero los párpados entornados del Dr. Gonzalo Aguirre, frecuente

portavoz del Partido Nacional, no dejan lugar a dudas: *"Con Ferreira Aldunate preso, no hay elecciones"*. Los partidos políticos opositores cavilan y cabildan. Deben contestar la propuesta de las Fuerzas Armadas para institucionalizar (a su uniformada manera) el futuro democrático del país. Pero el llamado "borrador" resulta inaceptable a la luz del claro compromiso asumido por aquéllos ante el pueblo en ocasión del histórico mitin del Obelisco (u "obeliscoazo"), el 27 de noviembre pasado. El tantas veces anunciado como postergado retorno del líder nacionalista representa una dilatoria más. Y en el interín, los militares muestran los dientes (no son postizos). El Directorio del Partido Nacional declara: *"La decisión pertenece al Sr. Ferreira Aldunate"*. Este enfatiza: *"Volveré cuando mis amigos políticos lo decidan"*. Y así pasan días, semanas, meses. Hasta que Wilson resuelve, literalmente, tirarse al agua.

En una de las muchas conferencias de prensa que brindó en esas pocas horas a bordo, anunció el dirigente blanco:

-Informaciones confiables procedentes de Montevideo aseguran que me están esperando seis tanques en Plaza Independencia. Es el cálculo justo: un tanque para mí, otro para Juan Raúl, otro para mi mujer, otro para mi hija y dos para mis nietas.

El clima en el barco era igualmente festivo, con una veta de inquietud y otra de emoción. Veníamos de vivir en cubierta momentos memorables al culminar la despedida. Una numerosa concentración de militantes, en su gran mayoría frenteamplistas (el exilio político uruguayo es, casi todo, monocolor), se había agolpado tras los cordones de contención de la rambla portuaria, a escasos metros del "Ciudad de Mar del Plata II". Los cánticos consabidos -y alguno inventado allí- atronaban los aires. Cuando llegaron Wilson y su familia para embarcar y todas las expectativas se pusieron de pie, yo quedé prensado entre una Arriflex y una Nikón, de la prensa televisiva extranjera. Creo que durante un rato sólo emití pensamientos en color. Es que me encontraba a dos metros de la planchada por la que ascenderían los Ferreira.

Wilson volaba de fiebre (y en términos generales, "volaba"); la laringitis casi le impedía hablar. Casi. Por supuesto habló por todos los micrófonos que le ofrecieron. Saludó y "fingió" saludar tantas veces como las muchas Arriflex y las muchas Nikón (y algunas costillas de mi esternón) se lo pidieron. Como en el tácito acuerdo que vincula a los campeones con los periodistas gráficos, el *flash* buscaba a la sonrisa y la sonrisa al *flash*, vuelta y vuelta. La simpatía de Wilson lo hizo todo muy fácil.

Pero la militancia portuaria no estaba para bromas. Juan Raúl tampoco: de pronto se le vio correr hasta la multitud y abrazarse largamente con hombres, mujeres y niños. Por fin, todo el mundo a bordo. El "Ciudad", sin embargo, tardó en desamarrar. Pero en la dársena nadie desamarró. Cuando a las 22 la nave, como midiendo las palabras, empezó a ensanchar la franja de río que la iba alejando de la escollera, una etapa de dudas y especulaciones quedaba definitivamente atrás.

Quedaban atrás, también, años de exilio, años de ese combate ciego en que el enemigo está en la mira pero no a la vista. Todo se vuelve ahora fantasmal, incierto, como en las fotos movidas. El "Ciudad" se aleja de a poquito o, según el lado desde el cual se mire, de a poco va acercándose. Para la multitud de la escollera la etapa del exilio continúa. El suelo patrio está en la otra orilla, ahí nomás. Pero es una distancia irreal, no se mide en millas o nudos. Como en el sueño del nadador, la pared de la piletta se aleja en la última brazada, una y otra vez.

Bullicio en cubierta. Las limpiadoras y los mozos de cordel abandonan por un momento sus tareas, se reúnen frente al compacto grupo humano que, visto desde el barco, se aleja, y empiezan a corear, ellos, argentinos: "¡Uruguay!, ¡Uruguay!". La dársena replica: "¡Ar/gen/tina!, ¡Ar/gen/tina!". Cunde la emoción. Con voz enronquecida, Wilson pronuncia desde cubierta palabras que no pueden no ser hondas. Está midiendo una distancia que durante largos años lo tuvo a él también del otro lado. La multitud corea: "Vamos a volver al Uruguay/para que vean/que este pueblo no cambia de

idea/bajo las banderas/de la libertad". Las lanchas y las barcazas fondeadas en el Riachuelo hacen sonar sirenas solidarias. Y allá lejos se distinguen todavía las banderas flameando y el canto en la noche. Mitad rabia, mitad esperanza.

Ahora sí, estamos embarcados. No nos sentimos, sin embargo, "pasajeros del vapor de la carrera", esa humilde ordalía turística a que los montevideanos (a falta de otros toques de distinción) nos entregamos periódicamente. Este viaje es de arena fina, se nos nota a todos en el deambular por los pasillos. Cada uno sospecha de su vecino que pueda tratarse de una celebridad aún no identificada. Fuera de las celebridades obvias: miembros del Directorio nacionalista, políticos, escritores, actores, intérpretes de canto popular, hombres de radio y amigos personales del señor Ferreira. Y periodistas en número de ciento noventa, entre nacionales y extranjeros. En total, cerca de quinientos pasajeros. Si esa noche no se era alguien, mejor no estar allí.

A las primeras de cambio, conferencia de prensa de Wilson. Engripado, sonriente, atraviesa la masa compacta de amigos que lo palmea y lo aclama: "*¡Vivan los blancos!*", "*¡Arriba Wilson!*". ¡Arriba las Arriflex y las Nikón!, otra vez. Son 50 cámaras, focos y micrófonos descargando su fuego fatuo sobre la sonrisa invencible del candidato a presidente o, según se mire, a detenido.

Después del victorioso retorno al camarote (la conferencia de prensa había sido de lo más socrática: "Sólo sé que no sé nada"), la militancia PorLaPatrista ocupa la cafetería. Un "Old Smuggler", 130 pesos; un café con sandwiches... bah, nadie pregunta. Si a lo largo del corto periplo de la barra del bar a la litera hubo algún paso en falso, mejor atribuirlo a los vaivenes de la navegación. Hubo cena, hubo truco (perdí), hubo canto popular en la *boite* (Estramín y Peyrou, excelentes). No pocos escritores, periodistas, políticos y simples amigos me hablaron de Quijano, de su vida y de su muerte, ocurrida seis días atrás. Wilson me dijo: "*Siempre que lo vi, hasta el año pasado, insistía en que su exilio iba a ser sin retorno. Una vez más tuvo razón. ¡Que lástima!*".

La vuelta a los camarotes es gradual. Hay quienes carecen de él y buscan sillones propicios, rincones en penumbra y -aspiración quimérica- silenciosos. "*Mañana será otro día, será El día, viva Wil...*". El sueño llega. Pero el Insomne Señor de la Arriflex husmea tenazmente por salones, pasillos y cubierta, buscando *la nota*. Con malsana avidez ordena encender los focos, que bruscamente bañan en luz -no lunar- al suave durmiente; éste presiente el peligro, espanta lo que cree ser una sombra (es la luz) y murmura un vago recuerdo para la madre del cazador furtivo. Pero no pasa nada. La nota está hecha. Mañana ilustrará en las pantallas suecas el pintoresquismo de una noche política uruguaya.

Noche extraña. Presagios. En el camarote de dos, me toca la litera alta. Es de madrugada. Ruidos que vienen de cubierta se enlazan con el sueño. ¿Serán, ya, provenientes del río? ¿O todavía, de la *boite*? El compañero de la litera baja salta del lecho, se viste precipitadamente, sale. Vuelve. No pasa nada. El camarote se hunde otra vez en un silencio aspirante-impelente.

A las ocho -sol alto-, nos llegan los primeros partes bélicos. Estamos rodeados de varias naves de guerra uruguayas, quizás las únicas con que cuenta el país. En tanto, unidades de la Fuerza Naval de Aire sobrevuelan el inocente vapor de la carrera. Parece que, guardando celosamente la relación, cada uno de los familiares de Wilson tiene asignado también un barco de guerra. Uno trata de convencerse de que está viviendo un momento histórico, pero las maniobras de los militares uruguayos no lo dejan: todo aquello es poco serio, huele a sainete. Mis amigos montevidEOS, sin embargo, empiezan a tener razón: no deja de ser un privilegio poder presenciar el *show* desde primera fila.

Para el capitán del barco, Capitán Sixto Rojas, no hay vuelta que darle: el momento *es* histórico. Se trata de un tucumano bienhumorado y campechano, dispuesto a fomentar el lado placentero, más que el heroico, de su oficio. Por lo pronto, nunca fue

tan fotografiado. Va y viene con noticias -que él no genera-, tratando de mostrarse digno de la ocasión. En cuanto ingresa en aguas jurisdiccionales uruguayas (las estuvo bordeando toda la noche para evitar un operativo nocturno), el capitán Rojas recibe de la "escuadra" oriental la orden de fondear. Hmm. *Ordenes militares -de un país extranjero- con numeroso pasaje a bordo- compuesto de notables.* Pero Buenos Aires es terminante: si franquearon las aguas jurisdiccionales uruguayas, acate, Capitán, acate (no irá a entender "¡Ataque!", pensaba yo). Tranquilo, ubicado, el capitán fondea.

De pronto todas las miradas se orientan en una sola dirección: la lancha patrullera N°70 enfila hacia nosotros. "Abordaje". Ascienden al "Ciudad" seis oficiales de la Marina, presididos por el Prefecto del puerto de Montevideo. Este trasmite al capitán la orden (que trae) de arrestar a los señores Wilson Ferreira Aldunate y Juan Raúl Ferreira Sienra, trasbordándolos a la lancha en que vino. El Capitán se dirige a cubierta, donde el señor Ferreira padre departe con familiares y amigos a la espera -tensa- de los acontecimientos. Estos parecen precipitarse. "¿Querría usted acompañarme hasta el puente de mando, donde el señor Prefecto lo aguarda?"

-Mire, Capitán: yo estoy aquí acompañado por mis amigos, y no me parece bien abandonarlos. Estamos viajando juntos hacia mi país, y yo no voy a bajar en medio del río. Si el Prefecto trae órdenes de usar la fuerza, por supuesto no voy a oponerme. Pero que no cuente con mi buena voluntad para ayudarlo a cumplir su misión.

El Capitán resopla discretamente. Empieza a "reventarle" el lleva y trae. Añora las travesías convencionales, aburridas, esas en las que no pasa nada. Vuelve al puente de mando con la respuesta del requerido. Y otra vez a cubierta, con la súplica del requirente. "¿El señor Ferreira tendría la amabilidad de acompañarme? El señor Prefecto desea hablarle". "Sí, comonó".

La militancia nacionalista se arremolina en torno al líder. Se va a producir el primer encuentro personal entre un militar del

régimen (ciertamente, de menor jerarquía) y el político uruguayo que desde hace once años, en el exilio, viene fustigando duramente al "proceso". Las cámaras también se arremolinan para registrar la travesía de esos pocos metros. Todo les viene bien a los periodistas gráficos. *Flashes* porque bogas y porque no bogas *flashes*. Wilson sonríe. Su mujer, recelosa, sonríe.

Don Carlos Julio Pereyra, hombre del interior, de hablar bajo y poco, y firme, integrante con Ferreira de la fórmula electoral de la mayoría nacionalista, trae la versión oficiosa de las negociaciones. El diálogo habría sido así:

-Señor Ferreira, no se imagina lo incómodo que me resulta todo esto.

-Me imagino.

-Mire que yo también soy demócrata republicano. Pero debo cumplir órdenes. Le ruego que usted y su hijo me acompañen en calidad de detenidos a la lancha patrullera.

-Ya sabe usted, señor Prefecto, por boca del señor Capitán, cuál es mi posición. Sólo descenderé de este barco en tierra oriental. Únicamente por la fuerza lo haré aquí, en medio del río.

-¡No diga eso, señor Ferreira! Yo no vine aquí a cumplir medidas de fuerza. ¿Sabe qué ocurre? Fueron levantadas en la capital las restricciones para el público, y las calles están llenas de gente. A Montevideo no podemos ir.

Un silencio como los de Bergman.

-Y dígame, señor Ferreira: ¿sí fuéramos para Punta del Este y desembarcáramos allá? Pondríamos ómnibus para transportar a sus amigos y a los periodistas desde la península hasta Montevideo. En pocas horas se hará todo.

-Ninguna objeción de mi parte. Yo sólo deseo desembarcar en tierra uruguaya, cualquiera sea el sitio. Y que en el mismo sitio desembarque también el pasaje.

-¡No sabe cómo le agradezco su buena voluntad! Capitán Rojas, ¿tiene combustible suficiente, y comida para los señores pasajeros?

Por la mente del Capitán vuelan grullas, sapos, culebras y pirañas. Pero sólo dice:

-No se preocupe, señor Prefecto. Es mi problema.

Obligado a hacer turismo, el "Ciudad de Mar del Plata" pone proa hacia Punta del Este. En otras circunstancias y en verano, el inesperado cambio de rumbo hubiera merecido ruidosos vítores. El gesto colectivo de contrariedad demostró que no era el caso. Cuando al rato divisamos a lo lejos, dejándolo atrás, el recortado perfil de la ciudad de Montevideo, con la querida fealdad del Palacio Salvo y todo, recordamos una vez más -a propósito de los Ferreira- el sueño oprimente del nadador: en la última brazada, la pared de la pileta se volvió a alejar.

El entorno político del líder blanco evaluó como un triunfo el sobresaltado acontecer (en realidad evaluaba como un triunfo todo lo que ocurriera). Nosotros volveríamos a los transitados pasillos y salones del barco, haciéndonos lenguas de lo que había sucedido y de lo que habría de suceder "de aquí en más", como dicen los cronistas deportivos. (Lo cierto es que empezábamos a estar ligeramente hartos unos de otros.)

¿Y qué resultados habían arrojado -raya pasada- aquellas pequeñas maniobras? No obstante la soledad del Río de la Plata, sería ilusorio pensar que el ridículo haya sido sólo para consumo interno: cerca de doscientos periodistas ya empezaban a difundirlo en los centros mundiales de información. Un operativo gigantesco de prevención había sido montado en el país, tratando de retraer, por el temor de "hechos de sangre" (la expresión fue empleada en el área de seguridad), a la enfervorizada militancia nacionalista y a la que, sin serlo, veía en el regreso de Ferreira Aldunate otro eslabón del desexilio, digno de participación y apoyo. Pero nadie dio bolilla a la Operación Susto. Y una muchedumbre eufórica y por supuesto pacífica, cubría gran parte de la avenida Agraciada.

Dato significativo: a esa altura de la mañana no se advertía vigilancia militar por las calles de Montevideo. ¿No era ése, sin

embargo, el momento en que los "infiltrados" de que tanto se habló empezarán a actuar? "¡Ah, dijo el Ministro del Interior, *no actuaron gracias a las medidas preventivas del gobierno!*". En el Mar de las Incoherencias -como mereció ser bautizado el Río de la Plata ese sábado 16 de junio- aquello encajaba bien. Destruidores, destroyers, lanchas y aviones habían cercado al vapor de la carrera, "amenazando" a un pasaje minuciosamente palpado de armas al embarcar en Buenos Aires. Para terminar encontrando razonables, entre galanterías y guante blanco, las condiciones si no impuestas al menos propuestas por el aborrecido "enemigo de la patria".

Faltaba la última incoherencia: si a las 13 debió la nave cambiar el rumbo de Montevideo por el de Punta del Este, a las 14 otras órdenes la hacían girar en redondo para volver a su destino primitivo. En algún lugar de la costa, alguien debió sufrir de torticollis.

Desde cubierta, al acercarnos nuevamente a Montevideo, las muestras de adhesión son inequívocas: los balcones de los edificios altos emiten saludos luminosos con espejitos, y en lejanas azoteas se agitan banderas. La entrada a puerto estaba rescatando la emoción tantas veces postergada, y ya nadie pensaba en las absurdas horas precedentes. La mítica realidad tomaba al fin la forma del cerro, de los tanques de ANCAP, del edificio de la Aduana y del inevitable Palacio Salvo. Era el momento indicado para entonar a coro, con los eternos desajustes, el himno nacional. Los detenidos, que van a dejar de serlo "técnicamente" para serlo en los hechos, están ya en la planchada. Febriles abrazos y apretones de manos, besos familiares, la "V" de la victoria, el saludo de despedida de Wilson con el capitán del barco (que ahora sí, está radiante). Alejada, Matilde Rodríguez Larreta, la viuda de Gutiérrez Ruiz, llora en silencio. No quiere empañar la alegría de los otros, pero éste es el retorno que les fue negado a ella y a Toba. Me acerco a Matilde sin palabras; para estar (simplemente, inútilmente) a su lado. Hasta que los protagonistas -Ferreira padre e hijo-

pisan, por fin, suelo patrio, que por ahora es sólo el humilde empedrado de la aduana. Finalmente, la pared de la pileta en el sueño del nadador.

Pero habrá otras paredes: las de las unidades militares entre las cuales ambos se encuentran, ya, estrictamente detenidos. El pasaje -ahora silencioso- es obligado a descender en pequeñas tandas. Nos despedimos evitando efusiones. La comedia de las equivocaciones y el sainete quedaban atrás. Pero la vergüenza y la lucha continúan: el Uruguay dictatorial todavía no cayó.

Proceso (México), agosto de 1984

CELEBRACION DE LA VIDA

A dos kilómetros de Las Piedras, por la Ruta 48, se encuentra el casco de lo que fue la estancia de los Artagaveytia. Sólida y armoniosa construcción que desarrolla su planta hacia el interior, como dando la espalda al que llega. Desmienten esa primera impresión una vistosa Santa Rita, el molino y los árboles añosos que enmarcan el predio cordialmente. Cuando llegamos la desmentían además, Pablito y Chirola.

-El Chirola, explica el P. Luis Pérez Aguirre, que había ido a buscarnos a Las Piedras, es un regalo que le hizo a los niños de "La huella" una de esas personas que simpatiza con nuestra tarea y quiso colaborar. Ahora es un caballito manso; pero vino como potro, sin domar. En poco tiempo los chiquilines le quitaron mañas y cosquillas. Se pasan el día arriba del petizo. Para ellos es una fiesta.

Y se nota que para el Chirola también. Les deja hacer, con el aire resignado y bonachón del que sabe lo que son niños. Pablito, seis años, lo monta con recién adquirida destreza, y desde lo alto prepara su mejor sonrisa para el "flash". Todo un acontecimiento.

El reportaje empieza a pie, con un reconocimiento del lugar. Tambo, veinte vacas, tractor, cerdos, gallinas, tierra para forraje, largas cuerdas de ropa tendida. En la carretera el letrerito anunciaba: "Granja-Hogar La Huella. Cerdos todo el año"; ahora asoman por todos lados los dos rubros.

-Aquí se ordeñan 220 litros diarios de leche. Veinte son para la comunidad y doscientos para Conaprole. Somos productores pequeños, pero no tan pequeños.

Con una mezcla de alegría e inocente orgullo, Pérez Aguirre ("Perico") sigue informando:

-Hemos tenido premios por tenor graso y -constantemente- por higiene. Esos premios, más créditos llevaderos, nos permitieron comprar la ordeñadora eléctrica. Todo lo hacen los mayorcitos, con absoluta responsabilidad. Tenemos también gran demanda de lechones. Son treinta hectáreas bien aprovechadas.

Prevía recorrida por los cómodos y modestos aposentos, y por la amplia cocina, donde la cara coloradota de doña Sabina es toda una promesa de buen yantar (que después se cumpliría), nos instalamos en el estar comfortable. Hogar, molduras de madera, rincones que fueron refinados en la "belle époque", una acogedora atmósfera familiar. No veo imágenes religiosas, y declaro mi (moderada) sorpresa. Sólo un dibujo de Cristo, no diré convencional pero tampoco muy creativo.

Después de los "ejercicios de calentamiento" el P. Pérez Aguirre da "el puntapié inicial":

-Cuando llegué aquí para quedarme, hace unos seis años, los jóvenes que ya vivían en "La huella" -te aclaro que ésta es una comunidad de laicos- me plantearon muy claramente lo que esperaban que yo hiciera y lo que no. Después hablaremos de lo primero. Pero en cuanto a lo segundo quedó claro que desestimaban, como yo, esa imagen verticalista del cura que manda y decide, protector y paternal. Ellos están en una búsqueda distinta: evitar el clericalismo y expresar su vivencia cristiana.

-Aquí decimos misa, acota Mario, 30 años, ingeniero agrónomo. Y ésta es la capilla (sonrisas). Celebramos la vida. El esfuerzo es ir a las fuentes, romper con el rito por el rito y buscar el sentido. Si eso no funciona, no funciona la comunidad. Celebramos la alegría de tener estos chicos, el verlos progresar, la alegría de vencer no sólo las muchas dificultades sino los vaticinios en contra.

-¿Vaticinios en contra?

-Sí, muchos. Y de la gente que más nos quiere. Nuestros familiares, que son un lastre afectivamente muy rico pero también muy fuerte e

inhibidor, nos plantearon y nos plantean los riesgos de la vida comunitaria, los riesgos de ocuparnos de chicos cuya imagen genérica es la de chicos "de la calle", que te van a robar, que te van a golpear, que te van a jugar mal. Cuando yo dije que me casaba y me venía para acá, lo desaprobaron. No podían creerme. No olvides que tengo origen burgués, individualista. Ahora tenemos dos hijos chicos que conviven aquí con los demás, hacen juntos los deberes, comen juntos, juegan y se pelean juntos por el Chirola. Celebrar la vida es reconciliarnos, es respetar a la persona en su dignidad, es privilegiar a los débiles.

-¿No es hora de ir diciendo cómo funciona "La huella"?

Cualquiera podría decirlo. Lo dice Perico.

-Un grupo de personas trabajamos juntos buscando, por un lado, hacer un proceso de conciencia frente a la problemática de la injusticia; y por otro, canalizar esa misma conciencia en acciones concretas. En lucha contra la injusticia y en solidaridad, personal, con quienes la padecen y tratan de superarla. Se constituyó el movimiento juvenil "Castores de Emaús", atento sobre todo a la problemática de "los sin techo", y vinculándose a las primeras cooperativas de viviendas. Hasta que llegó el momento en que quisieron estabilizar ese compromiso. O sea, que no fuera un compromiso por el tiempo libre sino por todo el tiempo. Organizaron su vida de acuerdo a esas convicciones. Por entonces nos había producido un verdadero impacto lo que hacían, en el mismo sentido, los "Scouts" católicos que se habían ido a vivir a Pando con un grupo de niños en situación de abandono, de marginalidad.

- Mmm... los "Boys Scouts"... Suena a trepar montañas de gusto, ¿a qué se debe?

-En su origen fue un movimiento admirable, surgido en Africa cuando la guerra de los boers. No niego que hubo desviaciones y cierta trivialización, pero todavía es capaz de acciones plausibles y la de Pando es un ejemplo -repito el adjetivo- admirable. Lo cierto es que la metodología "Scout" fue para nosotros, hace 12 ó 13 años, una referencia muy fuerte.

Los chicos entran y salen. No les interesa, como es natural, lo que decimos; pero quedan prendidos al ojo rojo del grabador que

registra la charla. Uno de ellos le pasa tranquilamente un autito por la cabeza al P. Pérez Aguirre, mientras habla. Como el Chirola, éste lo deja hacer.

-¿Quiénes viven en "La huella"?

-Ocho adultos (dos matrimonios, un célibe y tres solteros). Y en este momento, 16 niños. El menor, 5 años; y el mayor, 18.

-¿Cómo son "reclutados" los menores?

-Puesto que tenemos que limitarnos a un número muy reducido de lugares, seleccionamos los casos extremos: niños que están en total orfandad, sin padre ni madre ni familiar que los reclame; o en situación de abandono decretada por el juez de menores. Las razones del abandono...

-Que es otro problema y quizás otra nota...

-...son casi siempre económicas. Según estudios recientes, la población infantil con baja atención del adulto responsable (no me refiero a los casos extremos, que son los que interesan a "La huella"), andaría por una cifra cercana a los diez mil. Esto plantea un problema de causas, más grave que el de los efectos. Luchar contra la injusticia en cada caso concreto, sí claro; pero también tratar de parar la máquina de hacer pobres.

-¿Cómo intentan ustedes pararla?

-Primero te diré algo sobre lo que serían los objetivos básicos de "La huella". Este grupo no pretende demostrar nada, sino mostrar. Mostrar una pequeña organización social fundada en otros valores que los que propone e impone la sociedad uruguaya actual y tantas otras, similares. Una experiencia evangélica, en la que la vida comunitaria posibilita la relación personalizada, el respeto absoluto del otro, la abolición de las jerarquías, de la propiedad privada y de los roles prefijados, esos por los que la mujer debe lavar platos y los hombre trabajar fuera. Y en el enorme panorama de la injusticia hemos elegido al niño abandonado. Ese para nosotros es el rostro concreto del pobre. Lo hemos traído a casa, para que esté con nosotros, viva con nosotros y vaya haciendo su penoso proceso de hacerse persona. Hacerse hombre desde dentro y con nosotros.

-Te propongo volver a la máquina de hacer pobres.

-Otro objetivo, derivado de lo anterior, es el de incidir en las causas de esta injusticia. Todos estamos obligados a tener una tarea afuera. Eso

limita el llenarnos de niños que absorberían toda nuestra energía. Y nos permite mostrar que con el esfuerzo de todos podemos llegar al autofinanciamiento y la independencia económica. De modo de no tener atada la capacidad que nosotros llamamos profética. O sea que por el hecho de depender económicamente de instituciones o de personas, no tengamos libertad de anuncio, de palabra o de denuncia. Dentro de casa, pues, trabajamos la tierra, producimos leche, vendemos lechones. Y afuera, con nuestro trabajo profesional, ganamos sueldos que van, como todo lo que ingresa en "La huella", a una caja común. Cada uno recibe de acuerdo a sus necesidades; y por consenso, no por decisión "de arriba". Por último tenemos también un objetivo de solidaridad con todos los que luchan por superar la injusticia.

-Eso supone un compromiso muy hondo.

-Los adultos de la comunidad tenemos un compromiso asumido. Y esperamos que también lo tengan nuestros niños a medida que se vayan integrando en ese trabajo de transformación estructural, como agentes de cambio. El compromiso de los adultos es concreto y variado. Desde trabajos sobre programas de infancia, investigación de denuncias sobre situaciones de injusticia, trabajos con incidencia política tendientes a abrir el tema de las transformaciones económicas del país, trabajos por la lucha en defensa de los derechos humanos. Yo he recorrido foros internacionales denunciando incidencias negativas en la situación interna del país. Y esto surge, yo creo, de una conciencia atenta a las causas de la pobreza y la injusticia.

Pablito ronda el grabador.

-¿Qué es este señor, Pablito, para vos?

-Papá.

-¿Es tu papá?

-Sí.

-Y para vos, Perico, ¿qué son estos chicos?

-Yo tengo tareas específicas en la comunidad. Como sacerdote: la animación de la fe del grupo, la celebración de esa fe, y la reconciliación. Y como miembro del grupo, las tareas que se asignan a cada uno. Respecto de los niños se vio conveniente que yo no tuviera una relación estable y

directa con ellos, en la medida en que no tengo un compromiso de estabilidad dentro del grupo. Ese compromiso lo tienen los laicos, que viven aquí y han dado sus vidas para esto.

Sara, joven encargada de los más pequeños, junto a Gabriel, tiene algo que decir al respecto.

-Ellos saben que tienen otra mamá -una mamá, su mamá. Porque, al menos, desde el momento en que podemos hablarles de eso, tratamos de ser siempre absolutamente claros, puesto que lo peor es la incertidumbre, la confusión. Pero el trato diario puede más que todas las explicaciones, al fin de cuentas abstractas. Entre una madre verdadera, pero lejana y vaga, y otra, "falsa", a la que se puede tocar y llamar mamá, ellos optaron por mí. Y yo opté por ellos.

-Mario, pienso que tu opción debió ser conflictiva. Con lo rica que fue, me decía, tu experiencia con laburantes. ¿No sentís la nostalgia del ámbito obrero?

Se ve que Mario tenía ganas de contar esa historia.

-Hace 17 años que ando en tareas de participación, comunitarias. Primero fue con el Movimiento Erradicador de la Vivienda Insalubre Rural (MEVIR), que presidía el Dr. Alberto Gallinal. Te hablo del 67; yo tenía 13 años. Nos fuimos con los grupos solidarios de estudiantes al interior, para cooperar en los planes de vivienda por ayuda mutua, previos a FUCVAM. Las familias campesinas, marginados, peones que al retirarse de las estancias quedaban viviendo en los pueblos, se beneficiaron con un impuesto a las Ferias Rurales, base de un Fondo que administraba el MEVIR. El grupo nuestro, "Castores de Emaús", del que después saldría "La huella", organizó un campamento con 200 personas para iniciar los trabajos. Ya teníamos hasta los pasajes, cuando vino una orden directa de Gallinal para que se rechazara nuestra colaboración. Dijo, novedosamente, que éramos comunistas. Me fui en persona hasta San Pedro de Timote a pedirle cuentas: por qué se prohibía nuestra tarea de apoyo. La respuesta fue que podríamos llegar a hacer uso político del hecho y que, habiendo comunistas en el grupo... En el 71, el propio Dr. Gallinal, haciendo propaganda para el Gral. Aguerrondo, anduvo de gira por los pueblos donde se iba a volcar el Fondo, y no tuvo ningún

inconveniente en presentarse como administrador de esos recursos. Las conclusiones sácalas tú.

-Son fáciles de sacar.

-Ahí viene, por supuesto, el corte con el MEVIR. En el 71 nos vinculamos a Covim 2. Ya son los comienzos de FUCVAM. Ibamos a trabajar domingos y feriados, aportando horas al núcleo obrero. Pero era mucho más lo que ellos nos aportaban a nosotros. Coincidió con el conflicto textil. Vinieron ocupación de fábricas, ollas populares, peajes, medidas de apoyo. Vivir la solidaridad de la clase obrera enriquece como pocas cosas. Después... las viviendas se terminaron en el 74. Y en el 75 empieza "La huella".

-Sí, pero los problemas en el campo sindical continuaban, FUCVAM empezaba a meter... ¿Por qué te abriste?

-La cosa es más honda. Hay una realidad: la injusticia. Y muchas maneras de enfrentarla. Nosotros (yo y mis compañeros "Castores") fuimos descubriendo la solidaridad como un elemento esencial de nuestra vida. Hasta ese momento teníamos con nuestras convicciones un compromiso parcial, sólo por el tiempo libre. Quisimos asumir un compromiso absoluto, el tiempo de la vida entera. No era una actitud arrogante, era un impulso cristiano, evangélico. Si así lo sentimos, ¿por qué no traducir eso en acciones, en decisiones?

-No tomes mis preguntas por cuestionamientos.

-Y tú no tomes mis respuestas como enojos. Yo no creo que esas tareas sean excluyentes, son complementarias. En un caso es el obrero luchando junto a sus compañeros por reivindicaciones que hacen a la subsistencia, pero también a la dignidad. En el otro, son niños en estado de abandono extremo, quizás provenientes de algún hogar obrero víctima de la crisis económica. Yo creo estar en otra trinchera del mismo frente. Una trinchera en la que me siento (porque tampoco hay que contrariar lo mejor de uno mismo) más pleno, más auténtico y por lo tanto más útil. Pero no olvidé aquella experiencia. Asimilé lo más rico: la sabiduría del lenguaje del trabajo, donde hay pocas explicaciones que dar y mucha energía que entregar. Allí no tenés que decir que los estimás, que te sentís igual que ellos. Por eso salí el 26 de febrero por toda la zona, feliz, a

levantar firmas para FUCVAM.

También el P. Pérez Aguirre tenía una historia para contar. Lo hizo cuando Pablito salió.

-Ya que ustedes hablan del compromiso personal y del compromiso social, y del alcance de las acciones que se emprenden, quiero contarle algo acerca de uno de nuestros niños. Fue de los últimos en llegar a "La huella". Hubo una denuncia por parte de unas maestras aquí cerca, de que había un niño que estaba sufriendo un trato totalmente anormal.

El niño funcionaba -digo "funcionaba" porque era un mecanismo de estímulo, tipo Pavlov, o sea reaccionaba al castigo o a la sensación placentera- igual que un animal. Cuando vino aquí, todavía tenía las piernas moradas por los varazos que recibía. La señora, cuando salía, lo encerraba con llave adentro del ropero, para que no se le escapara. Era como un bichito. Un niño sumamente agresivo, hiperactivo, con una capacidad destructiva muy grande como reacción al trato que se le infligía. Simplemente respondía a los estímulos. Hace dos años de esto. Los castigos debió recibirlos cuando contaba entre 3 y 4 años. Yo digo a veces: los milagros del amor. Nosotros los cristianos hablamos a veces de los milagros como de cosas raras, esotéricas, extrañas. Y el milagro pasa a veces a nuestro lado y no lo vemos. El niño, puesto en un contexto de cariño, de amor, de respeto, prácticamente se transformó. Alguien que estaba condenado en vida a una muerte humana, psicológica, ha resucitado con la fuerza del amor. Ahora uno ve al niño como una persona cuerda, que responde como persona. Contento, feliz, considerado como persona en su dignidad y totalmente normalizado en su conducta.

* * *

En medio de la más absoluta sencillez Nacho, Gabriel, Sara, Mario, Perico, han fundado en "La huella" una comunidad cristiana que practica con los más necesitados -e inmersa en el mundo- el amor, la igualdad y la justicia. Si "sólo se tiene lo que se da", ellos -y no los "poderosos"- son poderosos.

Convicción, 5 de abril de 1984

UN PAPA VISTO DE CERCA

Bien. El país se dio el lujo de la visita de un Papa. ¿A qué precio? Es inelegante y mezquino plantearlo, pero hasta el que compra flores para llevar al camposanto averigua -sobre todo si es pobre- a cuánto están. La oferta del Vaticano, si no mezquina, era bien precisa: diecinueve horas de permanencia en Montevideo. Tan exactas, que los uruguayos tendremos que acatar un nuevo mandamiento: el de ser puntuales (porque si pudo serlo a tal extremo el sucesor de Pedro, océano por medio...).

Hay algo de vanidad pueblerina en esa aspiración a la gloriola que nos acuerdan algunos momentos de notoriedad mundial, así sean fugaces como éstos de la visita de Juan Pablo II. Cuando la pasada reunión del GATT en Punta del Este en esferas gubernamentales pasó lo mismo: estaban de lo más preocupadas porque la reunión no fuera a fracasar del todo, a fin de asegurarnos una ronda posterior en Ginebra que se habría de llamar "Uruguay" (quenoninó). Complejitos de inferioridad, que no nos dejan madurar.

Además, ¿a qué achicarse tanto cuando hasta el propio Vaticano saca cuentas de caja chica, o no tan chica? Fíjese el lector que para este viaje pastoral, los administradores terrenales de la sede pontificia ofrecieron ochenta lugares en el avión papal a otros tantos medios de prensa, entre ellos siete argentinos y siete chile-

nos, a diez mil dólares *per cápita* (alma incluida). Y así, entre Vaticano que va y Alitalia que viene, sumados los que agarraron literalmente viaje son ochocientos mil dólares que salieron de la capacidad ociosa del avión. Dios mío, ¿qué hay de malo en esto?

Ahora bien; si para la abundante opinión no religiosa del país (ateos, agnósticos y librepensadores de todo pelo), el acontecimiento no era capaz de promover más que una simpatía distante -en el mejor de los casos bienqueriente-, muy otra cosa habría de ocurrir con la grey católica, el otro protagonista del diálogo. Para ella un solo instante de la augusta visita papal valía oro o mejor, un leño de madera del mejor carpintero. Así lo demostró, contra viento y marea.

En cuanto a nosotros, encaramados en un "brechamóvil", atravesamos el martes la ciudad desde el aeropuerto hasta la Catedral; y la multitud, castigada sin tregua por la lluvia, no cesaba de afluir.

Una corriente alterna de emoción y alegría parecía recorrer a aquella muchedumbre cuajada de paraguas y banderas. Como si algo importante, largamente esperado, estuviera ocurriendo al fin. Ya en la Catedral era emocionante (hasta para un ajeno como yo) ver el rostro de nuestras mujeres criollas, algunas mayores, todas religiosas, de punto en blanco, ora meditativas, ora gozosas, presas de una alegría indecible por la llegada del bendito (*su* bendito). Las cámaras de televisión se encargaron entonces de registrar con maestría, en un *travelling*, las manos anónimas que intentaban estrechar, a su paso, las del Papa; y la sonrisa de oreja a oreja de quienes lo conseguían. (Nadie consiguió, en cambio, parar a un solitario entusiasta de su propia voz, empeñado en cantar sin ton y sobre todo sin son).

Pero fue el miércoles, en la misa campal de Tres Cruces, cuando el pueblo católico uruguayo le disputó el protagonismo, sin proponérselo, al mismísimo Juan Pablo II. No es fácil. El representante de Cristo en la tierra es pícaro y sabio en el manejo de los estados de alma colectivos; seduce a cada pueblo hablándo-

le con fluidez en su lengua; y cuando ocasionalmente apoya su rostro inclinado sobre dos dedos de su mano, parece meditar, pero quizás dormita (con todo derecho, porque él y Fidel Castro son las dos personas que duermen menos en el mundo, tal vez vigilándose uno al otro). Bromea en medio de la liturgia (*"Todavía no me he ido"*, les recordó a los jóvenes que gritaban al unísono: *"¡Que vuelva, que vuelva!"*); y si se trata de cantar el *"Benedictus"*, saca a luz una voz abaritonada, poderosa y persuasiva. El *"Oscar"*, en cualquier rubro.

Nuestra gente *"le ganó"* de otro modo. Ya monseñor Gottardi había estado muy bien en su alocución del martes: sencilla, sentida, a la escala humana de lo que es el país y la Iglesia del país. En la misa del miércoles (con bastante menos concurrencia de la que se había supuesto; pero igual, una multitud) fue ganando a las gentes un espíritu de comunión muy perceptible. No gritaban todo el tiempo como hacen en otros países contrariando, y hasta desvirtuando, el sentido mismo de la ceremonia, por naturaleza reflexivo. Pero supieron estallar en exclamaciones, vivas y aplausos cuando sintieron que era mayor su identificación con el pensamiento del Papa (sobre todo -sea dicho sin oportunismo- al referirse éste, al pasar, a la justicia social y a los derechos del hombre; también al rechazo del aborto y del divorcio). Una conducta adulta, que en absoluto menoscabó el entusiasmo de las explosiones de júbilo ni la religiosidad del acto, festivo en el sentido carnal y a la vez espiritual de la palabra. Me llamó la atención, por ejemplo, un matrimonio sentado a mi derecha; él acompañaba los cánticos y musitaba las oraciones con unción y ella, que también lo hacía, por momentos lloraba serenamente. Aunque tenían algo de lo cual yo carecía, no podía envidiarlos, pero los miraba con simpatía y respeto. (¿Habrían firmado por el referéndum? No lo pregunté.) Nos despedimos de la mano, sin conocernos.

Ya desconcentrados, por la calle Dante, era como en el mercado: había de todo. Una señora levantó del suelo un volante. Leyó:

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. Mt. 5.6". Lo dio vuelta: silueta de un desaparecido. *"Nunca faltan algunos que se hacen los vivos".* Pero la torta le salió un pan; otro, a su lado, también reaccionó: *"¿Los vivos? No leyó bien, señora. Los muertos, dirá. Peor todavía: los desaparecidos".* Pero ya ella se había evaporado haciéndose cruces, de las muchas que sobraban en la zona.

Más adelante chorizos, banderas del Papa, ahora a diez pesos (y cuando el Papa ya no esté, casi regaladas). Hasta un paño de mosqueta en la esquina de Joaquín Requena, todavía sin clientes (pero ya caerán). Otra señora, deteriorada por algún vasito de vino, recita más que canta: *"Siglo veinte, cambalache"*. Le pregunto a qué se refiere: *"Pero m'hijo, ¿no vio? Ricos y pobres, todos en la misma bolsa"*.

El avión de Alitalia podrá estar ya levantando vuelo, pero el tema de la visita del Papa recién empieza a aterrizar y a tomar contacto con la sociedad uruguaya. Eso: ¿de qué se trata, más allá de las especulaciones de unos pocos y del fervor religioso de la inmensa mayoría?

Nadie es, en cierto sentido, inocente. Y este Papa -culto, inteligente y político como pocos- lo es menos. No hagáis política, dice a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, a los diáconos, a los seminaristas, *"a los venerables hermanos en el Episcopado"*. No hagáis política; para eso estoy yo.

Y lo hace como un estadista, sin escatimar medios ni recursos (humanos y de los otros). La ofensiva del Vaticano y los (aparentes) repliegues ante la Teología de la Liberación son movimientos de una vasta estrategia en pleno desarrollo. Y el prestigio de las piezas en juego -nada menos que el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cardenal Joseph Ratzinger, es el franco-tirador- implica un reconocimiento a la entidad inquietante del problema. ¿Qué problema? Elabierto desafío a la autoridad eclesiástica central, que representa una iglesia latinoamericana penetrada hasta el tuétano por los problemas temporales: los del reino

de este mundo (el hambre, la desnutrición, la mortalidad infantil, las estructuras intolerablemente injustas, en fin, la dependencia). Una misión evangelizadora que ante esta situación éticamente inadmisibile pusiera en cambio los ojos sólo en el ambiguo reino de los cielos, estaría descalificada en América Latina. Es bien simple: los curas del Tercer Mundo, desde la pobreza compartida con sus hermanos pobres, dicen vivir auténticamente en Cristo. ¿Cómo podrían refutar esta pesada verdad los señores fastuosos de Roma?

No se trata, sin embargo, de unos curitas buenos que hasta pueden ser exhibidos como la cara presentable de una Iglesia solidaria. Es algo más sólido y de difícil abordaje. Al principio, fueron las transformaciones de la iglesia de este continente a partir de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín, en 1968, que interpretó a su manera el Concilio Vaticano II, convocado por el Papa Bueno, Juan XXIII. Hoy se trata de las Comunidades Eclesiales de Base, actuando en casi toda América Latina (Perú, Chile, Bolivia, Brasil, Ecuador, Nicaragua, El Salvador, México y Guatemala).

Es la iglesia peregrina, la iglesia de la liberación. El poder central, el Vaticano, la mira de reojo. Bien quisiera despacharla como una herejía más. No se anima. No pocos prestigiosos teólogos europeos, como monseñor Iniesta, apoyan la "insurrección" latinoamericana; y aquí mismo, el Padre Juan Luis Segundo S. J. va más allá en la defensa de la Teología de la Liberación y postula: "*No sólo la teología de la liberación, sino la liberación de la teología*". Y éste es el problema -atrevida conjetura mía- que debió traerse entre pecho y espalda Juan Pablo II, "*mensajero de la paz*". Las comillas no suponen duda o descrédito. Este Papa sagaz e infatigable medió eficazmente en el conflicto entre Argentina y Chile por el Beagle y evitó una guerra. No es poco, y es muchísimo. Mensajero, pues, de la paz. Pero con ser tan importante, el hecho se agota en lo episódico. En las grandes líneas, que son para las que trabaja la diplomacia vaticana, cuenta lo otro: no permitir que se

extienda el mal ya declarado de las "iglesias marxistas" (Ratzinger *dixit*).

En la intervención más importante de su estadía pastoral entre nosotros -el Mensaje a los Religiosos, pronunciado el martes en la Catedral- Juan Pablo II dijo a los sacerdotes y personas consagradas de nuestro país: "*Dejad a los laicos competentes y bien formados en su conciencia moral, la ordenación de los asuntos temporales, y no ocupéis su lugar abandonando el vuestro específico*". Dijo enseguida algo que relativiza el concepto, porque Juan Pablo II es siempre pendular: lo importante es ubicar el acento. Y creo que el acento, en este caso, está en la frase transcrita. Traducido al latinoamericano, único idioma que este Papa superpoligloto parece ignorar, sería algo así como: "*Dejad que los hombres se batan como pueñan en medio de la realidad social*".

Hoy mismo en Chile, donde una Iglesia digna enfrenta a Pinochet, Juan Pablo II estará midiendo la distancia que existe entre los helados laberintos del Vaticano y el fragor de las sangrientas escaramuzas en que se batan los jóvenes chilenos; o la distancia que existe entre los brillantes salones europeos y las "salvajes" huelgas latinoamericanas de hambre por solidaridad con los perseguidos. Todo muy "subdesarrollado", muy Tercer Mundo. En tan dramáticas circunstancias, es de esperar que el Papa no delegue a los laicos "*la ordenación de los asuntos temporales*" (¿qué asunto más temporal que conservar o no la vida, y conservarla en dignidad?).

Y por ahí viene el gran desencuentro. ¿Por qué el Papa guardó tantos silencios en Uruguay? Pasó como sobre ascuas por algunas palabras como "*justicia social*", "*derechos del hombre*" y "*justicia*" lisa y llana. Y no dijo palabra sobre la Teología de la Liberación (desde su propio planteo) así fuera para señalar las presuntas falacias de tal Teología. Fue incisivo y hasta imperioso en el mensaje de la Catedral, y más bien inocuo en la homilía de Tres Cruces. Lo rodeó el cariño de la gente y él se dejó mimar como un abuelo majestuoso. Pero hubo un hueco en alguna parte; quizás él fue el emergente de

una necesidad muy honda de nuestro pueblo. No sé si llegó a colmar la sed de los más sedientos.

¿Qué lección se puede extraer de esta visita eximia? Fuera de la personalidad carismática del Sumo Pontífice, una certeza (personal): lo lejanas que resultan estas voces de un pastor más occidental que cristiano, al menos para quienes no estábamos predispuestos o preparados a escucharlas. Mientras a mí el Papa Juan Pablo II me expulsa o me deja al costado, el sacerdote, el poeta, el hombre elegido Ernesto Cardenal (otro "réprobo") me recibe con estas palabras: *"El Espíritu Santo es el espíritu de Dios infundido en la comunidad"*. También me recibe el teólogo Frei Beto, y lo hace así: *"La concepción de un Dios-amor funda una iglesia basada en la fraternidad, en la colegialidad, y no en el autoritarismo. Es una concepción que permite a los cristianos descubrir la presencia de Dios en todos aquellos que, no teniendo fe, son capaces de actitudes de amor. Y El se identifica históricamente con todos esos que más necesitan de nuestro amor: los oprimidos"*.

¿No podrían ser estas dos citas una buena lección para el Papa? (En tanto yo mismo necesito de apuro alguna lección de humildad.)

Brecha, 3 de abril de 1987

COSAS DE VIEJO

Ahora soy, también yo, septuagenario. Debe haber pocos hechos de menor significación pública. En cuanto a la significación personal -quíéralo o no (y no se ve que no lo quiera)- la estoy proclamando a varias columnas.

En algún lugar de ese paraíso en el que ni él ni yo creemos, Quijano debe estar horrorizado (presumo que Brecha le llega por vía aérea) ante mi falta de pudor. Sentía un rechazo visceral a toda efusión (si era privada, y con mayor razón si era pública) de razones o sinrazones íntimas. "*Exhibicionismo*", decía, y barría con la mano el escritorio en ademán de terminante repulsa. Sea. Pero no soy él (por supuesto), y a mí la cuartilla en blanco más bien me provoca.

* * *

Año 1929. Estoy en el patio de la Escuela "Elbio Fernández", formando compactas filas con mis compañeros de todas las clases. El Director, Jerónimo Zolesi -por acto de presencia más que por imposición-, ha conseguido ir acallando los murmullos que suelen poblar los patios escolares después del recreo. Y luego de una pausa que confirma el imperio del silencio, dirá que habiendo fallecido don José Batlle y Ordóñez quedábamos en libertad de faltar el día siguiente, si es que era nuestro deseo o el de nuestros padres asistir al entierro. Trazó a continuación una semblanza del estadista, obviamente no partidaria.

¡Qué sensación de libertad! Niños como éramos, con ideas quizás confusas sobre el asunto en cuestión, cada uno de nosotros

se sintió respetado en su fuero íntimo, y exhortado a asumir sus precoces responsabilidades. Estaba lejos de tratarse de un rasgo diferencial del "Elbio", más bien esa conducta ponía en entredicho las relaciones del colegio con los sectores más conservadores de su alumnado (aunque en el caso se trataba del ilustre papá de un ex alumno, el joven César Batlle Pacheco). Por cierto que la escuela pública no precisaba del ejemplo ajeno para ser verdaderamente liberal y pluralista. Se trataba ni más ni menos que del aire de la época, en el Uruguay increíblemente hermoso de finales de la década del veinte y del Centenario. ¿Quién iba a detenerse a mirar hacia las huelgas en los frigoríficos o hacia los nubarrones de los que esas huelgas eran un presagio? Más que la Suiza de América, el Uruguay quería ser el Uruguay de América.

Por supuesto, todos los de casa fuimos al entierro. En aquel caluroso mediodía de octubre los montevideanos, que cubrían en impresionante multitud el trayecto del cortejo -desde el Palacio Legislativo hasta el Cementerio Central, por Sierra, 18 de Julio y Yaguarón-, sufrían, trajeados y de rancho de paja, el bochorno del calor y el del dolor, en estrujado maridaje. El ataúd había sido arrebatado a la cureña por múltiples brazos populares, y mientras avanzaba en zigzagueantes remolinos, mezclábanse en el aire los acordes de la *Marcha Fúnebre* de Chopin (martirizada por las pifias de la Banda Militar), con el grave, gemebundo lamento de la bocina de *El Día* que nos expresaba a todos. Yo estaba con el corazón encogido. Pero no tanto por Batlle (al que tenía, sin embargo, por paradigma del bien), como por mi padre, que lloraba silenciosamente sin soltarnos de la mano a mi hermana y a mí, para que no fuéramos a perdernos; o acaso, sobre todo, para tenernos más cerca suyo.

Imágenes dolorosamente bellas, capital afectivo incorporado, ojos en la nuca sin los cuales no se es más que una hoja al viento, carente de origen y de razón de ser. Hoy, por la razón de la sinrazón, recuerdo ese apretón de manos.

Diecisiete de febrero de 1987 (es decir, martes pasado). Suena en Brecha el teléfono.

-Alfaro, para usted en línea A, Virginia Cúneo.

¿Virginia Cúneo?! Con la velocidad líquida e inatajable del pensamiento, la escena se arma en un instante.

Año 1923 ó 24. En la casa de la calle Lavalleya entre Gaboto y Yaro (que después se llamaría Tristán Narvaja), vivían mis tíos. Y en ella nos acogieron a nosotros, recién llegados del Tala, mientras buscábamos nuestra propia vivienda. Un largo corredor con hileras de plantas a un lado, y al otro piezas sucesivas. En la primera, que daba a la calle, y en la siguiente, vivía un matrimonio por lo menos "raro". Nosotros, pueblerinos a más no poder, mirábamos con no menos desconfianza que avidez a aquella pareja: él era pintor y ella, ¡horror!, una mujer que fumaba en boquilla, se ennegrecía los ojos y se peinaba a la *garçon*. Un tal Cúneo y una tal Virginia.

De la puerta cancel para el fondo se abrían los patios, el primero con claraboya y el segundo abierto; eran los dominios de mis tíos. Un día llamaron en la puerta cancel.

-¿Quién es?

-Virginia, la vecina. Virginia Cúneo.

(Igual que la del martes por teléfono).

¿No quieren venir a casa? Mi marido desea mostrarles algo.

¿Qué novelería! Del pintor yo sólo veía el guardapolvo manchado de brillantes colores, cuando a veces espía desde el corredor por la puerta entreabierta. Un mundo diferente, tentador, cuyo umbral por fin íbamos a trasponer. Fuimos mi madre y yo. Para mi sorpresa, resultó que nuestros vecinos eran gentiles. Nos instalaron frente a un caballete cubierto por una tela blanca. ¿Sería aquello el biógrafo, del que ya había oído hablar? No. Después de una conversación general perfectamente inocua, el pintor levantó la tela y todos quedamos ante la pintura de una cabeza de señor vista de perfil. Miramos el cuadro durante largos minutos (dos o tres). ¿Quién rompería el silencio? Nadie decía

nada (yo deseaba y a la vez temía que hablara mamá).

-¡Es Artigas! -exclamó alegremente Virginia.

Era un progreso. Pero lo cierto es que la incomodidad había aumentado desde que supimos de quién se trataba. ¿Ese, Artigas? Yo inclinaba la cabeza siguiendo los trazos del cuadro para ver si en algún punto coincidían con mi memoria escolar del héroe. Y noté que mamá también inclinaba su cabeza. Nos miramos los dos a hurtadillas, como diciéndonos: se parece, pero poco. El autor observaba su obra con mayor interés que nosotros, y no parecía importarle en absoluto nuestro juicio. Fue Virginia quien se robó la escena. Simpática, desenvuelta, hermosa, se allanó con naturalidad a conversar sobre las plantas del corredor, tema que mi madre se habrá apresurado a proponer por considerarlo el más cómodo para ella y el único compartible por ambas. Un golpe de realismo. Ahora salgo de la habitación de Cúneo como un septuagenario, a la manera del protagonista de *Mi prima Angélica*.

-¿Virginia Cúneo?

-Sí, Virginia Cúneo. Ustedes dijeron en Brecha la semana pasada que mi padre Rolando había muerto. Pero afortunadamente vive y está muy bien. Espero que se rectifiquen.

-Sí, cómo no... pero, ¿Virginia Cúneo?

-Sí, la nieta del pintor. Me llamo así por mi abuela.

Le conté el remoto encuentro en la casa de la calle Lavalleja y la historia del cuadro de Artigas.

-¡Ah...! mi padre siempre me habla de la casa de la calle Lavalleja...

* * *

Terminamos -creo- amigos. Pero los recuerdos siguieron rondando después que cortamos. ¿Y si contara todo esto en una próxima nota? Suena otra vez el interno:

-Alfaro, para usted en línea C.

La vida continúa, pero cada día con la carga del día anterior. ¿Será por eso que los septuagenarios somos tan "cargosos" ...?

Brecha, 27 de febrero de 1987

Los niños del reencuentro

SUS PADRES VOLVERAN

Cuatro equipos móviles de dos o tres radioemisoras cubrieron, hace unos años, la "operación retorno" de Fernando Morena. *"Ahora llega a Malvín, ya está en Pocitos, se dirige en triunfo al Palacio Peñarol, no puede hablar por la emoción (la emoción del relator, porque lo que es a Morena se le ve muy tranquilo), los hinchas le piden autógrafos, quieren tocarlo, si éste no es el pueblo, el pueblo dónde está"*. La manija del rating, del tiraje, obra milagros. La apoteosis al alcance del avisador.

Silenciada "la 30" (que no hubiera dejado de transmitir paso a paso la histórica travesía), nadie puso en la rambla, el 26 de diciembre, no ya cuatro sino apenas un equipo móvil que registrara el reencuentro de 154 niños con su país y con su gente, en uno de los episodios de emoción colectiva más impresionantes que recuerde la historia de los uruguayos.

Cuando se mide la hondura de todo lo que ese día entró a jugar, provoca asombro y lástima tanta indiferencia o tanta especulación rapaz sobre lo que es imprudente o prudente hacer o dejar de hacer. Pero fuera de la alegría de participar en un impulso tan generoso de todo el pueblo, estar allí ese día hubiera permitido

cumplir una tarea informativa de pública utilidad. La verdad es que los medios de comunicación, que no podían ignorar el acontecimiento, y no lo ignoraron, lo tocaron con la punta de los dedos, evitando contaminarse con la palabra "presos", con la palabra "perseguidos", con las palabras "dolor" y "destierro".

Pero de eso se trataba, precisamente. Porque esos niños son los hijos del exilio, los hijos del desgarramiento. Algunos nacieron en tierras extrañas, que ahora son también nuestras. Otros son jovencitos y jovencitas que alguna vez, hace años, fueron tan pibes montevideanos como los que ahora lo son. Niños y adolescentes que viven en Valencia, en Lovaina, en Barcelona, en Amsterdam, en Madrid, en Estocolmo, palabras exóticas del mapa que ahora son la casa tangible en que se habita. Cuando a duras penas todavía lidiaban con los desafíos del idioma español, ellos aprendieron de apuro (o trataron de aprender) francés, flamenco o sueco, porque lo urgente era agarrarse a otras orillas, aquellas que alcanzaron a nado. Pero en el fondo de sus tribulaciones, de su timidez vencida para tratar de hacer nuevas amistades en extraños bancos de escuela (donde los extraños eran ellos para los demás), en el fondo de girones de recuerdos donde emerge una abuela imprecisa o un triciclo desvencijado, los niños del exilio siguen siendo de La Teja, de Malvín, de las monótonas casas de La Comercial, o de los suburbios de Tacuarembó. E hinchas de Peñarol, de Bella Vista o Nacional, aunque parece que papi ya no se preocupa por el fútbol como antes. Ahora nos miran desde la ventanilla de los ómnibus en caravana. ¿Qué somos para ellos? ¿Qué seremos en su futuro, en el futuro de sus padres? Tiempos de dolor y de esperanza. La vida al garete, la patria al hombro. Toda esa carga se vislumbra en las miradas empañadas y los brazos alargados de la multitud, que quiere tocar a sus nietos, a los nietos de otros abuelos, a los hijos de otros hermanos nuestros que están en la tierra. O tocar en ellos al nieto o al hijo que alguno perdió. "¡Patricia! ¡Patricia!, ¿estás ahí?". No, en este ómnibus no viene, quizás en alguno de atrás. Las miradas devorando las ventanillas,

la caravana a paso de hombre, el misterio de la demora develado. "Pero si *aquél parece Pablo...* (ella se prende fuerte del brazo del marido) *¿Será Pablo? ¡Pablo!*". Y la ancha sonrisa de Pablo desata el llanto contenido de sus tíos, y de todos los tíos honorarios que en ese instante le brotaron a Pablo desde las aceras atestadas de la rambla. Porque todos, en cierto sentido, nos sentimos uno. Todos perdimos algo: todo, mucho o algo. Y lo estamos recuperando en estos ciento cincuenta y cuatro niños del reencuentro. Ellos dirán en su patria de adopción -generosas patrias que algún día no lejano deberemos homenajear como merecen- que el paisito los recuerda, los quiere y los reclama. Que los comprenderemos cuando, de regreso, puedan sentir la nostalgia de algún café madrileño o de otras amistades que no se hubiera querido perder. Y que aun comprenderemos a quienes, dudando entre volver y quedarse, resuelvan no volver, porque bajo la dura ley del exilio que obliga a echar raíces para sobrevivir, la tierra es sólo una y se puede ser digno de sí mismo en cualquier lado.

Queridos pibes del reencuentro: no olvidaremos estos días de alegría removedora que ustedes nos dieron. Ella nos asegura la continuidad de los afectos, más allá del infortunio. Vayan y díganle a papá y mamá que el dolor no ha sido en vano y que las lágrimas del exilio están abonando el camino del regreso.

Convicción, 12 de enero de 1984

LOS MAESTROS

Carlos Quijano

Hoy llegan a Montevideo los restos de Carlos Quijano. Precisamente en junio; el mes en que murió (10 de junio de 1984), el mes en que, "*sin velos y sin máscaras*", se consolida en el país la dictadura militar (27 de junio de 1973), después del ensayo general del 9 de febrero.

Recibirán sepultura mañana, precisamente el día en que se conmemora el golpe de estado que él previó y al que combatió sin tregua desde *Marcha* y después, en el exilio, desde México, a partir de 1975; el día, también, en que se realiza en el país una jornada especial de recolección de firmas por el referéndum. Es como si Quijano volviera para ocupar su puesto de lucha. No conoció otros.

El siglo XX, que lo vio nacer y que pronto expira, está marcado en Uruguay por su ardiente presencia. A los diez y siete años funda, con otros mozalbetes (también un 23 de junio), el Centro Ariel que, con la impronta rodoniana, ya perfila su pensamiento y su acción antiimperialistas; y setenta años después, muerto en el exilio, baja al Panteón Nacional sin que su batallar y su ideario hayan perdido un ápice de lozanía. No como una obra terminada, pasto nutricio de investigadores y estudiosos, sino como un acicate y un reto para repensar el país inacabado. "*Un país no es sólo*

una tradición, una historia", dice Quijano en un editorial del 74. "Es un proyecto también. Mirar al pasado es necesario. Construir para el futuro es la tarea. En nuestra América hispana -patria grande- la soterrada tradición convoca a la unidad, a las grandes unidades regionales, y a la gran unidad continental. Y en nuestro Uruguay -patria chica- más claro y tangible es el deber. Ser oriental es ser artiguista. Ser artiguista es ser rioplatense. Ser rioplatense es ser hispanoamericano. Si hay leyes naturales, esa es nuestra ley natural. Nuestra tradición y nuestro destino. El proyecto básico, al cual todos los otros están condicionados."

Ya don Carlos contaba setenta y cinco años cuando empieza el exilio mexicano. Edad y circunstancia propicias para ponerse a cuidar el jardín de sus propios cerezos, o a escribir sus memorias. Ni lo uno ni lo otro hará Quijano. Rabiando porque los chingues propios y ajenos se interponen y le estorban, edita en la capital azteca *Cuadernos de Marcha*, colabora con Scherer García en *Excelsior* (después en *Proceso*), alquila una imprenta (con el recuerdo tenaz de Talleres Gráficos 33 y de los compañeros que con él hacían *Marcha*), e inicia en ella una labor editorial que le traerá dolores de cabeza y amargura; llamado por la Universidad Autónoma reanuda, después de varias décadas, el gozoso ejercicio de la docencia en aulas a las que acuden centenares de jóvenes que empiezan a querer y respetar al Viejo, tan joven como ellos; desarrolla relaciones vigorosas con el medio político-cultural de la ciudad, mientras crece naturalmente a su lado otra biblioteca, la del exilio; estudia y lee, lee y estudia; mantiene al día una nutrida correspondencia epistolar con Europa y América Latina, especialmente con sus amigos uruguayos (pero en clave); setenta y seis, setenta y ocho, ochenta años, ochenta y dos, ochenta y tres; es el centro natural de las actividades de apoyo a otros exiliados, compatriotas o no, así como de las tareas de denuncia contra el régimen militar que padecíamos; y a su turno levanta en *Cuadernos* su clara voz contra la tilingüería vernácula que, desde la izquierda, anunciaba la liberación de las Malvinas a cargo de los militares de la "guerra

sucia". Dirá Quijano entonces: "Un gobierno de salteadores no es un gobierno nacional. Para salvar a la patria, tan traída y llevada, no había que colaborar con ese gobierno. La recuperación de las Malvinas pasaba y pasa por la caída de los salteadores. De todos, y no sólo del tartajoso temulento que es Galtieri".

Pasión y lucidez. Y fidelidad a ciertos principios, para no andar zarandeándolos al compás de la música que dictan el cálculo y el oportunismo o, por qué no, en algunos casos, la ignorancia o la miopía. Allá, como aquí, no da ni se da tregua. Enfermo (luego se sabría que para morir tras cuatro días de internación), le preocupa tener que faltar a la clase del lunes. Y quince días antes -fines de mayo- me preguntaba por carta "si la rotativa (en que hacíamos *Marcha*) sería tan tozuda" como él y si podríamos recurrir a ella para seguir imprimiendo nuestro semanario. De ochenta y cuatro años, don Carlos preparaba el regreso al país y al periodismo, su pasión de siempre. Así fue cómo (historia íntima y menor) lo que debió ser *Marcha*, 2a. época, Quijano al frente, terminó siendo -a partir del 10 de junio de 1984 y desde el 11 de octubre de 1985- esta novísima *Brecha*. Que viene, quiérase o no, de ese pasado. Sea esto dicho, no en busca de amparo sino, al contrario, para recoger el guante y asumir una severa responsabilidad: la de no ser indignos de nuestra matriz. Tratando, como pedía el mismo Quijano, de "no canjear el hueso por la sombra".

Es como si las exigencias, redobladas, volvieran con él: los estímulos, los desafíos vitales, la abdicación de la pereza mental, el deber de ser probos, la jubilosa entrega al trabajo en que se cree, y unos cuantos principios a los cuales servir calladamente. Es curioso: parece que debemos cuidar más nuestra conducta ahora que Quijano está aquí. Tal la fuerza turbadora, y creadora, de don Carlos, a duras penas contenida en una urna con cenizas.

Pero Quijano va a ser un muerto indócil. Bien está que se le tributen honores. Toda clase de honores (excepto, con los respetos debidos, honores militares). Honores oficiales y los que no lo son.

El los hubiera rechazado, cortésmente, todos. Medio se cabreó conmigo porque en una carta que habría de ser la última, le decía (ante los anuncios de su inminente regreso, en 1984), ingenua, chabonamente, que nos preparábamos "para recibirlo con todos los honores". *"A mí nadie tiene que recibirme -me contestó-. Llegaré el día menos pensado, solo, como el hijo de vecino que soy. Y que con los honores de queden otros. Yo no los necesito. Tengo mucho que hacer"*. Está bien, Jefe, no se acalore. Pero mire ahora. Lo quieren enterrar bien enterrado (usted me entiende), echarle paladas si no de tierra, de mármol. Y dejarlo guardado, lapidado, callado, hundido en el silencio, en el olvido.

Quijano va a ser un muerto indócil. Les va a recordar a los traidores su traición y a los criminales la sangre derramada. Va a preguntar por Julio sin nombrarlo y va a obligar a más de uno a avergonzarse de sí mismo. Va a comunicarse con Artigas de urna a urna y, salvando las distancias, de panteón a mausoleo; y va a decirle a las hermanas Mazzilotti, cuando anden por allí, que el tesoro oculto es otro y que ésta no es manera de buscarlo.

Quijano va a ser un muerto indócil. ¿Acaso se cree que llega a las calles de Montevideo un 27 de junio, por casualidad? Llega para refrescar la memoria del país desmemoriado y para mostrar, a pesar suyo, su ejemplo de luchador indesmayable. A lo mejor viene a firmar por el referéndum. Como en esa histórica foto (espléndida ocurrencia de los estudiantes) en que Artigas le dice a Monterroso (que en un escritorio escribe con larga pluma de ganso empenachada): *"Apúrese, don Monterroso, que yo también quiero firmar"*. Claro que Carlos Quijano debió volver de pie y no en esa urna que le queda chica. Pero esa es también una acusación y un reto.

Sí, Quijano va a ser un muerto indócil si nosotros le damos una mano. No hay que callar al Viejo, hay que recordar y pronunciar sus instrucciones; repensar el país y levantarse temprano; no hacer gárgaras vanas con palabras ilustres y decir "esta boca es mía" cuando es mía; pecar de cerril antes que de sumiso; no mirar las

cartas del contrario cuando él te mira; preferir las voces a los ecos, esto es muy importante; y no canjear el hueso por la sombra para poder decir con Quevedo: "*Antes muerto estaré que arrepentido*".

Mientras los demás lo tapan de discursos y de ambrosía, los estudiantes, los tipógrafos (si queda alguno), la clase obrera y los lectores de semanarios debemos liberar a Quijano del sepulcro y de los guardianes del sepulcro. Que haya paz en su tumba, sí; pero lucha abierta de ideas en las calles.

Brecha, 26 de junio de 1987

Julio Castro

Me mira desde el papel amarillento, tras los lentes del intelectual que creía no ser, que quería no ser.

Es un recorte de diario de la época en que Julio desapareció. El comunicado en que el Departamento de Vigilancia de la Dirección de Investigaciones de la Jefatura de Policía exhortaba a la población a dar informes sobre el paradero de JULIO CASTRO PEREZ (las mayúsculas son de ellos), oriental, casado, de 68 años de edad (ellos dicen), quien falta de su domicilio (se permiten decir), desde el 1º de agosto próximo pasado (1977). La foto, bajo el título "*Persona Buscada*", hace justicia a los rasgos fisonómicos de Julio, no a su carácter. Me mira con seriedad desde el papel amarillento. Con tristeza; como si todo hubiera ocurrido ya y él lo supiera.

Este país -virgen de muchas experiencias- empezó a conocer, en la década pasada, sueños muy distintos a los de la siesta liberal.

El uruguayo empezó a verse asaltado por sueños malsanos de muerte y de tortura. Peor aun: empezó a soñar a sus desaparecidos, cada uno a soñar al suyo. Ellos eran -son- los visitantes de la noche. Aquellos que de día no están; aquellos que a la hora cierta de las cosas tangibles no están. En mi sueño recurrente (últimos meses del '77 y primeros del '78), al doblar por Canelones para tomar Julio Herrera descubría dichosamente, entre los árboles y otros autos, la camioneta Indio de Julio ¡Claro: es ésa. Julio volvió! Yo iba presuroso, deslumbrado, al encuentro del canario impar que, entre abrazos, algún sollozo, risas y los primeros mates, exclamaba:

-¡Yerba mala no muere!

"Pensar, Julio -decía yo-, las veces que he tenido este sueño. ¡Pero hoy es realidad!" (Todo tan claro, tan vívido en la honda noche). Pero era otra vez un sueño.

Los del Proceso le llaman revanchismo a pedir cuentas. A querer saber. A que por fin se le diga a Zaira, a Hebe, a Julito, a Balifias, a los hijos de Miranda, a todos los que sueñan a sus desaparecidos, dónde están ellos, qué les pasó y cómo fue. Solos de toda soledad. Le llaman revanchismo a querer saber; a no querer aceptar en silencio el silencio.

El lunes 11 de junio de 1984 tuve una extraña alucinación o sólo un presentimiento. El domingo 10 había muerto Quijano en México, y quise saludar, al día siguiente, a la mujer de quien había sido el amigo entrañable de don Carlos. Uno había muerto en el exilio, otro en una clandestinidad impuesta por sus opresores. Quise, pues, estar junto a Zaira. Pero me detuve en el umbral de su casa, como a la espera del milagro tantas veces convocado. Imaginé -intuí como real- la existencia de un pacto. Un pacto que no obstante ser avalado por truhanes, era honorable. Pues bien: puesto que Carlos Quijano ya había muerto, Julio Castro, a quien sólo tenían de rehén, podía ahora quedar en libertad. El amigo liberaba al amigo. La camioneta Indio doblaría en cualquier

momento por Canelones para tomar al fin por Julio Herrera e ir a detenerse junto a estos árboles que supieron esperar. Permanecí un rato en el umbral de ese intenso deseo. Era otra vez el sueño.

* * *

Atravieso el papel amarillento de estos años -los que también se fueron: Carlos Real de Azúa, Daniel Waksman, Roberto Ibáñez, Angel Rama, Mario Arregui, Maneco Flores, Nora Giometti, Blankito- y vuelvo al silencio fecundo de la redacción de *Marcha* y al bullicio trepidante del taller.

Uno no lo sabe bien hasta que es tarde: esos treinta años en el semanario de Quijano -desde que yo tenía 28-, hicieron de mí el que soy (más el que traté de ser, claro está). Me formé al calor de la amistad tanto como al valor del ejemplo de hombres como Julio. Ahora nos queda el conturbado rescate de la memoria; la memoria fáctica, en mi caso precaria, y la memoria afectiva que, esa sí, no falla. De los varios Julios -en realidad, siempre uno- que recuerdo, surgen el campechano y el solidario para todo favor, el de la piedad con los equivocados y el que sacaba las castañas del fuego entre cuatro chistes y un vaso de vino. Ese es el Julio doméstico, el de las virtudes privadas en cuya pila bautismal tantos mojamos.

El Julio Castro de las virtudes públicas es el que el país conoció, acaso no lo suficiente. Si Quijano fue el teórico-genial-del antimperialismo, Castro fue el práctico, el baqueano. El que recorría palmo a palmo, haciendo amigos, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Guatemala, Cuba y México, viendo los problemas en el drama de la gente, de la gente concreta: eterna explotación del indio, pata al suelo y vientre hinchado de los niños

desnutridos, cortísima esperanza de vida en los adultos; en fin, la dependencia de los más, y unos pocos lidiando con el poderoso del Norte para preservar la identidad y la dignidad. De todo ese peregrinar llegaban las crónicas de Julio Castro a *Marcha*. "El Tropero se acuerda de nosotros", decía Quijano. Aquello era política internacional, testimonio humano, humor del camino y solidaridad en la lucha por la liberación de "los de abajo". Y cuando había que juntar las puntas de la ideología con las de la conducta personal -esa síntesis que no siempre se da-, Julio era de una pieza. Sin mayúsculas, sin hache muda o aspirada, burlándose, de boina, del almidón ajeno. Y poniéndose a escribir, cuando por fin volvía, "*un suelto gracioso a una*" para llenar esa columna que, en las apreturas del taller los días de cierre, había quedado guacha. Después serían los temas nacionales: enseñanza, economía, política, humorismo. Siempre a escala del hombre, el hombre nuestro de nuestros pagos, con el que Julio dialogó de igual a igual toda su vida. Y aquellas misiones pedagógicas a los pueblos de ratas, que enseñaron pedagogía a unos, periodismo a otros, y a todos solidaridad. Su pensamiento de maestro hondamente liberal, vareliano, tendiente al desarrollo pleno del ser humano, está amasado con sal en la vida de Julio y es con ella un todo único.

¿"*Persona buscada*"? Claro que sí. No sospechan, quienes lo hundieron en la sombra, hasta dónde seguiremos buscando a Julio para encontrarnos en su fragante humanidad.

Yerba buena no muere; no muere impunemente.

Brecha, 11 de octubre de 1985

La repatriación de los restos de Quijano

LA ULTIMA MORADA

¡Mire usted, ir a molestar a tanta gente! El sábado es mal día, todo el mundo tiene algo que hacer. Además saben que soy enemigo de los honores; no fueron hechos para mí ni yo para ellos. Pero la gente es generosa y lo recuerda a uno quizás por Marcha (aunque algunos deben tener un mal recuerdo; como yo, gracias a Dios, lo conservo de ellos). En fin... aquí estamos. Jugando en el Paraninfo los minutos de descuento. En realidad para mí el partido terminó en México, hace ya tres años. ¡Qué más da! Sin embargo, es como si uno renaciera en la memoria de los otros. ¡Pobre Reina Reyes, haberse molestado! Y los viejos compañeros de la Agrupación, varios viajando desde el interior: Irazoqui, Borrás, Artidoro, Homero Macedo. ¡Cuántos recuerdos! Y Solano Ríos, ¿andaré guapo? El que está hecho un potrillo es Vital Irazoqui, haciendo honor al nombre. Cuando me levantaron entre sus manos él, Cendán y Labat, los hubiera abrazado. Allí veo también a Zaira... ¿habrá advertido que trato de decirle algo sobre Julio, sobre ella? Por ejemplo que "el Canario impar" es cada vez más grande a medida que el tiempo pasa, y más pequeños y execrables sus victimarios; y que siempre quise volver al Uruguay para ir a verla, aunque no desde tan lejos, como estoy ahora. Pero

las cenizas somos tan inexpresivas... En fin, estoy seguro que Zaira me entiende. ¡Qué largo es todo esto! Acortalo, querido Frade, acortalo. La gente tiene que irse a almorzar. ¿Por qué Bruschera habla tanto? No es que no me guste lo que está diciendo, al contrario; pero a veces no lo entiendo bien. ¿No terminan de arreglar en el país los equipos de audio? Es inútil, ¡nuestro subdesarrollo! ¿O será que siguen retaceándole los recursos a la Universidad? En eso estaban bajo la dictadura; pero, ¿ahora es igual? Qué bien estuvo el discurso del Rector. No las palabras de elogio, por supuesto, que no merezco, sino la valoración de la Universidad y su actitud fraternal hacia mí. Me conmovió. Gran tipo, Samuel. Ya lo estimaba de antes del exilio, pero en México terminé de conocerlo y ahí nació una gran amistad. Ya es bastante, "Oscarhache", córtelo ya. Mire que la gente -que no lo escucha bien- se le va a impacientar. Aquellos, allá arriba, ¿no son los dos Guillelmos? Sí, claro, Chifflet y Waksman. Están igualitos; en tanto que yo... ¿Qué es lo que me han puesto por arriba? Ah sí, una bandera uruguaya. Se estila en estos casos. Pero ya es cerca de mediodía y todavía hay que ir al cementerio. ¡La doctora Reta en todo este trajín...! Supongo que la llevarán en auto. (Me digo en voz baja, sólo para mí ¿cómo ella pudo estampar su firma al pie de la ley de impunidad? No entiendo, no entiendo.) ¡Muy bien, Bruschera, muchas gracias, estuvo muy bien! Y estos chicos, ¿son de la FEUU? Inteligentes y simpáticos. Y hasta le dieron una lección a los mayores; sin desmedro de la elocuencia dijeron en dos minutos lo que tenían que decir -en voz alta y clara-, y se ganaron una cálida ovación. Así debe ser. ¿Y Alfarache? Ah, sí, me cuesta verlo porque está atrás del piano; al lado de Orlando Rojas (el "embajador paralelo del Paraguay"), de Teresa y de Pepe. ¡Pobre Teresa, haber tenido que venir desde México para traerme! Nunca, y menos de viejo, me gustó dar trabajo, y vengo a darlo ahora, en mi condición de... ¿qué soy, en esta situación?; ¿un ejemplar inviable de la cuarta edad? Polvo, eso soy. Y nada de "mas polvo enamorado". Hay que torcerle el cuello a la retórica y saber ubicarse. En todo caso "alma

en su almarío". ¡Cuánta gente! Allí veo, muy juiciosos, a dos de mis nietos. ¡Pobrecitos, qué lata para ellos! ¿O habrán querido venir? Ayer, en el aeropuerto, conocí a mi primer bisnieto, el hijo de Fermín y Rosario. Lindo chico. Idéntico a Pepe, cuando era de su edad. Espero que no sea economista, ese "vicio" familiar. Mijitos, ¿por qué no llaman a Carlos Julio Pereyra y al ingeniero Massera, que están parados allí atrás, y les dan el asiento? Qué bien está Seregni. Pero veo que los dos, don Carlos Julio y el General, se retiran simultáneamente del acto. ¿Bruscherá habrá dicho algo que no les gustó? Ah, no. Ahora recuerdo: los dos tenían compromisos esta mañana por la campaña de recolección de firmas. Seregni junto a Rosa Luna. ¿Quién es ella? ¿Una nueva militante? ¡Qué bárbaro, estoy empezando a chochar! Es una reina del carnaval, muy "frenteamplista" (e hinchá de los tricolores). Buena gente. Bueno, allá vamos. Hacia lo que llaman "la última morada". Si supieran qué poco sentido tienen, oídas desde este lado, esas palabras... Moradas eran las de antes, cuando uno vivía. Esto de ahora es el espacio sin límites ni forma; y las paredes de esta cajita y la cajita misma, una piadosa convención. Sin embargo noto que ya estamos afuera. ¡Qué aire, qué cielo! No recordaba lo hermosa que es Montevideo (malgré las sucesivas intendencias coloradas). ¿Pero es posible que estemos en junio, con esta temperatura primaveral? En mis tiempos hacía frío y llovía por acá a esta altura del año. A menos que se trate del veranillo de San Juan. ¡Mire que somos tradicionalistas los uruguayos! Pero además es 27, 27 de junio, mala fecha para nuestro país. Tradicionalistas, pues, y desmemoriados. Se podría haber organizado un acto contra el golpe de estado y contra el militarismo, ¿no?, en lugar de andar zarandeándome a mí de un lado a otro. En fin. ¡Cuánta gente! ¿Estos no son los Dalmás, el matrimonio que hace poco tuvo la desgracia de perder un hijo chico? Qué generosos y valientes, no encerrarse en lo suyo y darse a los demás. Uy, uy, he aquí la Intendencia, con su aire inconcluso. ¿Le siguen agregando revestimientos de ladrillo? Así es como siempre parece que le falta otro.

Pero uno se va acostumbrando a su fealdad, y eso es malo. Mire lo que nos pasó con el Palacio Salvo: todos terminamos queriéndolo (y hasta Mario Benedetti le dedica poemas). Ejido, Yaguarón. Parece que hubiera más librerías en Montevideo; ¿les queda tiempo a los montevideanos para leer libros, luego de leer tantos semanarios? Cine Trocadero, creo que se inauguró con "El gran dictador", de Chaplin (Alsina debe recordar la fecha exacta). ¿Un banco donde estaba el café Montevideo? Mala política... más bancos y menos cafés. Espero que a mí paso no suene la bocina de El Día. Es lo único que nos faltaba a ambos (a mí y a ellos). Me dicen que al diario de Batlle no le cae bien el empleo del recurso constitucional del referéndum, ¿será verdad? No puedo creerlo. Deben ser insidias de los opositores. Qué igual está Yaguarón: cada dos casas, una florería. Las flores tendrían que ser restituidas al ámbito de la vida; no dejar que las atrapen las funerarias, los velorios o los entierros. Y prohibir por decreto las flores artificiales. Consideraré un agravio personal toda ofrenda a mi pobre memoria que consista en esos detritus de la humana cursilería. Igual que las frutas artificiales -uvas, peras, duraznos, bananas, y hasta hortalizas, todas "eternas", juntando basura-; o los lagrimones de niños, también artificiales (los lagrimones y los niños), de aquellos horribles cuadros que se exhibían en las vidrieras de La Platense. ¿Existe aún La Platense? (Es inútil, no puedo -ni en estos momentos- con mi condición de cascarrabias. ¡Qué santa paciencia la de quienes debieron soportarme!). Cementerio Central, donde están Rodo Fonseca, Zelmar y tantos otros amigos queridos. ¡Cuánta gente esperando, también aquí! Ya las doce y media. Ahora enfilamos hacia el panteón (ojalá me toque cerca de la urna de Rodó; ¡qué habrá pensado de nuestro Centro Ariel, del año 17!). Últimas molestias. ¡Pobre Adela Reta, todavía tener que hablar! Se estrecha el círculo de los familiares, los compañeros, los amigos. Caramba, han conseguido contagiarme su emoción. Finalmente era por esto que yo penaba en vida, sin decirlo. "Cuando la tierra recoja nuestros huesos". No me recibe la tierra, sino apenas el

mármol... ¡qué se le va a hacer! Ni son ya mis huesos sino sólo mis cenizas. Pero yo me entiendo: sin dejar de amar a México, yacer aquí. Por fin, yacer aquí.

Brecha, 3 de julio de 1987

LAS VOCES DEL CEMENTO

Saco cuentas, hago memoria, extendiendo la mirada hasta lo más remoto del recuerdo, y la conclusión-medio escalofriante-me dice que el lugar más frecuentado por mí en mi vida (infancia, pubertad, juventud, madurez, y eso que piadosamente llaman "tercera edad"), es el Estadio Centenario. Excluyo el cine (mi otra residencia en la tierra) porque en mi periplo, también largo, de espectador cinematográfico, me hundí en la penumbra de numerosas salas; en tanto para ver fútbol casi no salí del Centenario, al menos desde 1930 en que el estadio fue levantado. Podría ser más preciso: Tribuna Olímpica, anillo uno. Pero hubo épocas de anillo dos; otras, lejanas, de Tribuna Colombes, y aun otras de Tribuna Amsterdam. Mis incursiones por la Tribuna América eran y son incidentales; y a los taludes, ¡faltaba más!, nunca fui (típica clase media: a las plateas tampoco).

En invierno las populares tenían dos precios: la Colombes, "oscura", friolenta, de espaldas al sol, era la localidad más barata (excepto el proletario talud); si en cambio se quería la tibieza del sol invernal, la Amsterdam, que lo recibía de frente, cobraba con grosera avaricia quince centésimos adicionales. A veces empezaba a nublarse a media tarde. Era el festejado desquite de los pobres: habían pagado menos y recibían tanto como los otarios de "la tribuna del sol". El 187 paraba en las inmediaciones de "la barata",

y esa razón quizás le bastara a mi padre para preferir la Colombes. ¿O sería por la presencia de El Vasquito?

El Vasquito debe haber sido el inventor de La Tómbola. Operaba en un rincón de la Colombes, sobre la América: la tira de cinco números, un medio. Si se tenía perseverancia y suerte, las tangerinas o los maníes de la tarde podían salir gratis. Mi viejo se anotaba en todas las vueltas, y me pregunto si para mí no serían más excitantes los intervalos que el propio partido, a la espera de la bolilla premiada.

Otros intervalos eran más culturales. El Negro Coquito se exaltaba (cuando el público se lo pedía, y siempre se lo pedía) en la declamación de los versos polirrítmicos de Parra del Riego que evocaban a Gradín (*"Palpitante y jubiloso como el grito que se lanza de repente a un aviador, / todo así, claro y nervioso / yo te canto, oh, jugador maravilloso / que hoy has puesto el pecho mío como un trémulo tambor. / ¡Palomares, palomares / de los cálidos aplausos populares"*, etcétera, etcétera). Chiquito, de lentes, esmerado vestir y aspecto notarial (entre semana se lo veía de portafolios por la Ciudad Vieja), Coquito elevaba por los aires de la tarde de fiesta su voz de tenorino, y nos elevaba a todos en aquel sector de la tribuna al que siempre concurría. Su sola apelación a los poetas, entre aquellos reos sin desbatar, era un factor sedante y civilizador. Al conjuro de su lirismo, todos nos sentíamos "caballeros del deporte". Después, claro, en el fragor del partido, los fueros del energúmeno emergían intactos. *"¡A ese operalo de las amídalas!"* (para que la patada fuera bien arriba), o *"¡Tápenlo con diarios!"* (al adversario momentáneamente accidentado, quizás por la *"patada en las amídalas"*). Coquito pedía calma a gritos, pero su voz ya no se oía.

En cierta ocasión, la mía tampoco se oyó. Se había alzado ante un episodio sublevante para mi ingenuo sentido quinceañero de la justicia. Jugaba la reserva de Peñarol; y acaso porque ya declinaba en su juego intervenía en ese preliminar un crack, Pedro Lago, alias El Mulero (*et pour cause*). Faltando unos minutos Peñarol perdía por un gol, pero sobre la hora el juez pitó un penal...

a favor del "grande". Lo tiró, por supuesto, Lago. Y contra todas las previsiones el joven golerito rival atajó su remate. Fiel a sí mismo, Lago fue a darle la mano para felicitarlo; y cuando el arquero, feliz, le extendió la suya, desprotegiendo la pelota, El Mulero, en un rápido movimiento se la punteó, metiéndola en el arco. Me indignó la mala fe del delantero de mi cuadro, y sentí vergüenza por las risotadas y los aplausos que rubricaron el abuso. No sin cierta incomodidad, me pregunto si hoy -medio siglo después- conservaré al menos una parte de aquella inocencia, y si no sumaré mi cínico aplauso al de la hinchada.

El nacimiento de una pasión

Estoy jugando probablemente a la payana con mi hermana y mis primos en el segundo patio de la casa de la calle Lavalleja. Mi viejo estaba sin trabajo (¿recuerdan que en "Mi mundo tal cual es" lo habían destituido como comisario del Tala?), y la familia nos acogía generosamente. Yo tendría seis años, ¿qué importancia podría tener para mi padre mi solidaridad de entonces? Pero todos mis tíos, excepto Miguel, eran partidarios de Nacional (de los que gastan interminables bromas) y papá se sentiría allí como esas minorías oprimidas. Se me acercó, interrumpiendo nuestros juegos, para confiarme con sofocado júbilo que Peñarol había ganado el clásico de esa tarde. Seguramente no entendí a cabalidad el significado deportivo de aquella noticia; pero sí entendí, con la segura intuición de los niños, que papá necesitaba de mi complicidad en su alegría futbolera y solitaria. Así es como me hice peñarolense, inducido precozmente y más bien por adhesión filial.

Después el tío Miguel nos hizo, a mi primo y a mí, bien conscientes de lo que significaba ser hincha de Peñarol. Empezó a llevarnos a la canchita de Pocitos, para que fuera bien verde -entre aquellos paraísos- el árbol de la teoría. Aprendí a reconocer a

Benincasa, a Tatita Silva, a Arremond, a Anselmo, a Piendibene, "El Maestro". Y con los dedos cruzados, a Pedro Petrone, el goleador de Nacional, que por entonces perturbaba mis sueños tanto como Lon Chaney en "El fantasma de la Opera". Un comienzo promisorio, para mis nueve o diez años.

En 1930, con la erección del Estadio Centenario, todo habría de cambiar. Nacional dejó de jugar en su gloriosa cancha del Parque Central y Peñarol en la suya de Pocitos. Empezó entonces un injusto régimen -aún vigente- por el cual los cuadros "grandes" jugarían todos sus partidos en el estadio. Claro: había que darle a éste algún uso después del Mundial. Fue la abolición del ecuánime sistema de local y visitante. El club "chico", que sufre tantas desventajas, se vio así privado de capitalizar el entorno cuando, cada quince días, le es favorable: proximidad de su gente, familiaridad con el campo de juego y sus "trampas" secretas. Todos esos factores que al visitante le resultan extraños, los aprovecha el "chico" con sus iguales, pero no con Nacional o Peñarol.

El perfume incanajeable de las canchas chicas (barrio de fiesta, mate en las veredas, pibas en el balcón, gurises acelerados por la euforia que advierten en todo, y asado lento en las parrillas), todo fue negociado por dirigentes "visionarios", en pos del sacrosanto borderó. Despersonalizaron, asexuaron el fútbol, le lavaron la cara de chiquilín bandido. Las barras de cuadro "chico" que salen cantando, a marcha camión, desde los boliches de La Teja, el Cerro, Jardines, Palermo, la Farola o la Aduana, se pierden después en la inmensidad del estadio. Despliegan su única bandera allá lejos, en un confín de la Colombes; y si bien no pagaron entrada por ser locatarios, es inútil: lejos de su canchita, cuyos climas y microclimas conocen tan bien, en el Centenario se sienten expatriados, neutralizados, negados en su identidad. Hace años que Cerro y Danubio, cuando son locales, llevan al "Tróccoli" y a "Jardines del Hipódromo" a los "grandes". Y ya que desde hace varias temporadas se está dando un notorio descenso de concurrentes al fútbol, ahora otros "chicos" los imitan, sacando de su madriguera del

estadio a Peñarol y Nacional, para exponerlos a la intemperie de aires nuevos que no siempre les resultan buenos pero que son, eso sí, puros, vivificantes y justicieros.

Las cosas en el 30 se veían de otro modo. O de otro modo las veía mi viejo, renuente a aceptar la incomodidad de "los potrereros", como él llamaba a las canchas chicas. Cuando hubo un estadio "como la gente", entonces sí se decidió a concurrir regularmente al fútbol. Y yo con él, pero añorando a mi tío y a la canchita "incómoda" de Pocitos. Así empezó, hace 57 años, mi vida en el cemento. Y con ella mi afición a las tanjeras de proustiano perfume evocador y mi alergia a los pañuelitos blancos, que los nacionalófilos agitaban desde todas las tribunas alentando a los suyos y, más aun, cuando nos ganaban el clásico. En mi alergia habría un componente de envidia: yo reconocía en aquellos pañuelitos a los "palomares de los cálidos aplausos populares" del verso de Gradín. No entiendo (aunque me alivia) cómo los "trico" abandonaron esa hermosa manera de hinchar por su cuadro. Ahora ambas hinchadas copian, con penosa falta de imaginación, las cuartetas, a veces soeces, de los hinchas porteños.

Sueño de una tarde de verano

En tantos decenios de "cola chata", tuve tiempo para ver de todo. Estuve la tarde del 18 de julio de 1930, en que se inauguró el estadio, y vi la U inmensa que formó en la Olímpica la Troupe Ateniense, con sus uniformes blancos y gorros marinero (vi también con terror, ese día, a un puntero peruano que se pasó todo el partido amenazando al arco uruguayo hasta que el Manco Castro, ya al final, nos devolvió a los uruguayos la fe que parecía destinada a zozobrar).

Vi "el gol de la valija", origen del bochorno de que Nacional nos empatara con nueve hombres. La trifulca que se armó como consecuencia de aquel gol en que Braulio Castro tiró distraídamente al arco cuando la pelota volvió a la cancha después de

rebotar en un botiquín que estaba afuera (gol que el juez Telésforo Rodríguez cometió la insensatez de validar), determinó que los muchos minutos restantes del partido se jugaran otro día, a puertas cerradas. Los cuadros debían presentarse con las mismas alineaciones, pero Nacional con nueve jugadores porque dos habían agredido al juez con motivo de su histórico error, y fueron sancionados.

Tarde insólita de clásico, aquella: estadio vacío y palco oficial rebosante de invitados especiales. Al principio, éstos observaban una elegante actitud de prescindencia, como de estar por encima de mezquinos intereses partidarios. Pero a medida que avanzaban los minutos y persistía el empate, cada uno fue poniéndose de apuro la camiseta de sus amores, para terminar deschavando sus preferencias a voz en cuello. En lugar de las sonrisitas, los con permiso y los no faltaba más, primero usted, del comienzo, empezaron a oírse los juez chorro y los dale a ese, entre miradas oblicuas, de tenor homicida. Los hinchas albos (eso de "tricolores" vendría muchos años después) entraron a festejar sin miramientos la formidable hazaña, en tanto los peñarolenses miraban a lo lejos con aire ausente (sin dejar de maldecir por lo bajo), y se alejaban con paso rápido hacia el Parque de los Aliados, donde resoplarían mejor. ¡Si hubieran podido saber que cincuenta y tres años más tarde -sí, ahora, en 1987- Peñarol no ya iba a empatarle a Nacional con nueve hombres sino que le ganaría con ocho, estoy seguro que vuelven al palco del estadio a "recordárselo" a sus adversarios! Pero... milagros eran los de antes.

Sí, vi de todo en la comedia humana del estadio. Y lo que no alcancé a ver, me lo contaban los relatores: Cheto Pelliciari, Duilio De Feo y sobre todo Carlos Solé (de Ignacio Domínguez Riera, que fue el pionero, habría de hacerme amigo años después y hasta hoy; pero cuando empezó a relatar, por CX 6, yo no lo escuchaba; no sé por qué, porque en casa vivíamos, como todo Montevideo, oyendo radio). Solé tenía la garganta conectada por vínculos sutiles al corazón de los uruguayos. Todavía resuena en la memoria nacio-

nal, poniéndonos la carne de gallina, su voz quebrada por la emoción cuando relató el gol del empate contra Hungría, en el 54, y sobre todo el de la victoria contra Brasil, en el 50.

Es que, a falta de un proyecto nacional querible y creíble por todos, los uruguayos nos retroalimentamos con las glorias del pasado, escuchando en los aniversarios "el disco de Maracaná". Treinta y siete años después, Ghiggia (si hemos de creerle a Solé) sigue eludiendo a Bigode, que ya tiene nietos grandes, y sorprendiendo a Barbosa y al mundo entero con su shot rasante. ¿Que ya somos otros, otro el país y otro ese mundo entero? Es verdad, pero la memoria, hambrienta de mimos, trabaja a destajo y extrae imágenes queridas de sus bolsillos insondables. Por ejemplo ésta: dos días después del triunfo de Maracaná fuimos con Julio Castro y otros amigos a esperar a los campeones a la rambla, como todo el mundo. No sin antes pasar por la escuela de Gabriel Pereyra y Ellauri -"la escuela del gomero"-, de donde Julio se vino con la bandera nacional para unirnos, "con todo", a la impresionante recepción que los montevideanos tributaron ese día a los campeones. Pocas semanas después debían enfrentarse por el Uruguayo, Nacional y Peñarol. Estadio, como siempre, lleno a reventar, pero hinchas "desmovilizados". Es que parecía increíble que Schiaffino tuviera que eludir a Gambetta y Julio Pérez a Obdulio Varela. Como síntoma de indiferencia, no recuerdo quién ganó.

Como decía antes, de radio somos o éramos. Y a fuerza de relatos deportivos, el "ver para creer" se fue convirtiendo en "oír para creer", actual etapa surrealista, a transistores, en la que usted no ve lo que está viendo sino lo que está escuchando que otro ve. Peloduro lo intuyó hace treinta años: ante un golazo de Schiaffino, la Porota le dice al Pulga, paraditos los dos en el talud de la Colombres: "*¡Lástima, viejo, no estar en casa para escucharlo por radio!*". Así éramos Peloduro, la Porota, el Pulga, Schiaffino y los hinchas uruguayos de los años 50; nos guste o no (a mí me gusta).

El mirador rosado

Sí señor, puede crearme, tengo visto de todo desde mi poltrona de cemento. Hasta el "derrumbe" del estadio, cuando la gente caía en cascada tribunas abajo, nunca se supo bien por qué. Parece que un gracioso dio la voz de alarma en la Colombes, otros lo tomaron en serio, las mujeres por supuesto se desmayaron y el pánico generalizado se encargó del resto. No pasó nada. Sólo "minutos adicionados por suspensión de juego". Y la leyenda, que suena bien, de "el derrumbe del estadio".

Naturalmente, vi pila de pataduras y de jugadores maravillosos. El mejor back izquierdo en mi vida de híncha (o mejor, de contrahíncha): Domingos Da Guía, que formó con Eduardo García y el Mariscal Nazzasi el triángulo final de Nacional de 1933. El juego sutil de los genios: Aníbal Ciocca, Juan Alberto Schiaffino, Braulio y Luis Ernesto Castro. Tres argentinos de leyenda: Atilio García (éste, de leyenda negra), Rinaldo Martino y El Verdugo, Juan Eduardo Hohberg. Intuí desde la tribuna, en los entreveros, el mechón lacio de Lorenzo Fernández, que en las paradas bravas (para él lo eran todas) le caía entre los ojos, provocándolo como el trapo rojo al toro, y haciéndolo embestir ciegamente contra rivales y contra compañeros. Ecuánime.

Vi las moñas de Pulpita Rodríguez contra la raya de cal, como en un pañuelo doblado. Las atajadas de Mazzali, de Bessuzo, de mi pariente Julio Barrios, de Chiquito Mazurkiewicz, de Roque Gastón Máspoli (que todavía soñará con Atilio García) y de Manga (que todavía soñará con Fernando Morena). Vi despedirse del fútbol, solos, trémulos, paraditos en el medio de la cancha, a Alvaro Gestido y años después al Príncipe, Aníbal Ciocca. Vi las boinas blancas de Severino Varela y Roberto Porta, dejando el tendal. Vi al Canario Iriarte jugar de alpargatas y a José Leandro Andrade jugar como en cámara lenta, felino, esencial (después lo vería marchar con la comparsa lubola, al compás restallante de los tambores, hundido en sí mismo, ajeno a todo y todos).

Vi a Obdulio Varela, el Negro Jefe, y a Schubert Gambetta, el Mono, capaces de ganar, ellos solos, cualquier partido. Y a Eugenio Galvalissi, "el perseguidor"; corría tanto, tanto, durante los noventa minutos, que un día le preguntaron si tenía tres pulmones. "No, contestó con humildad. *Uno solo. Como todo el mundo*".

También vi -¡mire si no lo iba a ver!- la "colgada" del 33, cuando Juan Pedro Young le quitó el título de invicto al Flaco García (y a Nazzasi y a Domingos), después de como treinta partidos sin goles en contra. El detalle "truculento" (o deleitable), es que la pelota quedó mágicamente aprisionada entre el caño y la red, allá arriba, como posando para la historia. Fue esa la ocasión (período azul: Tribuna Amsterdam) en que a mi padre, en la euforia delirante del festejo, se le saltó la dentadura postiza. La recogí yo -no menos mágicamente intacta- entre los múltiples pies que seguían saltando. Cuando lo miré, el viejo parecía diez años más joven por el gol y diez más viejo por la falta de dientes.

Mi mundo tal cual es

En las grandes ocasiones comparecía en el estadio, tras cautelosas especulaciones, la familia en pleno: mi hermana y mamá con sendos banderines y papá de paraguas porque, como hombre del interior, se pasaba presagiando lluvias. En el último partido de la temporada 1933, contra Sud América, Peñarol se clasificaba campeón siempre que ganara los dos puntos (el empate, pues, no le servía). Confiadas, porque nos verían confiados a nosotros, mamá y Renée se anotaron alegremente, y nos acompañaron. ¡Para qué! Supongo que en la defensa buzona alistarían Lito Tovagliari, el Nato Pedreira, Parma y Scapinachis. Pero no parecían cuatro, defendiendo su valla; parecían diez y ocho. Peñarol no consiguió doblegarlos, y no obstante el asedio se dio un inservible empate. Había que ir a la final con Nacional.

Ellas nos miraban a nosotros como si la culpa fuera nuestra

(de inducir las a ir al partido, sí, fue nuestra); y papá las miraba severamente a ellas, porque la culpa del empate no podía, por supuesto, sino ser suya ("*¡¡Mejor se hubieran quedado en casa, qué también!!*"). Cabizbajos, enrollados los banderines, tomamos de regreso el 187. Bajamos en el Palacio Legislativo y caminamos por Sierra hasta Lima donde, a la altura de Bequeló, vivían los Alfaro. Lo peor (yo lo sabía) iba a ser la travesía de esa cuadra empedrada de malas intenciones. No por los Picardo, que siendo peñarolenses eran víctimas del desastre, igual que nosotros; sino por los Dive-nuto y los Deya, que estarían en los balcones esperándonos implacablemente.

Primera serpentina:

-¿Y, don Agustín... les llovió, como usted temía?

Don Agustín siguió el curso meteorológico de las alusiones y mirando el cielo aseguró, como siempre, que habría agua. Pero le zumbaría en las orejas la pulga de la cachada porque al llegar, ¡por fin!, a casa, dándose media vuelta le espetó al señor Deya (que era sordo cuando le convenía) una de esas frases altisonantes de su repertorio:

-¡Ustedes se mofan por el empate de hoy! Pues sepa señor mío que conseguir un campeonato ganándole a Sud América no tiene ninguna gracia. Gracia va a tener cuando el domingo que viene le ganemos a ustedes la final. ¡Buenas tardes! (Y nos empujó a todos para adentro).

Siento decir que -tras azarosas alternativas: "gol de la valija", empate de los nueve contra once, etcétera- esa final la ganó Nacional (el Manco Castro, otra vez). Años difíciles. Pero mi viejo era el capo del Registro Civil del Juzgado de Paz de la 19a., y no era cosa de estarle faltando el respeto así nomás. Por lo que el señor Deya tuvo que medir sus palabras, y eso nos permitió a nosotros levantar cabeza.

Como yo tampoco soy masoquista (igual que Sanguinetti) me permitiré balancear esos funestos recuerdos con otros, más edificantes. Por ejemplo, el de la "huida por el túnel" (1949) o el del "baile de los negritos" (Spencer, Joya y el Pardo Abadie), que

animó la década de los sesenta. (Porque che, no es cosa ahora de pasarse de ecuaníme y que los "bolsos" se lo metan a uno en el bolsillo.)

Cómo se pianta la vida...

Paso revista a los jugadores mencionados en la nota y suman cuarenta y ocho. Son las "vedettes". Pero representan la quinta o la décima parte de una lista posible, que tampoco sería completa. ¿Qué fue de tantas luminarias? ¿Qué de tantísimos más -los "pataduras"-, que no treparon nunca a un titular a dos columnas? *Dura lex* la que gobierna éxitos y fracasos en esta área, tan parecida al área penal. El único sentimiento que el hincha cultiva y respeta es el exitismo. Derrochón en el halago para el que "anda bien", es severo hasta la crueldad con el jovencito que pintaba para crack pero no concreta; o con el veterano, ídolo de ayer, que empieza inexorablemente a declinar. Es fácil decir: "Hay que saber retirarse a tiempo". ¡Pero cómo debe costar! Porque no se trata sólo de ver cegarse la única fuente de trabajo, sino de bancar la vuelta al anonimato. ¿Quién iba a pensar -cuando en el campito la dormía y la pateaba fácil, con las dos piernas- que siendo un pibe de quince años estudiaría o aprendería un oficio? "*¿Este? ¿Este es crack, es un fenómeno, tiene el futuro asegurado!*" Ahora, desplazado por otro juvenil en ascenso, vive rememorando -para un círculo cada vez más estrecho de oyentes, y después sólo para sí mismo- "aquellos" diez minutos brillantes en que la llevaba atada, o "aquella" jopeada a un consagrado, o "aquel" golazo en el estadio que le abriría las puertas a una carrera promisoría. En pocas palabras: lo que no fue.

La organización empresarial del fútbol (aun la nuestra, con su economía de pariente pobre) hace del jugador un manojo de ansiedad, cuando no de expectativas insensatas. Todos están a punto de irse para Italia por millones de dólares. La realidad es

otra: si no es el fenómeno que se esperaba, o si se lesiona, o si la marea de los nuevos que llegan lo arrastra, será un desocupado y un frustrado más (mientras amarillea en la pared de su piecita aquel recorte de diario que lo nombraba -con foto- ...¿hace ya cuánto?) El hincha puede pasarse la vida sentado en el estadio; el jugador, en cambio, atraviesa el césped como una estrella fugaz. Entre semana lo comen los nervios (a él, a su mujer, y hasta a sus hijos chicos) por lo que habrá de pasar el domingo que viene, y el que viene. ¿Qué tiene esto que ver con la alegría de jugar, o la de ver jugar? Una nube fulera ensombrece un espectáculo del que viven muchos vivos (y también muchos trabajadores honestos), pero pocos, pocos protagonistas. Hay relatores deportivos que ganan en un mes lo que un jugador no gana -o no cobra- en un año.

Con la globa en el alma

Quizás por eso la izquierda tiene un entripado histórico con el fútbol. No la izquierda como corriente de opinión, sino algunos o muchos izquierdistas que aman innegablemente al pueblo, pero a un pueblo mítico, no al verdadero (así les va cuando intentan acercarse a él). Según ellos nuestra pasión por el deporte es lo que viene demorando la inminente revolución socialista en el Uruguay. Caricaturizo abusivamente. Veamos.

Es cierto que, en nuestro zoológico futbolero, el partido dura noventa minutos, y a los doctos comentaristas les lleva otro tanto explicar lo malo que fue. Es igualmente cierto que partidos a los que asisten no más de cuatro o cinco mil espectadores (a veces menos) son transmitidos simultáneamente por seis o siete radios capitalinas, "obligadas" a inventar un interés gaseoso a propósito del ser y la nada. Asimismo es cierto que mientras el hincha grita simplemente ¡¡Gol!!, el relator se desgañita vociferando ¡Goooooooooooo!...azo!, en varias agonías y una sola afonía. Buscando *rating*, publicidad, dinero. Así el tema del fútbol no muere, como sería deseable, en la tardecita del domingo, cansino

fin de la jornada; al contrario, renace allí con los goles por la tele y sigue con variaciones durante toda la semana, magnificando lo trivial y haciendo de la inflamación de una rodilla una hinchazón de verborragia o un derrame de cursilería. Todo lo cual atenta, sin ninguna duda, contra la ubicación correcta de un metejón queridísimo que los medios de comunicación -no pocas veces con tortuosos fines de manipulación política- explotan a su propio beneficio y antojo.

Ahora bien. ¿Es en nombre de todo lo condenable de tales demasías e intereses espurios, que se le quiere retacear al hombre común -nuestro uruguayo medio de cada día-, además del salario, la alegría (o la bronca) de ir el fin de semana al fútbol? Tuvo que dejar en gran parte de hacerlo, porque ya no puede bancar el precio de las entradas; pero sigue penando por la suerte de sus colores favoritos, aunque sea pegado a la radio. Y eso no hay que tratar de arrasarlo, desde la altura aséptica de los sermones. Primero, porque nadie le daría bolilla al predicador. Y luego porque los militantes son, también, seres humanos: toman mate (algunos no hacen otra cosa), van al cine y al teatro (cada vez menos) y miran, de frente o de reojo, las cola-less que pasan, vienen y van (más bien van), sin que por eso ignoren lo que está pasando en Nicaragua, Haití o El Salvador. Y para alcanzar ese desiderátum, ¿hay que dejar de ser hinchas de Bella Vista o de Progreso, de Nacional o Peñarol? Fidel Castro dijo (y no es que todo lo que Fidel dice sea el catecismo) que la revolución cubana no se podría concebir sin el béisbol; y el Hugo Batalla querría, como muchos uruguayos, que la nuestra se hiciera sin dejar de escuchar a Gardel.

Así que no embromen, y dejen vivir. Y acuérdense que quienes silbaron estruendosamente a la Banda de la Marina en la cancha (año 80, antes del plebiscito, cuando pocos decían esta boca es mía), y quienes levantaban en vilo al estadio -juntas, ahí sí, las banderas de Nacional y Peñarol-, al grito coreado de "*Se va' cabar, se va' cabar, la dictadura militar*", hasta el fin del Proceso, fueron los atorrantes del fútbol, mis hermanos de pasión, los que nada

reciben y lo dan todo, los que la dejarán "colgada" el día en que el partido lo jueguen ellos y sepan quiénes son sus rivales verdaderos y sus verdaderos compañeros. Quiero decir: ojalá así sea.

Brecha, 7 de marzo de 1986

TURISMO SIN ATENUANTES

Todo empezó con una exclamación típicamente uruguaya: "*¡Qué lindo sería ir a conocer el norte argentino!*". Hechos fortuitos ambientaron también esa elección. En verano habían estado en Montevideo Carmen-Helena Parés, investigadora venezolana que viene trabajando sobre los rastros actuales de la cultura guaraní en nuestros países, y su marido el arquitecto paraguayo Ramón González Almeida, enamorado de sus propios orígenes y escucha solidario de las teorías de su mujer (acerca de las cuales pronto saldrá una *Lupa* en Brecha). Sus charlas de entonces avivaron nuestro latente interés en el tema, seduciéndonos la posibilidad de dar una vuelta por Misiones, tras esas huellas.

En la misma tendencia yo estaba leyendo esos días una espléndida biografía de Andresito, por el historiador argentino Salvador Cabral; en ella se ve al caudillo guaraní defendiendo, a punta de lanza y al frente de los pueblos indígenas alzados, el ideal federativo de Artigas, en el marco de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Pisar Corrientes, donde Andresito fue, en 1818, un gobernador revolucionario que hizo parte de nuestra historia, era integrar el periplo de un modo coherente y enriquecedor.

Así que el viernes 10 de abril, vísperas de Semana Santa o *non sancta*, abordé el Isuzu Gemini (ajeno) con otros tres pasajeros, uno de ellos *muy* allegado. Lo confieso: no tardamos en olvidarnos de la cultura guaraní. De común acuerdo, mi cuñado agarró por

Trinidad hacia Paysandú, y allí cruzamos el puente limítrofe que nos condujo hasta Colón, para internarnos durante doce días en un territorio poco identificable (al menos durante la primera semana) como el norte argentino. De Colón a Paraná, de Paraná a Santa Fe, de Santa Fe a Córdoba, y de allí a Carlos Paz y las sierras famosas; luego a Córdoba otra vez, de Córdoba a Catamarca y de Catamarca a Tucumán. Era una carrera contra el Papa. Adonde llegáramos, Juan Pablo II acababa de irse. Parecía cierto: la perfección es inalcanzable. En cambio otros bienes, terrenales, colmaban nuestra expectativa.

¿Cometeré la ingenuidad de deletrear nuestro fascinado asombro ante las bellezas naturales que se nos ofrecían ininterrumpidamente? ¿O incurriré en la injusticia de omitirlo, sólo para no poner en evidencia al hombre de poco mundo que en efecto soy? En homenaje a los muchos uruguayos que ya anduvieron esos caminos, callaré mi chambona (por demorada) admiración.

Diré, en cambio, que llegar a Catamarca es ingresar en otro mundo. "*Lo porteño*" (lo que haya de porteño, como resabio y aun como modelo, en lo santafesino y lo cordobés), quedaba definitivamente atrás. ¿"*Definitivamente*"? Esa noche jugaban en Buenos Aires Boca y River, y quien no tenía televisor en cualquier punto cardinal de la Argentina, se acercaba sin miramientos a quien lo tuviera. También en Catamarca. Será que el esperanto del fútbol lo hablamos todos.

Pero -por los cuatro costados- aquello era otra cosa. Nuestro viaje, en cierto modo, recién empezaba. Accedíamos a la otra Argentina, la otra América: pilchas pobres, niños de pata al suelo, fritatas callejeras, aromas de mercado, lo blanco derivando a mestizo, y la presencia irrefutable del indio en los rostros y las artesanías. ¿Qué podrían tener en común esos rostros terrícolas, de escasa sonrisa, por ejemplo con el de Mirtha Legrand, que almorzaba ante cámaras con sus invitados de turno, todos ellos, sí, clavados a una misma sonrisa piola? Nada en común. Pero en los comedores catamarqueños almorzaba Mirtha Legrand, igual que

en los 36 canales repetidores de todo el país. Un sentimiento de extrañamiento, de ajenidad, difundían aquellas imágenes de la lejana, alienada y opulenta capital. No eran las únicas imágenes: gasolineras que no controla YPF, letreros de Coca-Cola y Adidas, y ritmo de rock estadounidense en boliches de mala muerte, dan testimonio de la presencia ubicua de las transnacionales, junto a las tortillas y el aguardiente "*del país*".

Antes hablé de nosotros cuatro, luego de nosotros cinco, contando el Isuzu. Pero siempre debí hablar de nosotros seis, porque la radio del auto fue, durante todo el viaje, un protagonista más. En la ruta de Catamarca a Tucumán festejamos la aparición en el dial del Flaco Zitarrosa cantándole *Doña Soledad* a aquellas soledades. Más al norte vendría *La puñalada*, de Pintín Castellanos, en la legendaria grabación de Juan D'Arienzo, y después una hilera (exagerada) de tangos por Donato Raciatti. A esa altura nosotros pedíamos quena, Yupanqui y Mercedes Sosa; no los tuvimos en la medida deseada, quizás porque la tripulación insistía en escuchar por Radio Nacional música de Rossini, Mozart y Bach. No se debería ser tan culto.

Al llegar a Tucumán, donde pasamos un día y una noche, el panorama serrano seguía, en su variedad, igual a sí mismo, pero en el hombre y su hábitat se acentuaban los cambios: por un lado "*el jardín de la república*" está lejos de ser una gran metrópolis (quizás por eso es, en cambio, una ciudad tan entradora), y por otro la etnia de los tucumanos registra el avance incesante del componente indígena. Para mejor descubrimos allí un detalle entusiasmante, que marcaba la cercanía de los Pueblos Libres; en la fachada de un club céntrico del Partido Izquierda de Liberación lucía la bandera de Artigas. Abordé a unos jóvenes que precisamente se encontraban cerrando el local.

-Somos uruguayos. Nos sorprende y nos gusta ver pintada en la fachada del club una bandera de Artigas. ¿La gente sabe aquí quién fue Artigas?

-Nosotros sabemos.

-¿Quién te parece que fue?

-Un libertador. No como San Martín o Bolívar, sino como Güemes o el Chacho: los caudillos que lucharon contra la prepotencia centralista de Buenos Aires.

-¿Qué pasó con esa lucha?

-Sigue igual.

-¿Artigas es negado?

-A los caudillos los niegan ahora los mismos que los combatieron antes. A pesar de los monumentos.

-Igual que en nuestro país.

-Y claro... la misma milonga en todas partes. Y eso que Artigas es el héroe de ustedes. Chau, suerte, nos tenemos que ir.

-Gracias, nosotros también.

(Nos íbamos juntando de a poco con nuestro itinerario original).

A la mañana siguiente los cinco -nosotros y el Isuzu- tomamos aliento concienzudamente: próximo destino, los valles calchaquies. Que la inocencia me valga, pero aquí ya no puedo silenciar nuestra absorta admiración. El ingreso a Taffí del Valle, a unos sesenta kilómetros de Tucumán, nos introdujo -a dos y tres mil metros sobre el nivel del mar- en un mundo vegetal de poderío turbador. El silencio reverberaba bajo el sol del mediodía, rasgado por el graznido de pájaros y aves o por la filigrana de un arroyo o, a lo lejos, por el tronar de una represa. Mientras, la espiral del camino iba abriendo a nuestra sorpresa nuevos escenarios gigantescos, con el macizo forestal de un verde intenso alfombrando las montañas en medio de una quietud *imponente* (como quizás hubiera dicho Paco Espínola). De a poco, como en un gesto de cortesía hacia el viajero que empieza a sentir lo monacorde de ese paisaje lujuriosamente verde, comienza la variante rocosa. Ahora son frisos enormes de apariencia arcillosa y colores ocre, que juegan a adoptar formas catedralicias o humanas (¿penitentes, apóstoles, jueces, o simples cabezudos?), pero siempre de un efecto coral, a menudo sobrecogedor. Aquellas figuras desmesuradas claman a

un cielo vacío, neutral; y sólo cuando alguien, de tanto en tanto, acierta a pasar por allí, tienen esos mensajes indescifrables un destinatario que es quien, al fin de cuentas, les da un sentido. Yo vi en el altorrelieve de las rocas a un hombre inmenso, atormentado en su desnudez, los brazos como extendidos en cruz y la cabeza como echada hacia atrás. Un torturado, pensé; el torturado de nuestros países-o, en aquella soledad, el desaparecido-, que clama en vano. Pero el auto va tragándose el paisaje: una imagen borra a la anterior, y uno se va por la tangente.

A la mañana siguiente hay que madrugar: nos esperan el largo camino a Cachi y la cuesta del Obispo (con razón soy agnóstico), donde era preferible silbar distraídamente antes que mirar el precipicio que se abría al ladito del Isuzu. A la vuelta está Salta, ¡pero después de cuántas vueltas! "*Prendan la radio*", sugiere en el auto algún aburrido. Ahora en la Nacional pasan menos música "de Semana Santa" y en cambio dan noticias de un tal Ernesto Barreiro, ex mayor del III Cuerpo del Ejército, con sede en Córdoba, que se sublevó y se niega a presentarse a declarar ante la Justicia. Esa también era música conocida para nosotros, pero a tal altura (3.200 metros sobre el nivel del mar) ignorábamos que se abrían otros precipicios ante la República Argentina. Mario tuvo razón: no había que irse de la Nacional. Y durante cuatro días (jueves a domingo) seguimos prendidos a la radio mientras los valles calchaquíes, para no perder nuestra adhesión, ahora nos mostraban rocas coloreadas (en marrón, lila, rosa, azul y terracota), en un despliegue de belleza casi obscuro.

"*Con estos líos, ¿cómo estarán los muchachos de Brecha en Montevideo!*" Pero una imagen, como decíamos recién, borra a la otra y yo me iba otra vez por la tangente, pensando que en aquellas lejanías nada podía hacer, más que confiar en ellos. Lo bien que hice, vista la excepcional cobertura argentina del 24 de abril. Antes y después recordaría a mis compañeros al leer las pintadas callejeras en Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy; esas en que el humor del interior tiene tanto que ver con el humor porteño. He aquí

algunas: *El Papa no existe, es un invento de la Renault; Dios es amor, el Juan es basquetbolista*; (en un quiosco): *PATRIA Y DIOS. Golosinas*; (en un muro): *Alfonsín tiene Sida; Pérez Esquivel también, pero en otro muro: Nada cambia si usted no cambia; El gobierno nos hambrea, la CGT nos versea. Por una conducción sindical combativa, Partido Izquierda de Liberación*; (de los fachos): *Viva Camps; Madres zurdas*. Y no hay páginas para tantas paredes.

Al salir de Cachi, Alfonsín ha dicho en el Congreso: *"No hay nada que negociar"*. En la fabulosa quebrada de Humahuaca, Barreiro se rinde o mejor dicho huye, está prófugo. Visitamos el Pucará de Tilcara, donde se ha descubierto un conjunto de construcciones prehispánicas que evidencia el genio de los indios; de las entrañas del Pucará se han extraído tres mil piezas, base de la fascinante reconstrucción que ya se emprendió. *"No tenemos miedo, no tenemos miedo"*, canta la letanía de la Nacional, mientras *"nuestros compañeros del Móvil 2 reportan desde Campo de Mayo"* ¿Campo de Mayo?! Entre Tumbaya, Purmamarca y Tilcara, esos milagrosos pueblitos de dormido aire colonial e indios humahuacas que venden con dignidad sus artesanías, el presidente Alfonsín ha convocado al pueblo a Plaza de Mayo. Un grupo de oficiales al mando del teniente coronel Aldo Rico se sublevó y se hizo fuerte en Campo de Mayo; plantea exigencias al Presidente y responderá con fuego a cualquier pretensión de reducirlo. Todo el mundo habla por Radio Nacional. En Salta hablan al Gobernador, los obreros, los estudiantes; en Jujuy las amas de casa, el Gobernador, los dirigentes de todos los partidos y de numerosos movimientos sociales. *"¡A la Plaza, a la Plaza!", ¡a las plazas principales de todo el país!* Los argentinos, en ese instante, son todos uno: *"Democracia sí, dictadura no"*. En la soledad de los valles, retumba la conjura.

Le pregunto a una india, prendida al televisor en un mesón de Humahuaca:

-¿Qué piensa de todo esto?

Meditativa, me responde como interrogándose a sí misma:

-¿Podrá volver el horror?

-¿Hubo horror aquí?

-Aquí no. Pero sabemos qué pasó.

Cómo no pensar en la conducta pusilánime de nuestro Presidente. Recuerdo mis propias palabras en una nota en Brecha. *"Convoque al pueblo el presidente Sanguinetti y lo tendrá a su lado para defender las instituciones"*. Cuando declinaba la tarde, empezó a declinar Alfonsín. No lo dijeron los diarios, ni las radios, ni los canales de televisión argentinos. Lo dijeron mis compañeros de Brecha. El *"Felices Pascuas"* y *"Váyanse para sus casas a besar a sus hijos"*, era desmovilizador. Acaso no se podía esperar más del presidente radical; pero el coraje de poner de pie al país entero es un hecho histórico que le pertenece. Sea dicho en su honor; aunque de las consecuencias de ese hecho -para toda Latinoamérica- ya no es dueño ni el propio Alfonsín.

Esa noche el restorán de Jujuy estaba de fiesta. No, no era por "el triunfo de la democracia": sólo despedían a los bochófilos porteños, que habían ganado a los locales. Cinco indios coyas traspusieron la puerta y empezaron a tocar la música que tanto deseábamos oír. Quena, chico, guitarra, charango y bombo. Afinación, musicalidad y genio telúrico. Tocaba la quena un pibe de quince años. Le pregunté: *"A vos te gusta el jazz"*. Se le iluminó la cara y exclamó: *"Sí"*. Tiene un *swing* impresionante. Después anunciaron, con discreto humor: *"Vamos a tocar algo de nuestra autoría: La cuarenta"*. Y atacaron la Sinfonía No. 40, de Mozart, en tiempo de carnavalito. Era el final que se merecía la despedida, después de visitar San Antonio de los Cobres en el *"tren de las nubes"*, que por sólo 4.700 metros de altura le garantiza al viajero un discreto apunamiento. Veterano de la cuesta del Obispo, la travesía del viaducto Polvorilla (que marea con sólo mirar la foto) iba a ser juego de niños. Si usted mira fijamente en lontananza o a la nuca del pasajero de adelante (nueva versión del "ojos en la nuca"), no pasa nada. No pasó nada.

Sacudiéndose él mismo el polvo del camino, como en los dibujos animados, el Isuzu emprende la última etapa: atraviesan-

do el Chaco, recorrimos casi mil kilómetros para llegar a Resistencia (nombre al caso). Nada que reportar desde nuestro Móvil 1, excepto que irrumpió en la radio, en medio de la noche chaqueña, la tranquila voz de la Carve anunciando que había 18 grados de temperatura en Montevideo, lo que nos llenó de emoción (no por la temperatura sino por Montevideo). Lo más importante de Resistencia es que está a un paso de Corrientes. Cruzamos el espléndido puente sobre el Paraná, y finalmente -finalmente- entrábamos en los dominios de Andresito.

Era el punto en que el animoso cuarteto se dividiría en dos. Mario y Carlitos seguían en auto hacia Montevideo, y mi mujer y yo (infatigables) volvíamos a Resistencia, donde tomaríamos el ómnibus con destino -sí, señor- a Asunción, Paraguay, para una corta visita a mi hermana, que vive allí. Si los lectores no desertaron ya, les cuento esa etapa en la próxima nota. Así nos vamos todos a descansar.

Brecha, 8 de mayo de 1987

VISTAZO AL PARAGUAY

Volvemos a la ruta. Bajo lluvia, busco en Corrientes las huellas de Andresito. A nivel de transeúnte no las hay. Ni un monumento, busto, placa o nombre de plaza o calle perpetúan su memoria. Tampoco en la Catedral, donde el hijo adoptivo de Artigas, Andrés Guacurarí Artigas, celebró misa en acción de gracias por la victoria de los patriotas contra los portugueses, en 1818, inaugurando un gobierno popular de corta duración y largo ejemplo, acerca del cual me temo que los niños y muchachos de nuestras escuelas y liceos saben poco, como poco han de saber sobre el tema los adultos del común (yo incluido). Esa es también nuestra historia patria -nuestra mejor historia patria-, y la ignoramos.

¿Cómo iba a extrañarme entonces que la simpática gordita, operadora de Entel, no supiera de qué Andresito se trataba cuando (a la espera de la llamada a Asunción), le di también a ella la lata sobre ese remoto gobernador de Corrientes?

-Andresito... Andresito... déjeme pensar (lástima que la grafía no da el cantito correntino). Ahorita que me acuerdo, hay un pueblo chiquito, a unos treinta kilómetros de aquí, que se llama Andresito. Será por ese señor que usted dice. ¡Mire que una es distraída...!

Y quedó de lo más agradecida por la "lección" de historia. Confraternidad latinoamericana. Pero había que volver a Resistencia, de donde el ómnibus con destino a Asunción partió a las catorce. Placentero viaje de seis horas, y una primera sorpresa: el

conductor, además de tomar religiosamente (y para nosotros peligrosamente) *tereré*, pasaba casetes en guaraní; algunos con bromas que eran festejadas por muchos pasajeros. A diferencia de años atrás, Paraguay es una nación bilingüe: el guaraní está incorporado a los programas escolares.

Hasta Clorinda fue coser y cantar (o matear y dormir). Pero atravesando la frontera argentina con Paraguay se llega, en pocos metros, a Puesto Falcón. Y allí ya se empiezan a generalizar el *tereré* (que dicen es bienhechor) y los retratos de Stroessner.

Uno también es distraído: llevábamos una agenda de viaje con referencias sobre el norte argentino que veníamos de recorrer y al mostrar los documentos en Migración, mostramos también la dichosa agenda. Mejor dicho: no la ocultamos, quedó a la vista. ¡Para qué! El funcionario aduanero la miraba con gestos pesimistas de desaprobación. Y, sin autoridad para decidir acerca de aquel esperpento y de sus tenedores, pasó todo -agenda y documentos- a una funcionaria de superior jerarquía que a su lado controlaba los trámites. No le gustamos nada, tampoco a ella. Y se fue a mostrar el material subversivo a quien ostentaría más autoridad aun. Por la cara de satisfacción con que volvió, supe que traía malas noticias:

-Tienen que pasar al despacho del señor jefe.

A todo esto el ómnibus parado, a la espera de lo que ocurriría con los dos pasajeros sospechosos, demorados en la aduana. El militar nos identificó minuciosamente y después, blandiendo la agenda, inquirió:

-¿Y este libro?

Celia y yo nos miramos.

-Es una agenda de viaje.

-¿Tienen más?

-No, ¿para qué? Con una nos alcanza (y nos sobra, pensaba yo).

(El lector ya tiene derecho a saberlo: se trata de la agenda que editaron a fines del año pasado, para vender en la Feria del Libro, los Familiares de los Desaparecidos, y contiene leyendas alusivas

al tema. Satanás, en casa de Monseñor.)

-¿Tienen equipaje?

-Sí, claro.

-Tráiganlo.

Vuelta al ómnibus. No para seguir viaje como habrán creído, con alivio y error, los sufridos pasajeros, sino recién para llevar las valijas a inspeccionar. Mientras el jefe hurgaba entre las ropas, yo ya desconfiaba hasta de cada par de medias. *"Está bien, pueden retirarse"*.

-¿Y la agenda?

-El libro (dale con el libro) *queda aquí. Si desean, reclámenlo en Inteligencia, en Asunción.*

Otra vez con todo al ómnibus, que ya era para nosotros como un hogar. Finalmente partimos, junto al letrado *"Bienvenidos al Paraguay"*.

La verdadera bienvenida la dan en Asunción no los letrados sino la gente, como es proverbial en tan generoso pueblo. En efecto: a despecho del crecimiento fenomenal de la ciudad -un crecimiento que le cambió a ésta la cara, la tapó de autos, muchos de ellos último modelo (fruto de enriquecimientos sin causa), y la extendió en las tres direcciones (la cuarta es el río)- el estilo afable y provinciano no lo pierde Asunción. Todavía el canto del gallo y la endiablada jerigonza de los pájaros anuncian el día (al menos en barrios suburbanos como Sajonia), y el aire está saturado de blandura por el verde intenso de la flora que revienta por todos los poros de la tierra colorada. Hay en Asunción una relación amistosa entre el hombre, la vivienda y la naturaleza. Y ese equilibrio debe tener que ver con la cortesía sin afectación que es el estilo cotidiano de los asunceños.

Uno puede cambiar rápidamente esta opinión por otra, menos laudatoria, si se instala en plena Dirección de Inteligencia, una de las escalas turísticas menos atractivas del Paraguay. Porque ha de saberse que, contra los dictados más elementales de la sensatez, fuimos dos veces hasta allí, como nos habían indicado

en Puesto Falcón, a reclamar nuestra agenda. Nada teníamos que ocultar, y resolvimos defender nuestras pertenencias sin alterarnos ni nada. Nos fueron derivando de una dependencia a otra hasta sumar cuatro y en todos lados el funcionario levantaba las cejas por encima de los lentes, generalmente negros:

-¿Una agenda... de viaje?!

-Sí, una agenda de viaje.

Dudaban entre hacer o no hacer la pregunta cantada: "¿Y por qué se las retuvieron?". Uno de ellos la hizo.

-Es lo que no sabemos.

Lo cierto es que la agenda no aparecía. A la sugerencia de que volviéramos al día siguiente contestamos inesperadamente (hasta para nosotros mismos): "Cómo no". Y volvimos. Ya no se trataba de la agenda, sino de la curiosidad por saber cómo terminaría aquella absurda historia.

Pero era el día en que Domingo Laíno regresaba al país, por lo que el Jefe de Inteligencia no estaba visible, y resolvimos dar por concluida nuestra obstinada gestión. "Quién nos dice que nos la devuelvan en Puesto Falcón, al regresar". Y con la misma cachaza turística con que fuimos, nos retiramos en busca del tren No. 5.

El 5 es, en Asunción, el tranvía llamado deseo. Usted lo ve y ya quiere tomarlo: chico y cachaciento él también, es como un juguete grande que se deslizara por los escasos rieles que quedan en la ciudad. Entre asiento y asiento, que se miran como en el ferrocarril, hay una mesita adosada a la ventanilla donde uno puede dejar (incluso olvidado) algún bolso. Bien cómodo y simpático. En eso estábamos cuando, al llegar a cierto punto de Avenida España, nos llama vivamente la atención un griterío inimaginable: "El pueblo/ unido/ jamás será vencido". Nos tiramos del tren a la calzada o, menos dramáticamente (porque con el 5 no hay heroísmo que valga), nos bajamos caminando. En la esquina queda la casa del doctor Laíno, el dirigente del Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA), impedido de entrar a su país desde hacía más de cuatro años, hasta ese preciso instante.

Unas quinientas personas se habían agolpado en el jardín de la casona y nuevos contingentes se sumaban, con cánticos y estribillos que no debe ser frecuente escuchar en Asunción. Un cordón militar cercó las manzanas adyacentes, pero no impidió el paso a los partidarios del dirigente liberal que seguían incorporándose, luego de la entusiasta recepción en el aeropuerto. Laíno declaró a la prensa que tratará de *"unir a los paraguayos para encontrar todos juntos la transición. La no violencia activa-agregó-debe presidir todas nuestras acciones. Vengo a conversar y a dialogar"*. La prensa oficialista registró su regreso con información irreprochablemente objetiva.

Me fuí acostumbrando a otras cosas "raras". *El Pueblo*, órgano oficial del Partido Revolucionario Febrerista, hace violenta prédica periodística contra el régimen. Denuncia la corrupción fenomenal que impera en el país, llama "tiranosaurio" a Stroessner (apelativo patentado por Roa Bastos, el otro impedido de entrar al país), informa semana a semana (sale los miércoles) sobre los movimientos por tierras del campesinado paraguayo, da espacio a las actividades de las fuerzas sociales de la Iglesia, y hace reír a media Asunción con *"El avispon verde"*, sección humorística de contratapa. Comentando los sucesos argentinos, que el oficialismo miraba aquí de reojo, sobre todo la patriada de Plaza de Mayo, dijo el "Avispon": *"Tenga la seguridad/ nuestro señor que sabemos/ que nunca jamás saldremos/ en una eventualidad/ a dar solidaridad/ a su dichoso gobierno/ si acá llegara a pasar/ lo que pasó en Argentina./ Y esto tal vez no rima/ pero es la pura verdad"*. ¿Actividad poética? No, actividad política.

Por los mismos días se realizó en Asunción el acto de lanzamiento de la Federación de Estudiantes Universitarios del Paraguay, con la adhesión de trece centros estudiantiles de capital e interior, y la enconada oposición de la Federación amarilla. Asistieron delegaciones de Brasil, Argentina y Uruguay, y cinco mil estudiantes que reclamaron *"pluralismo"*, *"autonomía"*, *"compromiso"*, *"democracia en la Universidad y en la sociedad"* y una *"América*

Latina libre y soberana". Otros 200 estudiantes, de la Facultad de Ciencias Químicas, que manifestaban por las calles, fueron reprimidos a golpes de cachiporra por efectivos policiales. Los noticieros televisivos, de buen nivel profesional, se extienden en propaganda oficialista y en noticias que, aparentando objetividad, benefician al régimen. Dieron el regreso de Laíno; omitieron el apaleamiento de la manifestación estudiantil.

¿Qué está pasando en Paraguay? ¿Es que el régimen se da el lujo de absorber cierta actividad opositora para mejorar su imagen ante Japón y Alemania Federal que son ahora, en lugar de EEUU, quienes lo bancan? ¿O realmente la oposición avanza sobre los espacios que le dan, o que ella misma gana con denodado esfuerzo? Mis pocos días en Asunción, con fines declaradamente familiares, cuestionan -si es que no descalifican- mi autoridad para opinar. Tuve la sensación de que la corrupción, galopando a lomos de Itaipú, cala hondo en el gobierno y que allí el contrabando todo lo mueve y puede. Los colorados pelean entre sí por la herencia -cuantiosa y maldita-, pero Stroessner no deja que nadie se pruebe sus zapatos. El hermoso, el querido país, tendrá que decidir pronto lo que habrá de hacer con su destino.

Ya divertidamente, preguntamos en Puesto Falcón por la agenda. Pero la misma señorita, más divertida aun, anunció: *Aquí no está. Pueden reclamarla en Inteligencia, en Asunción*". Desde allí se divisaba el letrero: *"Bienvenidos a la República Argentina"*.

Brecha, 15 de mayo de 1987

ME LLAMO SOLEDAD

El rostro de la (joven) mujer madura es extremadamente sensible. Se pueden seguir -en la mirada franca y siempre húmeda, en las leves arrugas que apenas lo surcan- las huellas de un dolor de años, exactamente ocho. No es un dolor cansado, pasivo, de mano en el regazo. El de Olga Ramos de García es un dolor combativo, que quiere no ser sólo dolor. Cuando la evocación anima las imágenes de aquellos terribles días de diciembre de 1977, en que su hija y su yerno son llevados de su hogar bonaerense por gente armada, para desaparecer, y Soledad es arrancada a los brazos de su madre, las lágrimas enrojecen la mirada de Olga Ramos pero no se deslizan por su rostro. Quedan retenidas allí, y el relato continúa.

-Yo no sabía que desaparecían personas. Nunca había pasado por mi mente una cosa así. Nosotros no estábamos en política, sólo pertenecemos al sindicato donde trabajamos. Yo en Traumatología y Ovidio, mi marido, en Alpargatas.

-*Los muchachos, en cambio, tuvieron que irse del país.*

-No, Edmundo se fue a la Argentina porque aquí no conseguía trabajo.

-*Exilio económico...*

-Tampoco. A él lo despidieron de Izeta y López porque había ocupado la planta con sus compañeros. Era emprendedor, inteligente, responsable. "*Era*"...; no se imagina el conflicto que tengo

con la conjugación de los verbos. "Eran" de tal modo, "tenían" tal edad... No; quiero negarme a conjugarlos en tiempo pasado. Aceptamos su muerte si desgraciadamente ocurrió, pero no por presunción, no por las dudas.

-La duda debe estar a favor de ellos y de ustedes; no en contra.

-Así es. Le decía que el exilio de Edmundo fue más bien laboral. En esa época eran novios con Ileana y venía a verla a menudo, sin ningún problema. Hasta que vino para casarse. Entonces se fueron los dos para Buenos Aires. El ya tenía trabajo, les iba bastante bien. Eso fue en el 74. En el 77 nació Soledad. Y cuando la nena tenía siete meses y siete días fue que los llevaron... (pausa) unos civiles armados de ametralladoras.

-¿Ellos se había integrado a la lucha popular en la Argentina?

-No le podría decir. Un día que nosotros estábamos allá, de visita, llegaron dos muchachos. Yo le pregunté a mi hija si tenían militancia política. Me dijo: "No, mamá; solamente conversamos porque el día que se arreglen las cosas en el Uruguay queremos volver; y ahora queremos estar informados". Nunca supe otra cosa. Así que aquello del 21 de diciembre fue terrible. Nos enteramos por una carta que escribió a mis consuegros el vicepresidente del consorcio del edificio donde vivían en Vicente López. Vieron los tres coches con personas de civil, armadas, llevándoselos. Y en seguida avisaron. Nos fuimos volando mi consuegra y yo. La nena ya no estaba. La jueza de menores de San Isidro la había dado a una familia para que la cuidara mejor. "Porque era una niña fina", me dijeron. "No era para estar en una comisaría". ¿Qué son "niños finos", dígame usted, y a cuáles es natural que se les tenga en una comisaría...? Pedí por favor que me taparan los ojos, que me vendaran, cualquier cosa con tal de llevarme adonde estaba mi nieta. No podía imaginarla entre extraños. Ella era tan querida. Sus padres le daban amor. Mi yerno la adoraba. Quería que mi hija se la dejara para bañarla él, de noche, cuando volvía del trabajo, aunque estuviera molido. Ese baño era una fiesta para todos. El era muy alto y tenía el brazo largo. Tengo una imagen dichosa de cuando la ponía a Soledad

sobre su brazo, y la bañaba, y le echaba agua jugando, le decía soledades y le cantaba, pobre, con una voz... Mi hija se burlaba: "No tenés tono ninguno, negrito". La nena festejaba como si entendiera que realmente su papá no tenía tono. Al otro día se levantaba temprano, le daba la mamadera.

* * *

Al entrar yo al apartamento de la calle Humaitá, Soledad me había dado ceremoniosamente la mano. Me esperaba; lo noté al sentir un brinco, adentro, cuando hice sonar el timbre en la puerta. Ahora escucha a su abuela y nos mira alternativamente a los dos. A ella, reviviendo esa historia contada cien veces; y a mí, vigilando el efecto que me hará el oírla por primera vez. Es una morochita monísima, ojos verdes, ocho años, alta para su edad (la mido mentalmente con los siete años largos de Nacho, mi nieto); jovial, con esa sonrisa deliciosa de los niños, a mitad de camino entre la timidez y la desinhibición. Se ve que en Humaitá hay quienes la colman también de amor, como en los cortos días de Vicente López.

-Mi desesperación era encontrarla rápido, para que tuviera cuanto antes contacto conmigo. Después de varios días de angustia y de gestiones cuyo detalle le ahorro, me la entregaron en custodia temporaria. No era el fin de mis carreras, sólo el comienzo. Porque teníamos que recuperar a la nena pero también a los muchachos. ¿Qué habría sido de ellos, dónde estarían? El empleado del Juzgado de San Isidro me decía: "*Señora, no pierda tiempo. Tome el tren, vaya a Tribunales, haga un hábeas corpus*". Yo no sabía de hábeas corpus. Vivía preguntando. Alguien me dijo: "*Vaya a Naciones Unidas, la van a orientar*". Allí me escucharon, me ayudaron. Pero los hábeas corpus los contestaban en forma negativa. Ellos no los tenían, no están detenidos, no están requeridos por la policía argentina ni por la uruguaya. Pero el portero del edificio se ofreció a testimoniar. "*Dijeron que eran policías y me obligaron a mí a golpear en la puerta del apartamento de ellos, y vi cómo golpearon a su hija para sacarle la nena. No podían arrancársela. Yo estaba paralizado de*

terror, de vergüenza por no poder intervenir. Su hija gritaba llorando “¡Qué van a hacer con mi hija, por favor no se la lleven!”. Se la sacaron y ellos fueron llevados a empujones a los autos”. Como le decía, no hubo ninguna acusación contra ellos, ni acá ni allá... pero se los llevaron hasta el día de hoy.

-De todos modos, ¿ustedes tienen alguna explicación?

-Yo me quedé con mi nieta en Buenos Aires hasta el 10 de febrero. No podíamos creer que no aparecieran. Los esperábamos día a día. El apartamento había sido saqueado. Robaron todo. Muebles, cortinas, electrodomésticos, unas alhajitas que tenían, cualquier cosa de algún valor y hasta sin valor; se llevaron la comida, la ropita de la nena. Todo. Menos una camisa y una ropa interior que, por lo alto que era Edmundo, yo sabía que no era suya. Después supe, por una llamada telefónica de una amiga de Ileana, que el marido de ella también había desaparecido. Los llevaron a los tres el mismo día, el 21 de diciembre de 1977. Le di la ropa a esta chica, y la reconoció y se abrazó a ella llorando desesperadamente. Lloramos abrazadas. Nos habían arrebatado injustamente a quienes más queríamos.

Olga Ramos se entrega serenamente a la emoción de los recuerdos. La sonrisa apenas dibujada no desmiente a las lágrimas. Surge en la memoria el gallego hotelero, bruto y noble: “No llore señora; tengo una casa a todo lujo, con fondo, con piscina. Usted se viene para mi casa con su nena, mi mujer es tan buena como yo”. O la gente del hotel, gente humilde, que salía temprano a trabajar y vivían en aquel hotel modesto porque no podían pagar casa.

-Pues, uno me había comprado el yoghurt para Soledad y lo tenía en la heladera, otro unos pañales, otro un chupete, una mamadera, porque todo lo habían robado. De noche se juntaban y me aconsejaban: “Vaya a Santa Magdalena, vaya a La Plata”. Me hacían planitos para no perderme. Yo salía a las 6 de la mañana con la nena y los pañales. A veces la cambiaba en las plazas o en los baños de las confiterías. Donde hubiera un soldado en la puerta entraba a preguntar. Una vez me mandaron a Quilmes. Debí andar

por los pozos donde tuvieron a mi hija; en las fotos reconozco el lugar. Le estoy tan agradecida a esos desconocidos por ser tan solidarios.

Suena una llamada telefónica y Olga se levanta para atender. Aprovecho para conspirar con Soledad. "*¿Te gustaría que demorara la entrevista para que se haga tarde y no puedas ir a la escuela?*". Ríe maliciosamente, más atraída por la picardía de la situación que por la propuesta misma.

Vuelve Olga al reportaje, como venciendo alguna resistencia íntima. Hay una pausa que respeto.

-A las madres nos desgarrar volver sobre lo mismo, contar todo otra vez. Uno empieza hablando mecánicamente porque ya contó lo mismo, quizás con las mismas palabras. Al ratito está viviéndolo todo como si fuera la primera vez. Quisiéramos no hablar más y olvidar. No podemos. La desaparición es algo muy trágico. La vivimos todos los días. Hemos dejado de hacer comidas, porque les gustaba a los muchachos. Vamos caminando por la calle, un día de primavera, un paseo, una chica y un muchacho que van enlazados, son ellos, son ellos... Los vemos, los vemos en todas partes... Hay un día lindo de sol y digo: "*Hoy sí, puede ser*". A veces me levanto de noche y ando por la casa palpando los lugares, leo libros de Ileana, me viene a la memoria una frase que le dije o que me dijo, de pronto una canción... uno llega a creer que tirando de un hilo finito -un recuerdo, un deseo- al final están ellos como antes, como siempre, como si nada hubiera pasado. Es brutal lo que nos hicieron. Ahora tenemos esta nieta para criar, y no podemos ser los padres que ella necesita. El amor se lo damos, pero hay mucho dolor en nosotros. No tenemos los años jóvenes que es preciso tener. A veces nos quedamos mirando con Ovidio a Soledad que mira cómo el padre de un amiguito lo tira al aire y lo baraja en sus brazos y después se lo come a besos. Todo niño se alimenta de esas alegrías. La nuestra no. Si a Soledad se le encoge el corazón mirando esa escena, a nosotros también. Tenemos temores: ¿llegaremos hasta donde nos precise? Nos appena verla

criarse solita, sin un hermano, que esté triste, que alguien haya resuelto que sea huérfana sin motivo. ¡Cómo no vamos a querer a esta juventud, que hace lo mismo que hicieron nuestros hijos! Ellos eran solidarios, alegres, francos, generosos, y los de hoy también lo son. Ahora entiendo cosas que Ileana me decía. Recién ahora empiezo a entender todo lo que ellos sentían por el prójimo. Los familiares de los desaparecidos no luchamos por el desaparecido propio, sino por todos. Y sobre todo, porque no haya más desapariciones.

-Oímos decir: *"No más rencor, no más venganza, no hay que mirar al pasado, hay que hacer el país del futuro!"*...

-Sí, hay que hacer el país del futuro. Yo también lo creo. No hay que revolver, no hay que buscar venganza. Las madres nunca buscamos venganza. Mire: si a mí me pusieran delante a quien mató a mis hijos, si es que los mataron, yo no le haría lo mismo, no le haría el mínimo daño, ni a él ni a sus hijos; no son mis sentimientos. Mis sentimientos no son de venganza, son de justicia. Que este horror no lo padezcan otros. Me atormenta pensar que a otra abuela su nieta le pregunte, como Soledad a nosotros, *"¿Por qué a papá y a mamá?"*. Yo sólo puedo decirle *"Por buenos, Soledad; todo lo que hicieron lo hicieron por el bien de bebitos como tú"*. Pero Soledad se queda pensativa; la explicación no le alcanza y a nosotros tampoco.

-¿Cómo vive la nena esta situación?

-Nunca le ocultamos a ella, ni a nadie, la verdad. Todo lo que decimos es siempre cierto. No sacamos -o tratamos de no sacar- el tema a cada rato. Pero no dejamos ni una pregunta suya sin contestar. Ella, a su vez, se lo explica a los amiguitos que le preguntan. Se sabe segura del amor de sus padres y del amor de sus abuelos. Sabe que no fue abandonada y que no será abandonada. Por lo demás le va muy bien en la escuela, tiene buena relación con sus compañeros, y la agenda de cumpleaños esta siempre llena. Y ella es la que nos ha hecho conocer a los vecinos del barrio. Suena el timbre: *"¿Está Soledad?"*. Y en la calle todos la conocen.

Antes, mal que bien, nosotros éramos "los de García"; ahora somos "los abuelos de Soledad".

-¿Y el abuelo Ovidio, de quien no hemos hablado?

-Por pudor no lo hice. Es dulce, comprensivo, muy bueno, muy querido. Me hace gracia cuando salimos y a cada paso lo saludan. Ahora está triste, inmensamente triste. Adoraba a su hija y su hija a él. Y adora a su nieta, vive porque Soledad vive. Vivimos exclusivamente para hacer feliz a esta nena. La miramos, la observamos, descubrimos reacciones, palabras, gestos, que eran de sus padres con los cuales, sin embargo, sólo llegó a convivir siete meses. Se les parece, no digo en los rasgos sino... usted me entiende, esas cosas que uno descubre en un niño que son de sus padres. Es raro: esta nena nos ha hecho más viejos y más jóvenes.

Brecha, 15 de noviembre de 1985

NI ANCHO NI AJENO

La prueba más flagrante de provincianismo la da el que a toda costa quiere pasar por mundano, y estando en la 5ta. Avenida o en la Puerta del Sol pone cara de resultarle todo superfluo, aunque no haya salido nunca del Tala, departamento de Canelones. No pienso, pues, ahorrarme asombros ni ocultárselos a ustedes en estas intrascendentes notas de viaje destinadas a contarles todo cuanto haya despertado mi interés y crea que puede despertar el vuestro (atención a ese "vuestro", tan poco nuestro). Vaya: como si le escribiera cartas de viaje a un amigo afectuoso y tolerante, a quien yo supiera capaz de sonreír con indulgente simpatía ante entusiasmos acaso pueriles o estrategias de turista ocasional.

Para empezar (y esto va a sonar a ideología, pero bueno): me llevé, para ir leyendo en el trayecto Montevideo-Nueva York, el librito autobiográfico de Omar Cabezas donde el revolucionario nicaragüense cuenta con magistral naturalidad la odisea de su vida en la montaña, cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional era apenas una apuesta al futuro, un riesgo cierto de muerte y una aventura -de muchos- asumida con alegría.

Mientras las atenciones del personal (no siempre bilingüe) de Panam se multiplican, los indios, los campesinos y los estudiantes de Managua, León y Subtiava viven por su cuenta en el libro, pero también (me hacía ilusión) a causa de que yo lo estuviera leyendo allí, con el fondo adormecedor de los motores en marcha.

No había, entre los 150 que éramos a bordo, alguna tez más oscura que la de una carioca sentada a mi izquierda. La consideré una hermana (bueno, una sobrina).

-Y las cosas en Brasil, ¿cómo están?

-Malinhas.

-¿Nadie quiere a Sarney?

-Ninguein.

-¿Y a Brizola?

-Tudus falan. Ninguein cumple.

-Y la política de Estados Unidos hacia nuestros países, ¿cómo la ves?

-A min gusta.

-¿También Reagan?

-Tambéin. Eu gosto muito dele.

Perplejidad. Los indios de Subtiava siguen trabajando para la carioca y para mí.

Yur atencion, plis

He aquí, finalmente, el aeropuerto neoyorquino. Sólo las dependencias de Panam ocupan una superficie veinte veces mayor que el nuestro de Carrasco. Y las demás compañías aéreas del mundo cuentan con sus propias dependencias. El factor tamaño empieza a dominar el panorama.

Los veteranos de muchos vuelos por Panam ni miran a los lados. En cambio, los primerizos somos todo ojos, hasta en la nuca. Gordas centroamericanas de hablar lento y andar pausado y funcionarios negros se ocupan de nuestro ingreso al país. Somos una legión, una marea humana: la pesadilla cotidiana de esos empleados que lidian con bultos que se menean y visas que se las traen. Todos los pasajeros sometidos a un mismo, burocrático destino. Entrega de documentos a un examen penetrante y veloz,

devolución de los documentos ya sellados, y *okey*. Todos, en esta tanda, menos uno: yo. "*Please, come with me*". Debo llevar alguna marca infamante en el orillo de la visa. Momento de decisión. El rubio del norte, que había desaparecido con mis papeles, vuelve con ellos. Cara de buenos amigos. Yo también, *okey*. "*Vaya nomás*." Yo voy nomás, y me confundo con los otros. Pero con quienes realmente me confundo en un abrazo es con Miriam y Hugo Rocha, con Antonio Frasconi y con Rimer Cardillo, que nos estaban esperando. "*¡Uruguayos...! ¡juruguayos...!*" Es como estar en casa.

Descubrimiento de Manhattan

Son las diez de la mañana y el vuelo para Madrid sale a las veinte. Somos pasajeros en tránsito con varias horas disponibles, pues, para un primer vistazo a la gran ciudad. Tortícolis o desnucamiento, porque todo se vuelve mirar hacia arriba (reflexión obvia sobre grandeza edilicia -pequeñez humana, en ciertos casos acentuada). También belleza, intrepidez, árboles, plazas, buena relación verde-hombre. De jazz, ni rastros. "*Esta no es todavía la hora*", intenta calmarme Hugo Rocha. Yo pensaba que sería sin horario.

Pero en cambio el maniático del cine se solaza en gratificantes tareas de reconocimiento. Desde este ángulo debió filmar Woody Allen para *Manhattan* la escena de la pareja sentada en un banco, como lo hubiera hecho Chaplin. Desde aquí miraban hacia la Manhattan inconquistable, los judíos pobres de *Punto muerto*, y en esa plaza recoleta y manuable que es Washington Square filmó Wyler, para siempre, *La heredera*, con el abuso de Montgomery Clift sobre Olivia de Havilland, bajo la mirada sobriamente consternada de Ralph Richardson. La historia de los lugares (en Manhattan, en Montevideo, en el Tala) es la historia de los afectos y de las afinidades. Aquí me siento habitando mi propio pasado.

No queda tiempo más que para visitar la recién abierta exposición de Antonio Frasconi en el número 50 de la calle 57. Tema: los desaparecidos en Uruguay. Formidable impresión, golpeando al espectador donde más duele. Si uno temió no venir a este viaje con el país a cuestas, la exposición de Frasconi se encarga de volverlo a su centro.

Al salir a la calle, llueve. Estallido de paraguas multicolores y de muchachas en flor. ¿Sabrán estos alegres transeúntes que ellos, quizá remotamente, tienen algo que ver con el tema de la exposición? No lo saben y les sorprendería saberlo. Los campesinos de Omar Cabezas siguen vivos.

Descubrimiento de Madrid

¡Ah, Madrid, belleza de ciudad, hecha a escala del hombre! Amo la proporción de sus medidas: avenidas anchas, cielo abierto y el regalo de un otoño con sol puntual y una temperatura gratísima. Nos esperan en Barajas Luz y Mario Benedetti. *"Se vienen a casa, a menos que prefieran un hotel."* Nos vamos a su casa.

-¿Y, Mario, qué está pasando aquí?

Mario quiere saber primero qué está pasando en Montevideo: es fácil y no es fácil decirlo. Lo digo.

-Aquí en Madrid, en cambio, dice Mario, están pasando sobre todo dos cosas: las Olimpiadas de Seúl y la visita de la Thatcher.

Pero a juzgar por la tele, la prioridad absoluta la tiene Seúl. Los españoles viven pendientes de la ubicación de sus deportistas (que en estos juegos suman más de cien). Decepción generalizada y autocachada: "Siempre España, entre cinco, entra quinta. Se procura un récord mundial: entrar sexta."

Ocurren además otras cosas. ¿Por qué no hablan de ellas nuestros políticos colorados, que se atragantan con el "ejemplo españoooool"? Al caso: la justicia acaba de condenar a más de veinte años de prisión a dos policías responsables de la desaparición -en

democracia- de un delincuente común. Los responsables adujeron fuga del detenido, pero un compinche de éste vio cómo los policías lo masacraron y, para testimoniario, salió de la clandestinidad sin ignorar lo que su conducta valerosa iba a costarle. Por supuesto lo prendieron y ahora tiene su propia condena, pero antes dio pelos y señales de las torturas que presencié, aportando los elementos que el magistrado necesitaba para actuar con el máximo rigor. Aquí los militares y los policías no son impunes, como se pretende que lo sean en Uruguay. Y la justicia (civil, por supuesto, porque relevante no hay otra) es verdaderamente independiente. El coronel Tejero y otros generales golpistas del 81 siguen presos.

Una tarde en el Prado

Nada diré de los Goya, Velázquez, El Greco o Rembrandt. Qué puedo yo decir y de qué vale lo que diga. Por pudor, omito los asombros. Pero sí les cuento que, camino hacia el pabellón donde se encuentra el Guernica, de Picasso, el espectáculo lo dio un vendedor ambulante de libros, láminas y postales de arte, de esos que hacen de un rincón de la vereda sala de exposición, depósito, mostrador y caja de su incierto negocio. ¿Se acuerdan de Memo Carotenuto, que en "Umberto D" silabeaba oraciones devotamente en la puerta de una iglesia pidiendo limosna, y en el mismo bisbiseo apostrofaba a los fieles que no le daban nada? Su par madrileño de padecimientos se acerca al turista, seductor, ofreciendo su nobilísima mercadería. Así hizo la otra tarde uno de ellos con dos respetables señoras que se le acercaban con el inocente propósito de no comprarle. Desoyendo la oferta, siguieron su camino. ¡Para qué! Los improperios no se hicieron esperar. Pero no discretamente, como en la técnica de Carotenuto, sino a voz en cuello:

-¡Fariseas, fenicias, sanguijuelas del arte...! Y cuando se le acabaron los adjetivos descalificadores, lanzó el definitivo: "¡americanas!"

Las americanas, que en realidad eran dos frágiles inglesas, sexagenarias y flacas, huyeron despavoridas ante los anatemas del predicador (que tuvo la precaución de insultarlas en inglés). Picasso no debió contar nunca con un marchand tan tenaz.

En cuanto al Guernica, finalmente está ahí: la sabida bombita de luz eléctrica, el sabido blanco y negro impactantes. Hago mía la castiza expresión de Peloduro cuando lo vio en San Pablo, en el 54: "*¡La puta madre que lo parió!, en el mejor sentido de la palabra.*"

A la salida nos encontramos con Miguel Angel Nieto, conocido de los lectores de "Brecha" por sus excelentes colaboraciones políticas y culturales desde Madrid.

-¿Queréis pases para ir esta noche al estreno de una zarzuela? Miren que no es memorable. Digo, por si queríais.

No queremos. Pero sí nos interesa (con todos los juicios y prejuicios en contra) ir a alguna buena corrida. Ya hay un evento que se le va a parecer. El viernes es la reunión de prensa de Margaret Thatcher, y tengo acreditación. Ya os contaré de ambas lidias: la del toro y la de la tory.

Mientras tanto las cavilaciones no cesan: ¿cómo habrán salido Peñarol con San Lorenzo y Nacional con Nuls, por la Libertadores, y qué otras trapisondas se le habrán ocurrido a Ruben Díaz para seguir enturbiando la limpia causa del referéndum? ¡Todo tan lejos y tan cerca...!

Brecha, 23 de setiembre de 1988

DE LA DAMA DE HIERRO A LA DAMA DE ELCHE

Madrid es una fiesta. Sí, pero también París es una fiesta, New York es una fiesta y Montevideo lo es en la franja costera, sobre todo en verano. Bienentendido: es el turista quien está de fiesta. Su mirada aparece teñida por la avidez y el gozo, y su criterio selectivo es tan poco confiable como las propias guías turísticas que lo llevan, embobado, de aquí para allá.

Y sin embargo, efectivamente Madrid es una fiesta. En Lavapiés y en el Rastro, barrios antiguos de la ciudad, como en Plaza Mayor y en Puerta del Sol, centros neurálgicos de madrileños y turistas, el atractivo irresistible reside en la relación ser humano-ámbito físico. Madrid contiene a su gente -en el Metro, en las tiendas, en las plazas- como una madre tolerante y de amplias polleras. Una relación de amor, que el Alcalde de Madrid, Tierno Galván (hay nombres que se merecen), estimuló, mientras vivió, con astucias de viejo sabio. Los Ayuntamientos y las Comisiones de Vecinos recogen ese mandato ecológico y humanista, y así pude leer en un muro barrial: *"En este jardín se proyecta levantar un edificio. ¡Opongámonos!"* Y al pie la rúbrica poética, a fuer de oportunista: *"Verde que te quiero verde"*.

Todo armoniza. Menos los taxistas, aquejados, en su inmensa mayoría, de franquismo agudo.

-¿Democracia? ¿Y pa' qué quiere usté democracia, digamé? La democracia es pa' holgazanes, drogados, terroristas, delincuentes e insertables.

-Usted prefiere al franquismo.

-Pues hombre, sí. Franquismo es decencia, respeto, honradez y trabajo.

Pero son amables y le explican a uno cuanto quiera saber para orientarse.

-Usté agarra por Ramos Carrión, después por Clara del Rey, después por Avenida de las Américas, tuerce a la derecha y está en Insurgentes. No se pue' usté perdé. (Mientras, el candidato a pasajero espera, y sigue atentamente la lógica de la explicación.)

Antes nos había averiguado:

-¿Argentinos, no? Se nota, se nota...

-Argentinos no; todo lo contrario, uruguayos.

Sorpresa y simpatía. O no nos caló, o no nos tiene por vagos a pesar de nuestra tacha insanable de demócratas.

¿Tacha, dije? Esto me recuerda a Thatcher, a quien dejé colgada de un punto y coma en mi ya lejana nota anterior (Brecha, 23 de setiembre). Pues sí, tuve mi anunciado encuentro con ella (yo y treinta periodistas más, en la Moncloa). Impresiona la señora, por decir lo menos. A la rueda de prensa concurren ambos jefes de gobierno: la Thatcher y Felipe González. Dos pesos pesados. Ella, como siempre, recién salida de la peluquería (ya quisiera verla yo una ventosa tarde montevideana de invierno, en 18 y Andes) y él (qué quieren que les diga, con todo respeto por el socialismo) como si fuera su peluquero. Seducido por la señora, chocho con serle grato. ¿Recuerdan a Fernandel en *Peluquero de señoras*, haciendo una verónica con el delantal para rubricar su trabajo?

Sin perjuicio del palique, no hubo progreso alguno en las conversaciones y quizás nadie, empezando por los protagonistas, esperaban que los hubiera. La consigna fue, obstinadamente, no desafinar. "Si usted no dice nada molesto sobre Gibraltar, yo no

digo nada molesto sobre el acuerdo nuclear europeo". Y no dijeron nada molesto. Pero qué bien lo dijeron. Felipe se desenvuelve con deslumbrante soltura ante los cachorros de la prensa (¿por qué éstos son, o fueron, ese día, tan poco incisivos?), y la señora, envuelta en un sobrio y elegantísimo vestido de seda natural color salmón (gentileza de mi vecina de asiento de la prensa española), sacó a relucir uñas, mirada acerada y una sonrisa irrefutable para contestar la mínima sombra de una insidia o cualquier punto que dejara dudas sobre el papel del Reino Unido en una Europa otanizada. Sobre el término de sus frases, que lograban el milagro de ser a la vez redondas y puntiagudas, miraba de "cacheté" (gentileza de Alberto Kesman) al jefe de gobierno español como diciendo "A ver, tú, atrévete a decir otra cosa".

Quizás para desempatar, o llevar el partido a otra cancha, al cronista de "Brecha" se le ocurrió entonces preguntar a la señora Thatcher (empezando por pedir disculpas a sus colegas españoles por el interés estrictamente regional, e incluso menor, de la pregunta) si *"su gobierno había dado instrucciones al embajador en Uruguay, o simplemente sugerido al gobierno de nuestro país, una actitud favorable al establecimiento de una línea de ferry que uniría el puerto de Montevideo con las Islas Malvinas"* (recordando, para mí, el tema siempre urticante de las relaciones de Uruguay con la República Argentina). Distensión general y comentario sonriente de Felipe González: *"Esa sí es una pregunta difícil"*. La señora Thatcher sacó a relucir su mejor sonrisa (siempre es la mejor) y dijo: *"Esa iniciativa pertenece al dominio privado y nada tiene que ver con ella mi gobierno. Le deseo mucho éxito a quien emprenda tan loable tarea"*.

Y sanseacabó. Porque la señora debía partir en el cumplimiento de una misión, qué casualidad, precisamente grata al dominio privado: inaugurar en Galerías Preciados un gran stand de St. Michael's, de la britanísima firma Marks & Spencer, de Londres. Allí se probó prendas de punto (¡oh, manes del Uruguay!), y revolvió en la mesa de saldos como hacen todas las señoras,

mientras su marido se aburría cortésmente, como en estos casos hacen todos los maridos. Así es como la *Señá Márgare* se ganó el corazón de las madrileñas y demás transeúntes de la sorprendida zona, todos olvidados, a esa altura, de futesas tales como la soberanía española sobre el peñón de Gibraltar. El que estaba que trinaba, tratando de que no se notara, era El Corte Inglés (gran rival de Preciados), al que, inglés y todo, la Thatcher no le dio corte.

Como dice nuestro Carlos María Gutiérrez, a la señora se le vuelan las enaguas cuando de Ronald Reagan se trata. ¿Estará el anciano presidente norteamericano detrás de estas bieneducadas maniobras, en apariencia anodinas? Dentro de unos meses España asumirá la presidencia de la Comunidad Económica Europea, y ahí se jugará una partida de ajedrez que involucra proyectos como el del Avión de Combate Europeo (ACE) capaces de desestabilizar a cualquier economía dependiente. Y éste es un momento particularmente difícil de la economía española. Al gobierno se le ha disparado la inflación (por supuesto que en términos locales, ajenos por ejemplo a la realidad uruguaya y ni qué hablar, a la argentina, a la brasileña o a la boliviana), y además se le vienen a las barbas las Comisiones Obreras y la mismísima UGT, de cuño socialista, que amenazan con huelgas si no se atienden sus reclamos salariales. La UGT, por otra parte, ya decidió negar su intención de voto a su propio partido en las próximas elecciones (datos para nuestros gargaristas del "*¡ejjjemplo españolooo!!*").

Y después de ver a una dama fui, con ánimo bien distinto, a ver otra que le lleva a aquélla unos años, como que pertenece al siglo III, a. de J.C., o al IV (que hay dudas entre los especialistas, y a esta señora, como a la otra, no le agradecería que la envejeczan en un siglo). Se trata de la Dama de Elche -busto de tamaño natural en piedra caliza, adornada con rodetes, collares y peineta- que domina (sin olvidar la sabia reproducción de las pinturas de Altamira) el inmenso Museo Arqueológico de Madrid. Debe ser (lo digo con la autoridad de mi ignorancia) uno de los rostros de

mujer más bellos en la historia del arte (no vi a Nefertiti pero sí a la Gioconda). ¿Dónde reside el misterio de ese rostro sensible que atraviesa sin esfuerzo los siglos y parece de hoy? ¿Acaso en sus ojos rasgados -¿irónicos?-, o en los labios a punto de decir algo? Sólo sé que uno da vueltas por la sala y por otras salas, y vuelve a la Dama de Elche, atraído por una suerte de gozoso magnetismo. Da gusto ("hace ilusión", dicen acá) pensar que este ejemplar de la cultura ibérica sea el antepasado de las muchachas de Lavapiés o de La Castellana. Detalle turbador: hay prestigiosos autores (Enciclopedia Larousse dixit) que sostienen que la Dama de Elche... fue varón. Por ahí, mecachendí, vino a parecersele la Dama de Hierro.

Si Pilar Miró, la eximia directora de *El Crimen de Cuenca*, hoy al frente de la Televisión Española, pudo tomarles el pelo a los diputados que la semana pasada la interpellaron en las Cortes, por llamarles "glándulas" a los meros cojones (dijeron de Pilar que tenía "glándulas" y ella les recordó en plena cámara cómo se debe decir en castizo), a mí no me cabe sino hablar de cojones, en tratándose de corridas de toros. Sí, también allí metimos las narices, aunque resultó que no eran toros sino novillada. No sé qué hubiera sido peor. Nada tengo contra el torero; al contrario, cómo no sobrecogerse y advertir cuánto arriesga en cada suerte y con qué donaire lo hace (mientras seguramente su mujer queda en casa, rezando). Pero allí, si no eres aficionado, te haces hinch del toro o, en nuestro caso, del novillo. Por lo pronto te haces enemigo personal del picador que, con bastante impunidad, desde la altura del caballo (que a su vez mira sin entender nada, y menos cuando el toro lo acosa a él que, vamos, ni arte ni parte), desde la altura del caballo, digo, el hijoputa le hunde en el lomo a la bestia un afilado aguijón, empezando el animal a desangrarse. El novillo (ningún cachorro, por otra parte: pesa unos cuatrocientos kilos) responde enceguecido a los envites de las capas fucsia, y a la oscura humillación de las banderillas clavadas. Y así, embistiendo y flaquean-

do, flaqueando y embistiendo, enfrenta al matador a la hora necesaria de morir. Uno de los novillos, ya antes de la última estocada, vomitaba chorros de sangre, la mirada seguramente nublada pero buscando aún a su enemigo. Gratuito enemigo mortal. Cayó al fin sobre sus patas delanteras pesada, lentamente. Si el estoque del matador no resulta certero, el golpe de gracia -lo único piadoso del espectáculo- lo fulmina y los cuatrocientos quilos se transforman en un sosegado montón de algo inerte. La plaza estalla: sanciona o consagra, y hierve en apasionados comentarios. Reclama una oreja del animal muerto si la faena fue buena, o las dos si fue excelente; si eximia, también el rabo. Rabo u orejas son arrojados a las tribunas, donde la multitud los recibe como históricos trofeos (que adornarán la repisa familiar). La fiesta culmina. Cae la hermosa tarde de calor estival y se levanta una luna inmensa sobre el límpido cielo de Madrid.

Contra la rumorosa muchedumbre en dispersión, ¡qué impresión de tristeza! Tristeza, no por los españoles taurófilos, de seguro tan buena gente como los que no lo son; tristeza por el género humano que integro; el de las riñas de gallos, el que reclama que le revienten la jeta al boxeador ya groggy, o éste de las corridas de toros. El género humano, en fin, al que, nos guste o no, pertenece el individuo que metódica, sabiamente, tortura a otro.

Es cierto: las corridas responden a complejas motivaciones colectivas sobre las que resulta pueril -o no- teorizar. Son valores culturales (sí, culturales) profundamente arraigados, que quizás sólo el tiempo, horadando la piedra, y no las peroratas, acaso consiga cambiar. He visto las pintadas por los muros de Madrid: "*¡Basta de crueldad, basta de corridas!*". Pero los intereses que se mueven en torno a los toros, por detrás de la pasión popular y del eterno diálogo, tan español, del hombre y la muerte, son inmensos. El poder, económico y hasta político, que ostentan los dueños de las mejores haciendas y el prestigio místico y mítico de los grandes matadores, son murallas casi inamovibles. Ya ha habido, sin embargo, exposiciones y conciertos juveniles de tenor pacifista en

la mismísima Plaza de las Ventas, templo de las corridas madrileñas. Debe ser el vigoroso espíritu civilizador de Tierno Galván que empieza a abrirse paso. Pero este pleito sólo los españoles lo decidirán (nosotros partimos mañana, no sin pena, para Nueva York).

Brecha, 21 de octubre de 1988

NUEVA YORK: EL DÍA Y LA NOCHE

Quienes ya estuvieron en Nueva York se van a sonreír piadosamente. Que den vuelta la hoja, no escribo para ellos. Escribo para los otros, los que (como yo hasta hace un mes) imaginan a Nueva York desde el amor por la literatura, el cine, la música, los museos, el teatro, la vida cultural, la vida a secas, y desde la bronca -en realidad el rechazo ético y político- por todo lo que la capital visible del imperio significa para nuestros pueblos. Escribo para los que no viajan o, como yo, viajan poco y gustan conocer las vivencias de los demás; esas vivencias que, por menores, no suelen aparecer en crónicas de viaje más conceptuosas que las mías.

Así que los invito a compartir observaciones, perplejidades y entusiasmos provocados por (al momento de escribir) diez días de correrías sin pausa. ¡Qué son diez días! Nada o menos que nada por los riesgos de sacar conclusiones apresuradas. Diré lo que vi. No sin ira y sin amor, porque sería imposible; pero sí drásticamente dispuesto a no cantar ni contar al son de juicios previos, valederos o no. Se cree poder ser objetivo; no poca cosa, me parece, es querer serlo.

Vivimos en Nueva Jersey, en casa de Susana y Rimer Cardillo, rodeados de obras admirables del artista compatriota y astutamente asediados por una gata llamada Noche Buena. Nueva Jersey está separada de Manhattan por el río Hudson; y uno, medio pajuerano, se queda literalmente atónito cuando, a la salida del Lincoln Tunnel, se topa de buenas a primeras con la visión de

aquel macizo central iluminado en la noche tal como si quisiera imitar descaradamente a las postales más seductoras. Después se familiariza con lo insólito y acepta muy suelto de cuerpo (cuando de mañana va al supermercado a hacer las compras) que aquello sea real, en lugar de un fantástico telón pintado.

Pero el ómnibus, que lleva a Manhattan en quince minutos, (por seiscientos pesos, aunque por razones de salud mental es aconsejable no traducir precios), tiene la sabiduría de dejarnos en la terminal (Port Authority Bus Terminal) y allí la visión idílica se rompe en pedazos. El inmenso local -varios pisos, subsuelo, cafetería, puestos de venta de los más variados rubros, amplios espacios para la multitudinaria circulación y hasta obras de arte cinético para diversión o entretenimiento de los que esperan- es funcional y hermoso, pero también posee sus rasgos sórdidos porque allí se da cita una especie de Corte de los Milagros. Los ciegos y los tullidos reclaman un óbolo, los dementes hablan ardorosamente consigo mismos y no pocos hombres y mujeres duermen en el suelo, contra los muros. El turista, temeroso en un mundo que desconoce, entra a calificar y a descalificar: *"Deben ser atorrantes, drogadictos, gente de avería"*. Los conocedores no descartan esa eventualidad, pero señalan la existencia (datos recientes del *New York Times*), sólo en N.Y., de más de veinte mil jóvenes y adolescentes que carecen de vivienda y duermen en la calle, en los ambulatorios del Metro o en la boca de los túneles. En la Grand Central Station, hermoso complejo arquitectónico de hace 75 años, duermen legión que -eso sí- son desalojados a las 2 de la mañana porque la estación cierra; se quedan merodeando por la zona hasta las 5, en que vuelve a abrir. Mientras tanto la sala de mullidos sillones -sello de un estilo suntuoso- fue clausurada para no ofrecer excesivas comodidades a "los atorrantes".

Yo vi un mediodía, en Port Authority, cómo un policía empujaba con el pie, acaso para no contaminarse, el cuerpo de un negro viejo, quizás borracho, dormido al sol en la vereda de ese concurrido lugar; lo hacía -él sí- sin ira y, por supuesto, sin amor. La

punta de su bota movía con indiferencia una pierna del negro que no atinaba (ni la pierna ni todo el negro) a despertar y menos a entender. Era tratado como una cosa, y nadie por allí parecía opinar que no lo fuera. Pero la vorágine de la 42 y la Octava manda seguir, y los detalles se pierden en el torbellino.

Multitud de detalles, riquísimos en cambio para mí. ¡Qué novelería, por ejemplo, ir de una vez por todas a Times Square, que yo identificaba con el *glamour* de Broadway, la vida nocturna, los teatros, acaso el jazz! Histórico fiasco: hoy es la imagen de un pasado esplendor. Veredas con mercadería expuesta en el suelo, como en la Unión, edificios venidos a menos y una montevideana sociedad, Times Square perdió el maquillaje por el camino. Los domingos de mañana allí se juega a la mosqueta como en la feria de Cuchilla Grande, y por las noches el espectro de la droga y el SIDA refulge en esa zona de la 42 junto a las luces de neón de los *porno show* por y para hombres y mujeres. Hay un local abarrotado de máquinas traganíqueles -Playland-, donde impera una densa atmósfera de encierro. El manejo de esos sofisticados productos de la tecnología para el entretenimiento sirve de tranquilo deleite a unos pocos jóvenes y a cuarentones con aire intelectual; los demás parecían enfermos mentales poseídos por un afán destructor. Yo los miraba fascinado; a ellos, no a las máquinas. Algunos afirmaban una pierna hacia adelante y otra hacia atrás y volcaban su cuerpo contra la pantalla chica con gestos de concentrada ferocidad, como si les fuera la vida en hacer blanco en el guerrillero emboscado o en la esquiwa nave espacial (hay ideología para todos los gustos). Los prescindentes, los observadores, éramos mal vistos, así que optamos por zafar.

Afuera, la vida es un río con mil afluentes. Grupos de aficionados se ganan allí el mango como pueden. Un negrito percute un balde con ritmo contagioso y dos más zapatean con ondulante gracia, seis musicantes desgranán la quena y la pena del norte argentino, cuatro negros neoyorkinos bailan las acrobacias del *breakdance*, como los expertos que la calle ha hecho de ellos.

Muchos peatones se detienen a mirar (y oblar; yo soy candidato para todos los rubros), pero la multitud pasa de largo como si aquellas convocatorias, gozosas pero también laborales, formaran parte de un paisaje, por hartó conocido, prescindible. Al atravesar la amplia rejilla por donde respiran las entrañas de la ciudad siento un sonido electrónico que al vibrar nos deja vibrando. "*Es un loco*" (acepción montevideana del término), nos informa Francisco Latorre, uruguayo radicado en Manhattan desde hace nueve años, que se las sabe absolutamente todas y que podría enseñarles Nueva York a los neoyorquinos como José María Podestá les enseñaba Roma a los romanos (pero él tiene 29 años). *Es un loco*, dice Francisco, *que se coló andá a saber cómo en las catacumbas porque quería instalar un sistema sonoro audible por el peatón que camine por esa rejilla de Times Square. ¿Para qué? Para nada, andá a preguntárselo al loco...*"

Los mensajes se multiplican pero no siempre llegan a destino. La oferta supera generosamente a la demanda. En las cercanías de Washington Square un hombre, con aire ausente, luce un letrero donde se lee: "*Homeless. Viet Nam Vet. ¡Help me!*" ("Sin hogar. Veterano de Vietnam. ¡Ayúdeme!"). Lo rodea la más absoluta indiferencia.

Pero las experiencias se entrecruzan, se refutan, se confirman o se neutralizan según el interlocutor, la ocasión o el azar imprevisibles. La dramática presencia en la sociedad neoyorkina de las comunidades negra e hispana -discriminadas y reprimidas con severidad- se asoma como un bronco contracanto a la inmensa riqueza y la gloria de los museos. En el Metropolitano, las salas de arte africano y egipcio claman al cielo -y a la tierra- por la estafa gigantesca que significa el hecho de que esas culturas, de impresionante fuerza y originalidad, estén hoy sumergidas -a pesar de los votos en la UN- y deban tolerar el que nuestro pueril orgullo las llame peyorativamente "primitivas". El que la ciudad de Nueva York tenga y ofrezca al mundo, en el Metropolitano, el Guggenheim y el Museo de Arte Moderno, semejante acervo cultural (es

verdad: adquirido a la manera de casi todos los museos del mundo, por el pillaje o la extorsión), sin olvidar lo mejor del mundo en teatro, ópera, danza y música que ofrecen las salas del gigantesco (y gigantista) Lincoln Center, constituye en su globalidad un formidable atractivo, multiplicado por la belleza sedante de Central Park y el estallido juvenil del Village.

Ciudad de contrastes, Nueva York atrapa para bien y para mal. La iglesia de Saint Patrick no por casualidad se encuentra en lo más lujoso de la 5a. Avenida, frente al famoso Atlas del Rockefeller Center; su opulencia e innegable buen gusto, en entredicho con cualquier voto de pobreza, representa a la jerarquía eclesiástica con poder político en un país mayormente protestante. En cambio Saint John the Divine, alejada del centro, la iglesia barroca más grande del mundo, da refugio a los marginados, a los sin hogar -y los impulsa a trabajar en comunidad-, acoge en sus naves a grupos contestatarios, denuncia las violaciones de los derechos humanos, apoya a Nicaragua y juega de testigo incómodo en todas las buenas causas. ¿Sabiduría de la iglesia para ser crítica del sistema en la periferia y su guardiana en el centro? La respuesta queda en suspenso, porque ahora nos vamos a Harlem.

Sí, a Harlem. Un prejuicio generalizado aconseja a los blancos no ir al barrio negro o sólo ir en auto. ¡Qué tontería! Es cierto que fuimos de mañana (y acompañados por el ubicuo Francisco Latorre), y que de noche quizás los blancos estemos todos bajo sospecha de usurpación. Pero ese día recorrimos varias cuadras por la 125 St. (su 18 de Julio), vimos el venerable Apollo Theatre y me hice amigo de un negro viejo que atendía una tienda de discos (es cierto que le nombré de entrada a Jelly Roll Morton, a Jabbo Smith y a Fletcher Henderson). Más adelante, en la Escuela de los Amigos de Allah (Francisco sabe en qué puertas llamar), donde alguna vez habló Malcolm X, el hombre joven que nos atendió -sin bajar el volumen del jazz pesado que estaba escuchando- nos habló de las luchas que el barrio libra contra el poder blanco que los invade y los reprime, señalando también que hay negros réprobos como

asimismo blancos que comprenden y apoyan sus reivindicaciones.

Recordé que la noche anterior, en una reunión con gente progresista (precisamente blancos de la élite intelectual), se sostuvo la tesis de la despolitización del jazz y su captación por los engranajes del turismo (típicamente: Nueva Orleans) y de las compañías discográficas. Sometí la cuestión al juicio del amigo de Allah, quien emitió una sonrisa sarcástica: *"Eso dicen siempre los blancos, incluso nuestros amigos progresistas. Niegan lo nuestro. La única verdad es que el jazz nos expresa y afirma nuestra identidad"*. La vehemencia del saxo tenor, al fondo de nuestra conversación, no dejaba lugar a dudas: su canto vigoroso, viboreando entre las palabras del negro, parecían-uno y otras- variaciones de la misma voz. Nos despedimos de él alegremente, sin complejos de culpa ni aires de inferioridad.

Variaciones de esa misma voz resultaron también las escuchadas en *"Sarafina"*, el espectáculo de una compañía negra de Soweto, en cartel a sala llena, en pleno Broadway, desde hace un año. Con humor, patetismo y fuerte acento regional en coreografía y canciones -a la vez que una puesta arrolladora y moderna-, todo el horror del *apartheid* está allí encarnado por sus víctimas que lo arrojan, puños en alto, al público neoyorkino, pidiéndole que cese la ayuda de su gobierno al régimen de Pretoria, no en nombre del odio sino del amor y de la paz. Todo dicho en memorable conjunción de ritmo, danza y música. El público, de pie -blancos y negros en toda la sala- aclama a los africanos. Y aunque después su veredicto se diluya en las fauces de la gran ciudad que todo lo devora, lo asimila y lo elimina -y pide más-, aquel público heterogéneo pareció por un momento comprender al Tercer Mundo.

No, *"New York, New York"* no es *"a wonderful town"*, como pretende la hermosa canción. Personal, fascinante y dramáticamente atrayente sí, lo es. Con eso le alcanza para dejar una huella imborrable.

Brecha, 28 de octubre de 1988

CON EL ALMA EN EL JAZZ

a Jorge Boutón

Quizás sorprenda al cónsul de los Estados Unidos de Norteamérica (que el año pasado me negó la visa para visitar brevemente Nueva York) enterarse de que mi objetivo no era, en tan poco tiempo, "derrocar al gobierno" de su país como sostenía la enmienda que me aplicó y que luego revocó el Congreso, sino -entre otros fines igualmente "irrelevantes"- escuchar en sus fuentes un poco de buen jazz. Se trata, en mí, de una pasión temprana.

A los diez o doce años (estoy hablando de fines de la década del veinte) abandonaba fútbol, figuritas o balero cuando irrumpían en el garage de Justicia y Lima, convertido en disquería, los compases de los primeros foxtrots que escuché en las grabaciones acústicas de la orquesta de Paul Whiteman. Yo estaba muy disponible, eso también es cierto; vivía, con mis amigos, trepado al tablado Cidriz, hinchaba de la Oxford (contra Un Real al 69) y de Asaltantes con Patente (contra Patos Cabreros). Y devoraba las novedades de Gardel, desde "Soy un arlequín" hasta "Cruz de palo". Para mejorar la respetabilidad de mi imagen diré que unos años después adonde trepaba, con mi hermana, era al paraíso del Solís, para escuchar a Brailovsky, Cortot y Kreisler (sin dejar de ir al Palacio Salvo, ya no con mi hermana, a escuchar a Aníbal Troilo). Hasta el día de hoy le soy fiel a la música y ella, sin darse cuenta, me es fiel.

¡Cómo no ir devotamente en Nueva York, y luego en Nueva Orleans, a escuchar jazz sin intermediarios, una vez que se podía

prescindir de los discos, serviciales y odiosos (por congelados)! Yo "creía" (en realidad no creía) que iba a estar tropezándome a toda hora con bandas negras de jazz. Nada que ver. Hay que comprar los martes el *Village Voice* (por esa y por muchas otras razones) y buscar en la página de espectáculos quién está, dónde y cuándo. Sin luego saber, por supuesto, cómo detectar a los dignos de atención en esa selva de nombres desconocidos. Opté por "Son Seals Blues Band", que llegaba de Chicago con buenas credenciales y cuyo nombre -razón de razones- me sonó bien.

Ya es nota dejarse caer de noche por la calle Bleeker, en pleno Village, llena de jóvenes, de agitación, de luces, y de pintadas en español contra la discriminación que segrega a las comunidades negra e hispanoparlante. Por intuición, por aproximación -a lo mejor sólo por ganas- el turista latinoamericano se siente allí como en su casa. Quiero decir (para los remilgos de mi mala conciencia): el jazzófilo no tiene que pedirle permiso, y menos disculpas, al izquierdista, de suyo antiimperialista y en ocasiones majadero (como cuando proscribió, al que va a Toledo, visitar el Alcázar por ser el templo del franquismo; zonceras -pero yo no fui-).

El local donde actuaba la *Blues Band*, el Village Gate, para unas 150 personas, estaba atestado de jóvenes, negros y blancos, que se fueron entonando con la música más que con los tragos. Síntoma desalentador (sólo para la pareja uruguaya, bastante mayorcita): la música sería buena o mala pero antes que ninguna otra cosa era estridente. Parecía que la consigna fuera ensordecen y eso lo logró el septeto de Son Seals sin ningún problema. (Nosotros intentábamos hablar pero sólo gesticulábamos: cine mudo sin leyendas.) Y sin embargo, los chicagüinos ponían una gran convicción en su entrega. Todo el tiempo tocaron blues -eso sí, roqueados-, dejando ver y oír lo mucho que les importaba hacerlo. Y eso cala en el oyente, sobre todo si éste reconoce las raíces negras del entramado musical. Cuando la Blues Band paró, pudimos decirnos que aquel jazz no era desdeñable y (con el voto en contra de los tímpanos) que había valido la pena la excursión por el Village Gate.

Vuelco en el corazón: me enteré que por esos días estaba actuando Benny Carter en Manhattan. Esa sí sería una experiencia singular. Conozco, admiro y disfruto desde hace medio siglo (todos mis recuerdos son así, prehistóricos) la música de Carter. Es un saxofonista, arreglador y ocasionalmente trompetista que lideró o integró bandas negras en los años veinte y treinta, junto a otros gigantes del jazz. Hoy tiene ochenta y un años y es uno de los últimos sobrevivientes de esa edad de oro. Escucharlo ahora -y verlo- prometía ser una instancia emocionante. Lo fue. Carter apareció sonriente, empuñando su saxo, ante un público ni tan numeroso ni tan conocedor como yo había imaginado. ¡Qué lejos del fervor que en el Río de la Plata acompaña a los ídolos en sus últimos años! (ejemplo clamoroso: Osvaldo Pugliese, a quien dé Dios otro montón de años). Quizás por eso fue Carter tan cordial conmigo cuando luego de su actuación fui a saludarlo (por supuesto, con Francisco de amigo bilingüe). Lo sorprendente fue que, en cuanto declaré mi condición de uruguayo, Benny Carter exclamara:

-¿Uruguayo? ¿Y cómo está Grezzi, Juan... Juan...?

-Sí, Juan Rafael. Juan Rafael Grezzi. Está muy bien. Hecho un muchacho, como usted.

No sabía si asombrarme más por el prestigio mundial de nuestro compañero -a cuya sombra tantos aprendimos a conocer y querer al jazz en nuestro país- o por la fresca memoria de este octogenario que conoció a Grezzi hace como veinte años y lo recuerda tan vívidamente. Yo mismo fui objeto de su festiva sorpresa cuando le mencioné a los Chocolate Dandies, su banda de los treinta, y la memorable versión de "Once upon a time". Fuimos amigos por unos minutos y me dio su dirección en Los Angeles. Carter toca ahora acompañado por piano y bajo, y produce un jazz fogoso pero híbrido: ni tradicional ni moderno. ¿Benny Carter debe ganarse aún la vida? Me alejé de aquel público, que lo aplaudía sin dejar de charlar, con un retrogusto amargo (como el que acaso sienta el extraordinario músico cuando carga el saxo

cada noche y se va al hotel).

Entonces cortamos por lo sano y nos fuimos a Nueva Orleans. Matriz, cuna o guardería del jazz, Nueva Orleans rinde tributo al exotismo o pintoresquismo de su pasado, que los oriundos conservan por tradición tanto como por utilidad. Después de la crisis del petróleo, en 1982, el turismo pasó a ser la verdadera riqueza del estado de Louisiana: un incesante y consumista turismo interno cubre las calles del Vieux Quartier, el barrio más colorido y seductor de Nueva Orleans.

La filigrana del hierro exquisitamente labrado en los balcones, por los que caen plantas copiosas; la limpieza de sala recién barrida que luce en calles y aceras; el tranvía llamado Deseo, que realmente existe; o las alusiones al carnaval, al jazz y a la cocina autóctonos, donde plasma el genio del negro neoorleanés, son un constante disfrute callejero que sólo nosotros los turistas, molestándonos recíprocamente, conseguimos opacar.

¿Opacar? Nada consigue opacar el aire de informalidad y transparencia que recorre las calles del Vieux Quartier. En la Plaza de Armas, con la Catedral a un lado y la adusta figura del general Andrew Jackson vigilándolo todo, una bandita de jazz hace las delicias de fanáticos y/o turistas, que acompañan con el pie o batiendo palmas los temas clásicos que el quinteto negro ataca con ganas contagiosas. No operan de un modo distinto al de nuestros tamborileros, que atraviesan 18 de Julio o la Feria sombrero en mano, levantando más monedas que billetes. En Nueva Orleans es al revés: "One Dollar" por acá, "One dollar" por allá, el rinde debió ser provechoso a juzgar por la euforia con que los músicos se alejan de la plaza al festejado compás de "When the saints go marching in". Es verdad que no son grandes ejecutantes, pero nacieron con el ángel de la síncope en el cuerpo, como sus hermanos uruguayos del Barrio Sur, y hacen música con la misma facilidad con que uno simplemente respira.

Otras ceremonias habrían de comprometerme más. Como la de pisar Bourbon Street, cuyo solo nombre evoca la leyenda

literalmente negra del jazz. En las primeras décadas del siglo sus lupanares y lugares de beberaje generaban pecado y jazz por partes iguales. Como tanteando en la palma de una mano conocida, busco las huellas de ese tiempo que fue.

¿Dónde habrían tocado en sus días Jelly Roll Morton, Clarence Williams o King Oliver? Dicen que a éste lo escuchaba, hipnotizado, un jovenzuelo que no le sacaba los ojos de encima. Oliver llegó a cubrir sus manos con un pañuelo, temeroso de que aquel negrito fuera a copiar sus trucos de digitación con su corneta. El jovenzuelo era (como la intuición lo indica) Louis Armstrong, y pocos años después ambos estaban tocando juntos un jazz inefable, que estremeció las bases de la música moderna como no tardarían en demostrarlo Ravel, Milhaud, Stravinsky y otros.

Ahora las chicas de entonces están muertas o son abuelas, y en cuanto a Nueva Orleans, ya no trata de ser, sino de remedar. Todo sea por los turistas, estetas del consumismo. A todos, en efecto, nos abrasa la fiebre de comprar y de fotografiar. Y mientras la vida reclama ser vivida, los turistas nos pasamos produciendo recuerdos del futuro. Con esa perspectiva, no puede extrañar que los oriundos se ganen el pan haciendo el papel de sí mismos; así es como parece que el Vieux Quartier estuviera siempre posando.

No puede, sin embargo, escapar del todo a su ley primera. A media cuadra de Bourbon y Saint Peter suena un piano promotor. Las síncopas, cada vez más audibles, nos guían hasta el lugar de la magia. En el interior de un bar un negro toca la armónica y otro el piano. Son gente mayor, uno acicalado y el otro bohemio. Sólo tocan boogie y blues -¡no roqueados!- y sin proponérselo señalan la diferencia con cualquier exteriorización efectista, que aquí abunda. Están ensimismados, ajenos a todo, e imponen en el bar, de suyo bullicioso, un silencio activo y una emoción palpable. Después emergen a la superficie, entre los aplausos -que no quieren cesar- de los devotos; y el acicalado, el de la armónica, pasa a asumir sin ningún problema su papel de empresario. "One

dollar", "One dollar". Está todo en orden.

No lo está realmente mientras no concurramos al Preservation Hall, templo consagrado a la ejecución de jazz clásico en el estilo más puro y tradicional por músicos que peinan motas canosas. A la segunda noche, por supuesto, estábamos allí. El local, en St. Peter Street, se hace simpático precisamente a causa de su vetustez y escaso confort. Unas sillas al frente, sin escenario ni tarima, para los músicos, y ante ellos, todo a ras del suelo, unas seis u ocho filas de bancos rústicos para los suertudos (o madrugadores); la mayor parte de los asistentes permanecerán de pie, apiñados detrás de los bancos y en cualquier intersticio habitable. El precio de la entrada, para los valores estadounidenses, puede considerarse simbólico: dos dólares y medio.

Lo malo es que para los turistas el Preservation Hall es apenas un tilde includible en su agenda, como ir al Zoo o al Café du Monde, o dar una vuelta por el Mississippi en el barquito a palas. De modo que están encantados oyendo a los viejitos, que a lo mejor hasta tocan alguna pieza de su juventud. Para un purista como uno, el efecto es deplorable (aunque en la querella de turistas y puristas no es fácil señalar al más fastidioso).

El momento, quieras que no, es solemne; trompeta, saxo y clarinete, trombón, banjo, piano y bajo. Edad media: 65 años (debido a que faltaron dos músicos y sus reemplazantes eran jóvenes -e, imperdonablemente, blancos-). Arrancan con "Clarinet Marmalade" y empieza el deleite. Otra vez debo decirlo, sin subirme al coturno del sabihondo: se trata a mi juicio de una banda de tercer orden. Pero el deleite de que hablo reside en el placer recíproco que experimentan -sabedores de pertenecer a una misma patria- los que hacen la música y los que la escuchan. Reside también, sin regalarles nada, en la probidad y hasta la religiosidad con que aquellos hombres cuidan un patrimonio que les viene de muy lejos y muy hondo. En ese sentido fue una hora memorable, y comparto el respeto y el cariño que despierta en el mundo del jazz la Preservation Band.

A la salida esperaba una cola similar a la nuestra. El público, pues, se renueva pero los viejitos de la banda no. Al pibe de diez años que fui no le sorprende esta fidelidad a una pasión temprana.

Ya en Montevideo, corro a mis discos. A devolverles mi devoción.

Brecha, 4 de noviembre 1988

EL SUEÑO AMERICANO DEL HOMBRE SOLO

Es el país que "expulsó" a Charles Chaplin y a Orson Welles, y acogió a Albert Einstein y a Bela Bartok. La potencia económica y militar más poderosa del mundo, con la mayor deuda externa y un ejército que no pudo con el subdesarrollado Vietnam y no va a poder con la hermana Nicaragua. Estados Unidos de Norteamérica, que revolucionó la música del siglo y persigue a los negros, sus creadores. Y donde nació un cierto liberalismo al que ahora entierra. Me asomé quince días -que son nada- a ese mundo y aquí resumo mis impresiones.

Ya de regreso en Montevideo, hago mi caminata habitual desde Vázquez por Mercedes hasta "Brecha" (15 cuadras, 4 veces por día), y reencuentro en las veredas los pozos que dejé hace un mes, más algunos cerrados y otros nuevos. Mi ciudad. ¿Podría vivir en otra? Lo dudo. Durante la dictadura preferí no irme. No fue heroísmo (qué va...); más bien fue temor al riesgo, opción por "lo malo conocido".

Oigo por la Sarandí que el cielo de Madrid está despejado y que será de 24° la temperatura máxima pronosticada allí para hoy. La imagino y sonrío (sonreímos). Pero el viaje ya quedó atrás. Montevideo ofrece sus reclamos y uno se va entregando con alma y bagajes a la insidiosa rutina. Pongo Telenoche 4: los mismos problemas, las mismas preguntas, las mismas respuestas. Cassina que no, Zerbino que sí, Gonzalo Aguirre que quién sabe. Una

noticia distinta, insólita: ¡La Libertadores la ganó Nacional! (por el sarcasmo -¡si lo sabré!- mana la bilis de los del otro bando, y en esto también el país se iguala). Pero hay algo que empuja y se abre camino, resistiendo el olvido: es Nueva York, que no termino de digerir. Regurgita, está ahí. Y bien: no me resisto, vuelvo a Nueva York. Indescifrable, reclama ser descifrada.

Hablé con alguna gente en Nueva York. ¿Mucha? No, poca. ¿Ideológicamente flechada? Sería un barbarismo calificarla así. Pero no faltará quien diga que busqué a los interlocutores que más me convenían (¿a qué fines habrían de convenirme?). Porque efectivamente se trata de gente lúcida, progresista e informada, con vínculos en el periodismo, la política, las letras y las artes. Algunos, columnistas de *The New Yorker* y *The Nation*, notorios (ellos y sus periódicos) por su liberalismo crítico y su independencia; otros, miembros del Pen Club y de los Comités de Defensa de los Periodistas y de Abogados Defensores de los Derechos Humanos.

Hablé también con uruguayos que están o estuvieron radicados por años en Nueva York (Antonio Frasconi, Hugo Rocha, Luis Camnitzer, Rimer Cardillo, Francisco Latorre), todos ellos divididos por el sentimiento ambivalente odio/amor hacia una ciudad diferente pero nunca indiferente. Entre estos testimonios y el mío propio (disperso y parcial) armé estas conclusiones, de todas maneras provisionarias y sujetas a controversia y libre examen.

Los dueños de la ciudad

Después del bajón de hace unos diez años que la sumió en el caos (las ratas dueñas de Manhattan y la basura apilada), Nueva York parece hoy en pleno apogeo. Viejos edificios caen y nuevas estructuras gigantescas levantan su atrevida arquitectura en áreas privilegiadas. No siempre, sin embargo. Al igual que ese chalecito que se mantuvo en sus trece y no pudo ser deglutido por el Panamericano del Buceo, al que parece tomarle el pelo desde su

chatura, también en Manhattan hay esquinas carísimas con cachadores edificios de dos o tres pisos. Los rodean rascacielos que son propiedad de trasnacionales con todo el poder del mundo, menos el de desalojarlos o encontrarles el precio. Las casitas siguen allí, como diciendo: "No nos moverán".

Pero es lo excepcional. El alcalde Edward Koch viene cumpliendo desde hace ocho años (está en su segundo período) una metódica, inflexible política de apoyo a las grandes inmobiliarias neoyorquinas, de hecho dueñas de Manhattan. Como consecuencia, el perfil domiciliario de la ciudad ha cambiado enormemente. La base manufacturera propia de la isla de Manhattan, con sus fábricas y sus centros de empleo y su vida de barrio, desapareció. Ahora es una base de servicios para los sectores financiero y terciario, y un sector residencial muy rico que reduce al mínimo las posibilidades locativas de la clase media, incluso la media alta: la renta de un apartamento en el Centro de Manhattan es hoy de dos mil dólares mensuales para arriba.

Los métodos de esas inmobiliarias pesadas son los de la *maffia*. Desalojan con violencia los inmuebles a cuyos predios aspiran y los incendian para hacerlos inhabitables. Y no pasa nada. Hace un par de años ocurrió un hecho notorio: en horas de la madrugada llegó hasta un edificio histórico de la calle 43, cerca de Times Square, un equipo de hombres con luces, grúas y mazas a fin de demolerlo. Por supuesto actuaron sin permiso ni licencia alguna. Pero contaban con amistades al más alto nivel que, en cualquier emergencia, les aseguraban la impunidad. Debe haber historias dramáticas tras esos esqueletos ahumados que agujerean el satisfecho panorama de la ciudad, en Manhattan, el Bronx y Harlem.

¿Y la prensa? Es extremadamente servil a los intereses de los especuladores. El propio *New York Times*, de bien ganada fama por su probidad e independencia (recordemos que, por ejemplo, denunció con pruebas la falsedad de la versión oficial sobre el ataque del Golfo de Tonkin, que pretextó el inicio de la guerra en

Vietnam), el propio NYT, digo, abdicó ante el poder de las inmobiliarias. Un distinguido corresponsal suyo en Asia (se me escapa su nombre pero el caso es muy notorio) fue designado por el gran diario neoyorquino para cubrir periodísticamente la administración de la ciudad, bajo sospecha de escandalosa corrupción. No se hicieron esperar los terminantes informes del periodista, pero lastimosamente el *New York Times* terminó silenciándolo, debido a los problemas que le creaba al diario la fuerte presión de los especuladores; ahora el afamado periodista continúa la misma tarea en el *News Day*, cuya edición para Manhattan, creada hace dos años, aporta junto al *Village Voice* el único periodismo de investigación que se hace hoy en la ciudad. En cuanto al *New York Times*, me dicen mis entrevistados, se vuelve más y más conservador.

Abajo los pobres del mundo

Es que la sociedad norteamericana toda, sostienen también, se vuelve más y más conservadora. Ronald Reagan sería, más que el símbolo de un partido, el símbolo de la Nación. Representa más y mejor que nadie -aun lelo- la contrarrevolución que en su país viene renegando del liberalismo; ese liberalismo que en lo interno personificaron en el último medio siglo Roosevelt, Kennedy y Carter.

Los valores son otros y encarnan en la figura de Donald Trump, un cuarentón ahíto de éxitos en los negocios inmobiliarios como, opinan mis informantes, nadie lo estuvo antes en Manhattan. No quiere que nada de lo suyo se parezca a algo ya existente. Y la Trump Tower es un himno a esa manía. La Torre tiene de todo (menos buen gusto) por el barroco expediente de no dejar pulgada sin llenar. El señor Trump debe desconocer el valor del silencio y de los espacios en blanco, creyendo que significan desperdicio, ausencia de contenido. Usted entra al *foyer* de la Torre, en lo más

onda de Manhattan, y lo recibe una estrepitosa catarata ante la cual los juegos acuáticos de nuestra Galería Cristal parecen tinguñazos en una palangana. Además (e ignoro si esto está calculado) la Torre tiene efectos diuréticos; al ratito de estar allí con aquella música de las aguas, el visitante enfila sin más trámite para los baños. Un gran retrato del propio Trump, colocado en lugar prominente del *foyer*, nos advierte sobre el futuro venturoso que espera -aún- a este bienhechor. A mí me sonó como amenaza.

Sí, los valores hoy son otros. Desde nuestro punto de vista latinoamericano la diferencia es cero. Pero en lo interno soplan vientos oscurantistas que ensombrecen el espacio destinado en este país al talento independiente, la creatividad y el espíritu crítico.

El debate televisivo que enfrentó a Bush y Dukakis antes de las elecciones es bien revelador al respecto. El vicepresidente acusó al candidato demócrata de ser liberal. "*Usted es un liberal*", -lo señaló con el índice- "*Usted es partidario del Servicio Nacional de Salud*". Dukakis retrocedió espantado y trató de levantar la calumnia. "*¡Eso no es cierto, y el señor Bush lo sabe!*" Se sentía ofendido por imputársele virtudes indignas de él. (Luego, ante la marcha adversa de la campaña electoral, Dukakis entendió útil reconocerse progresista, lo cual debió provocar un irritado desdén tanto en progresistas como en conservadores.)

En lugar del melancólico "Adónde van los muertos, Señor, adónde van", en Manhattan habría que preguntarse "adónde van los pobres", los pobres y los negros de la ciudad. Porque ésta los va expulsando metódicamente de las zonas más visibles. Los margina y los condena. El Seguro Social fue reducido a la mitad por la administración Reagan, y (en una organización familiar que segrega a los mayores y a los adolescentes) los viejos o no tienen qué comer o no tienen dónde dormir. En New Haven una anciana fue entrevistada por la televisión.

-Cobro seiscientos dólares por mes. Pero pago cien semanales por dormir en un sofá.

-¿Un sofá?

-Sí, una señora me alquila el sofá de su living por cien dólares semanales. No puedo entrar a su casa hasta las ocho de la noche, y debo irme antes de las ocho de la mañana. El resto del día lo paso por ahí... ¿Con qué como, si se me van cuatrocientos dólares en el alquiler?

Y resolvió dormir en la calle, que es donde la encontró la reportera de tévé. El problema de los "homeless" no es sólo neoyorquino; involucra a todo el país. En la Biblioteca Pública de Nueva York vimos una terrible (y artísticamente estupenda) exposición fotográfica con familias de Houston, Chicago, Los Angeles, Nashville y, de hecho, todo el país, con sus pertenencias en la calle o viviendo en el interior de autos destartados. Son los "sin hogar", negros y blancos, que aunque afean la imagen de una nación inmensamente rica igual existen y, por el solo hecho de existir, acusan. En realidad acusan débilmente, porque la ciudad, embriagada de sí misma, les pasa por arriba a ellos y a la exposición. Algún resto de mala conciencia, sin embargo, ha de quedarle. ¿Cómo explicar, si así no fuera, el que haya en Harlem y en el Bronx edificios en ruinas, incendiados y como bombardeados, en cuyas ventanas lucen calcomanías gigantescas que simulan macetas con flores, lindas persianas y primorosas cortinas pintadas? ¿Es que los pobres no saben dar un toque de alegría a sus vidas?

Pilatos al poder

El sistema culpa a los pobres de su pobreza. El discurso oficial -Reagan, Bush, el *establishment*- exalta el esfuerzo individual y encomia la acción solidaria de los comités de ciudadanos. Es la consagración del Vive Como Quieras, tan grato al "*american way of life*"; en los hechos, es la defección del Estado ante sus responsabilidades respecto de los sectores con menos recursos, para los cuales el famoso lema se traduce por Vive Como Puedas (y ahí te

puodras). Típica de este lavado de manos es la estrategia oficial para combatir el SIDA, la enfermedad que hoy atormenta a la sociedad norteamericana. Casi todo el esfuerzo para contrarrestar la extensión del flagelo está en manos del sector privado. Grupos de voluntarios aconsejan por teléfono, en una línea abierta, a quienes formulan preguntas sobre el SIDA. Mientras, la respuesta tanto gubernamental como estadual -en los aspectos educativos, preventivos y aun hospitalarios de la enfermedad- es juzgada deficiente. El mensaje subliminal que se imparte sería que quienes padecen el mal se lo merecen por su conducta personal y sus preferencias sexuales. La peste, como en el Medioevo, castiga a "los culpables".

Me llamó asimismo la atención un aviso bilingüe (español e inglés), de acabada confección profesional, visible en los omnibuses del transporte colectivo. *"Si papito toca a la nena de mala manera, ésta debe decirlo. A su mamá, a su maestra o a una persona mayor de su confianza"* (no es textual, pero recojo fielmente el sentido). Y un dibujo de trazos infantiles, bien simple, muestra en una cama al papito con una mano sobre el sexo de la nena acostada a su lado. *"Si no tienes a quién recurrir o te da vergüenza hablarlo en familia, llámanos a nosotros, que te comprendemos y te ayudaremos"*. Y el remate, destacado: *"Línea telefónica abierta para Ayuda en Casos de Incesto, número tal"*. El problema debe ser agudo para requerir un planteo tan franco, a nivel masivo; pero no menos nos sorprendió que sea un servicio privado (quizás psicólogas o maestras voluntarias) el que le salga resueltamente al cruce. Aquí también el Estado se cruza de brazos y deja hacer (incluso a papito).

Gente solidaria, integrantes de esos comités de ciudadanos que pululan en la sociedad norteamericana (contrastando, para su honra, con el cerrado individualismo de la mayoría) se preguntan si no estarán armando, con su acción, una trampa: la de asumir responsabilidades que competen al Estado y de las que éste se exculpa olímpicamente como si dijera: "No faltaba más, primero usted". Pero es que nadie, excepto esos grupos, reclama la inter-

vinción estatal; más bien la gente se siente amenazada y se pone en guardia cuando el Estado interviene. Allí Jorge Batlle no tendría nada que hacer: ya está todo privatizado. La norma de oro es que cada uno se las arregle como pueda, lo que en buen romance significa convalidar el desamparo de los más necesitados.

Es notable lo que ocurrió con una reciente cobertura de la revista *Time* sobre la mendicidad en Manhattan. No se fijaba tanto en el estado de extrema necesidad de los pordioseros, como en la capacidad de engaño de éstos, que puede llevar -alertaba- a que un honesto ciudadano, que paga los impuestos, dé sus monedas a un simulador. El alcalde Koch salió en el *New York Times* a reforzar la tesis del engaño. *"No hay problemas de mendicidad en Manhattan -dijo-, lo que sí hay es gente astuta que ha hecho fortuna arrastrándose en los ambulatorios del Metro para pedir limosna"*. Sin embargo, una joven mujer que perdió el pelo ("pero no las mañas", hubiera dicho Koch), evidentemente por quimioterapia, pedía plata para los remedios -yo la vi- sentada en el pavimento en una esquina de la calle 93. Ojalá me estuviera engañando, y el aspecto terrible que tenía fuera simulado. En tal caso, ¡qué actriz!

Nueva York, la bella

No es para compensar que esta moneda tiene otra cara. No puede no tenerla. Los atenienses de la Grecia Antigua eran gente piola, indolente, generosa, comprensiva, que conoció las regalías de la vida intelectual hasta el último de sus gambitos, el sofisma. Pero estaban reclinados sobre las espaldas de la esclavitud, comodidad sin la cual quizás hubieran sido menos admirables y bellos. La Quinta Avenida -para simbolizar en ella todo el fruto dorado de Manhattan- está sentada sobre las espaldas del Tercer Mundo. El Tercer Mundo que tiene instalado en sus propias entrañas -la comunidad negra y la hispanoparlante, más los blancos pobres-, y el lejano Tercer Mundo, que no es dueño de lo que le pertenece y suele ignorar las razones de su pobreza.

Con semejante viento a favor, el neoyorquino no le mira el diente a caballo regalado. Incluso quizás niegue -hasta de buena fe- que tal caballo exista. Y, sin ojos en la nuca, él también es piola, generoso, sofisticado, esa clase de gente con la que da gusto estar y hablar. Nueva York debe ser la ciudad más vibrante del mundo, aquella en la que se tiene mayor libertad individual y la más irrestricta libertad de expresión, así como la que ofrece mayores estímulos intelectuales; es allí posible una vida alternativa muy independiente y creadora (aunque dicen que las zancadillas salvasen por la competencia, en todos los órdenes, se ven de una cuadra); la riqueza de los museos puede tenerlo a uno en vilo, la juguetería tecnológica (casera o espacial) es impactante y el pensamiento político -que no la acción- siempre ha sido fermental y abierto. La ciudad misma es abierta y está disponible para todo y todos. No se acicala para el turista, como Nueva Orleans; su belleza y su mugre están ahí, a la mano del consumidor (el SIDA y la droga también, no confundir la oferta). Lo que es la demanda, tiene donde saciarse (mientras el provinciano no da abasto). En el Museo Frick hay un autorretrato de Rembrandt y en el Michael's Pub está Woody Allen; en Nueva Jersey está el restorán "Adiós, pampa mía" y en Queens la carnicería "18 de Julio Incorporated"; desde el piso 107 del "World Trade Center" se ve volar los aviones por debajo de uno, y en las estaciones del Metro se ve a la gente más ansiosa del mundo por huir -¿huir de la ciudad, huir de los otros, huir de sí mismos?-, mientras una *troupe* de falsos hindúes, oriundos de Catamarca, emiten falsos sonidos exquisitamente hindúes. Ahora bien: si el estrés o la polución resultan al atardecer insoporables, siempre queda el recurso de mirar la puesta de sol desde el puente de Brooklyn. Eso sí, el disfrute puede no durar mucho: un viejo andrajoso, en el hermoso Fulton Market, en Wall Street, va accionando las palancas de todas las máquinas que proveen de Coca Cola a cambio de unos centavos, por si quedó atragantada alguna moneda y el mecanismo, mágicamente, se la devuelve con un glorioso tintineo. Por lo visto esa tarde no quedó ninguna

atragantada. Pero el viejo se pierde a lo lejos accionando cada una y todas las palancas. Debe ser su salario cotidiano.

Oscuridad a mediodía

-¿Cuál es finalmente la meta de esta sociedad?, le pregunto a George Black, de *The Nation*. Porque el SIDA y la drogadicción van en aumento y afectan sobre todo a los miserables. ¿Se propone quitar de en medio a esa gente, como hacen las inmobiliarias en los barrios ricos? Usted mismo decía que el Estado deja hacer a los grupos de voluntarios y él casi no mueve un dedo. ¿No es hacerse cómplice de esa autodestrucción?

-Si la pregunta se la contestara Koch, respondería con la ideología oficial de este país: *"La meta de nuestra sociedad es crear un ámbito en que cualquier individuo se puede realizar plenamente"*. O algo parecido.

-Pero eso sería un sarcasmo.

-No, a su manera sería sincero. Mucha gente está realizando sus sueños. Es la visión protestante de la autosuficiencia, de la iniciativa personal. Nadie lo ha dicho con más claridad y franqueza que Margaret Thatcher en una entrevista periodística: *"... ¿La sociedad? ¿Qué es eso? No existe la sociedad, sólo existen los individuos"*. No fue un sarcasmo, es el pensamiento profundo de la señora Thatcher. Y aunque jamás lo dirían así, es el pensamiento profundo del alcalde Koch, del presidente Reagan y de la sociedad norteamericana en su conjunto. ¿Qué mejor prueba del desprecio general por la acción pública, es decir la política, que ese 40% de abstencionistas que suele darse en las elecciones? Quizás sorprenda a ustedes, uruguayos, tan politizados, saber que aquí se siente una gran indiferencia o un gran desprecio por los individuos (con algo de pobres diablos) que se dedican a la política. Aquí es prestigioso ser un héroe del base-ball o un triunfador a lo grande en los negocios. A esos sí, los entrevista la televisión. En Manhat-

tan hay un tipo, Donald Trump... (y abunda en una historia cuyas aristas más afligentes, sin dejar de ser divertidas, ya conocíamos).

-¿No existe un pensamiento, no sé si decir socialista o social, o izquierdista, que se le oponga?

-Aquí no cabe hablar de socialistas o izquierdistas. A lo sumo, de progresistas o liberales o radicales. Lo que no es poco, porque su compromiso como tales los ubica en el sector de los marginales, los no integrados. La palabra sucia de los años 80 es "liberal". La palabra "L" le dicen, y se usa como se usaba "comunista" en los 50. Por eso Dukakis se defiende de la palabra "liberal": "*¡Qué horror! Yo no soy liberal, soy competente, hombre de centro, sin ideologías.*"

-¿Y Jesse Jackson?

-Jackson significa una recuperación de ese espacio. No sé si podrá superar los límites de la comunidad negra y proyectarse a nivel nacional. A mi juicio el gran problema del sistema político norteamericano es que objetivamente necesita un tercer partido para romper la bipolaridad. Y no veo otra posibilidad de un tercer partido que el partido de los negros, o sea el 15 por ciento de la población...

En cuanto a la otra reserva, las mujeres, pude saber que sufren la misma discriminación que negros y menores: en el mercado laboral se les paga 67 centavos por cada 100 que gana el hombre. Levantan sus voces, pero aún no se las oye.

Los vintenes de oro

Francisco Latorre, a quien los lectores de "Brecha" ya conocen, no nos deja volver sin mostrarnos al patio trasero de Manhattan. El dice que hay allí una subcultura de la resistencia, y que para verla sólo hay que quererlo. "*¿Ustedes saben qué es la música 'rub'?*" No, no sabemos. "*Es jazz y rock, pero es otra cosa. Es la música de los jóvenes negros, casi inaccesible para los blancos; es una música callejera, con mucho coraje y mucha ira y un fuerte sentimiento anti-blanco.*"

Nos lleva a un barrio latino (las avenidas A, B y C), donde se habla español, inglés y espanglish y que nos recuerda las afueras de Montevideo. Sólo que a las pocas cuadras la zona recupera el nivel residencial de lujo, y la magia se acaba. Nos muestra graffiti y artesanía dominicana, puertorriqueña, guatemalteca y puestos callejeros vendiendo tortillas latinoamericanas." *¡Se aguantan, loco!*", nos dice. *"¿Sabés lo que significa, en medio de este monstruo devorador, mantener el idioma, la ropa, la comida y la virgencita, es decir, su cultura?"* (Inútil razonarle que quizás lo difícil para ellos fuera dejar todo eso, ¿para adoptar qué? Pero Francisco tiene una fe generosa, irreductible, en la gente, su gente, nuestra gente.)

Lo que realmente quería mostrarnos eran los murales, en numerosas paredes del barrio, representando, en noble estilo *naif*, escenas de las luchas por la liberación del hombre, donde fuere. Desde Jesucristo al Che, pasando por Juárez, Sandino, Malcolm X y Mandela; no solos, como retratos académicos, sino en su medio, rodeados por sus pueblos y con leyendas que expresan todo el ideario humanista que cabe en un revolucionario. Nueva York ni se entera, pero a nosotros nos importó enterarnos y a ellos pareció importarles que nos enteráramos. Y ahora me gusta culminar esta serie de notas con ese recuerdo.

Brecha, 11 de noviembre de 1988

DIAS DE RADIO

Cuando me desperté eran las siete y veinte. "*Hora de poner Radio Clarín*", me dije; la que está en la extrema izquierda (del dial). Por supuesto, Carlos Gardel. "*Fui un gran otario/porque la quise*". Adormilado, yo no estaba todavía para tales confesiones del Mago. Enseguida Agustín Magaldi puso las cosas en su lugar: "*Junto a mi madre/santa y viejita*". Eso es otra cosa. ¿Los jóvenes posmodernos tendrán madre, para mejor santa y viejita?

Pasé a la Rural, CX4. "*Mercado pesado en todas las categorías. El Frigorífico Santos Lugares será adquirido por Cooperativas Agrarias Federadas. Precio de la cebada, precio del alpiste*". Olor a pasto, a tierra. ¿El país real?

A las ocho el SODRE inicia, como desde hace más de cincuenta años, una "Audición de la Discoteca Nacional": *Marcha militar*, de Schubert (¡tenía que ser en la Oficial!) y *Danza Húngara No.5* de Brahms. Bajo la ducha, asocio esta obrita a la escena de la peluquería en *El gran dictador*: Chaplin afeitado a un cliente al ritmo de las subidas y bajadas de la galopante partitura (tema para luego: ¿Las imágenes cinematográficas encadenan la música de que se sirven? ¿Es que el Sexteto de Brahms ya no puede ser sino "la música de Los amantes"?)

Las nueve. En la *Sarandí* está "En vivo y en directo". Después de enterarme que hoy tendremos veinte grados bajo cero como mínima en Moscú y de oír 26 anuncios 26, entramos en el tema del turismo en Punta del Este. El señor invitado, productor turístico de

la península, señala que Punta podrá ser cara (sostiene incluso que no lo es) pero aventaja a París porque aquí no hay bombas, los chicos se acuestan a las seis de la mañana, almuerzan a las cinco de la tarde y todo así. Sonia Breccia lo amonesta dulcemente.

A las once y media salteo los sonos borincanos de CX10, *Continente*, "la radio que escucha toda la gente" (que la escucha), y aterrizo en unas dramáticas apelaciones: "¡Fuerza la celeste!" (¿a esta hora?) y "¡Arriba charrúas!". Es la *Oriental* y su "Hora veinticinco de los deportes". Suficiencia y exaltación. Paso y paso.

A las trece, opina *El Espectador* que Ramón Collazo no tuvo en vida la popularidad y el éxito que hubiera merecido. El editoria- lista de CX 14 olvida o desconoce lo que significó el *Loro* en el carnaval y la radiotelefonía montevideanos de los años veinte, treinta y cuarenta. Regreso a *Continente* donde Heber Pinto dialoga con su gente. Gran familia. Retorno de las vacaciones. Amistad. Señor nacionalófilo sostiene que el club de los Céspedes no padece el complejo de la camiseta; Heber Pinto que sí, que lo padece. Interminable, indemostrable e irrelevante.

Yo no lo sabía, pero de tarde y en verano, la mayor parte de nuestras estaciones de radio se transforman en fábricas discográficas de melaza, para engorde espiritual de un público que incluye tíos y tías de la más variada edad, incluyendo abundantes quinceañeras. *Oriental*, *El Espectador*, *Carve*, *Libertad Sport*, *Monte Carlo*, *Universal*, *El Tiempo*, *Imparcial*, *Radio Mundo*, *Centenario*, quizás alguna otra (que a otras horas ofrecen, no todas, algún programa de interés) entablan una relación "divina", "bestial", con sus oyentes de la tarde. El lema, con los respetos debidos, podría ser: "*Vos ponete tarado, que podés contar con mi taradez*". Se le abren entonces las compuertas al bolero: "*Mirándote a los ojos descubro tu interior*" (lo que llaman "fondo de ojo"); "*Déjenla-ruega el masoco- que se siga burlando de mi amor*"; "*Entiendo que lo nuestro ha terminado*" (sí, hombre, entendés bien); "*Róbame un beso y toma lo que es tuió*". Mientras el otro roba su beso y toma lo que es suio, se da paso a las noticias de interés mundial: "*Nubarrones en el*

matrimonio de Jorge Ortega (hermano de Palito) y la modelo Titi Martínez. Ampliaremos en el boletín de las 16". Pero los boleros arrecian y lo explican todo: "Donde hubo fuego, cenizas quedan" "¡io, el último de tus amores" (que te crees tú eso); "ámame en cámara lenta" (Titi dixit); "aunque presumo que mi piel pueda quemarse" (ah mijita, piénselo bien). Voz tersa, insinuante, de los locutores (ambos sexos): "A Europa, todos los días en Jumbo", "Johnson, tu línea de champú...", "Diners, la manera elegante de pagar" (especulo: ¿no habrá una manera elegante de no pagar?), "el de la medallita, ¿no sabés?". El bolero vuelve y nos arrastra, infatigable: "Por estar enamorado", "te busco diariamente entre la gente" (y... perdido por perdido...). Hasta que una receta de cocina llega al tope. "Agréguele a todo lo anterior una taza y media de azúcar" ¡No! ¡¡Basta para mí!!

De noche, ya ligeramente intoxicado, todavía descubro otro mundo: cuatro emisoras transmiten un mismo partido de básquetbol, en el que se han vendido ciento ochenta entradas. Y la nota distinta: en CX 36, Centenario, el Hermano Ramón nos advierte, con inflexiones de voz escasamente persuasivas, sobre los ataques que hoy día las fuerzas del mal (concretamente Satanás) están desatando contra la familia cristiana. Del aparato de radio sale humo (¿no te dije?: cenizas quedan).

Un oasis: Mercedes Sosa canta en la Treinta. Pero es inútil: de radio somos. Mañana a las siete y veinte, "canta Carlos Gardel".

Brecha, 20 de febrero de 1987

ENLOQUECER AL CUERDO

Los países que esconden, como un baldón, a sus enfermos mentales, están enfermos. Y el Movimiento Pro Ayuda al Enfermo Psiquiátrico -que no es un sello de goma, ni un documento de personería jurídica ni un domicilio constituido (nada de eso, sin embargo, les falta: calle Rafael 4091, teléfono 56 34 57), sino un grupo de personas mayores, que pueden agitarse si suben escaleras, gente humilde, gente de trabajo (o carente de él)- es el que está rescatando en esta materia el honor nacional, la conciencia colectiva de que algo debe hacerse, pero ya.

En un tema doloroso donde concurren la indiferencia, el sadismo o la rapacidad, las señoras y los señores del Movimiento tratan de enojarse lo menos posible en aras de la eficacia, aunque tendrían tanto derecho a la indignación... Porque los planes de salud son urgentes pero demandan su tiempo. En cambio, el que no se lleven a su hijo de 18 años, del Vilardebó a la Etchepare, es para Cándida la angustia de cada minuto, algo que hay que parar de cualquier modo, antes de que sea tarde. Tarde para el hijo de Cándida, y tarde para los hijos de todas las Cándidas, algunos de los cuales ya fueron trasladados.

-Mi hijo fue internado en la Colonia Etchepare porque tenía 15 años, y al Vilardebó no podía ingresar. Salía por primera vez de su hogar y del costado de su madre. Cuando fui el segundo día no se encontró el paciente,

nadie dio información de él. Lo recogimos como a las seis o siete horas, en un campo, perdido como si fuera un animal. Fue encontrado completamente horrible. El chico vino con barro hasta la rodilla, el pelo que no era pelo, parecía paja, envuelto en una arpillera. Cuando lo vi me horroricé. No pensé que era él, pero él me reconoció a mí. Lo llevé a casa y el chico empezó a andar mal y mal. Lo llevé al Clínicas; al chiquilín me lo vieron los facultativos y los estudiantes. Lo encontraron traumatizado del oído, tenía hematomas en la espalda, enfermedades, un chico de quince años por primera vez sacado de su hogar. Le dieron pase para el Vilardebó y allí lo internamos en el año 80, así que hace tres años que está. Para mí el Vilardebó es el segundo hogar. Porque si el señor Director de la Colonia Etchepare y el Director de Salud del Ministerio dijeron que si ellos tuvieran un hijo enfermo -loco, como se le dice- y no tenían recursos para una casa de salud, le llevarían a la casa de ellos, yo les preguntaría como madre, frente a frente, les preguntaría a ellos si se podrían sentar a una mesa con un loco descompensado a compartir un plato de comida y poder tener ese hijo en la casa, como yo lo viví a mi hijo en mi casa. Que mi casa quedó hecha un basural, porque mi hijo descompensado tiraba la comida por el piso o al techo o igual me mataba a mí; es un chico agresivo. Así que para mí el Vilardebó es todo. No creo que lo puedan borrar de un día para otro. Por un familiar que no vaya a ver al paciente, habemos muchos que vamos a colaborar por los que tienen familiares y por los que no tienen. En momentos en que se cerraba definitivamente el Vilardebó, en el mes de octubre o de noviembre, la doctora de la sala me obligó a llevar a mi hijo conmigo, porque me lo pasaban otra vez a la Colonia Etchepare, a lo cual yo le dije tienen la obligación como médicos que mientras el Vilardebó esté con las puertas abiertas, el paciente puede permanecer en la sala mientras el familiar se ubique. Porque una casa de salud es una casa de salud. Nadie puede pagar dos, tres millones de pesos en una casa de salud para que a los tres días se lo saquen para la calle al paciente, porque un loco no puede estar con enfermos que no son igual que él. Así que ningún familiar humilde como yo, que gano tres mil pesos, puede pagar una casa de salud para que me llamen por teléfono y me digan su hijo se descompensó, llévelo a un hospital siquiátrico. ¿Dónde está el hospital siquiátrico? El hospital

Musto, como le llaman hospital siquiátrico, tampoco sirve para el enfermo mental, porque más bien parece un quirófano. No sé cuántos dice que ya se tiraron de los pisos. Para mí el Vilardebó tiene que seguir o hacerse una cosa similar. Es un dolor muy desgarrante separarse definitivamente de un familiar de al lado de uno. En cambio al Vilardebó vamos dos, tres veces al día. Yo lo hice el 1o de Mayo que no había locomoción, caminando del quilómetro 9 del Camino Maldonado al Vilardebó. Deben comprender que es un sacrificio para el que lo oye, pero para quien lo vive no es sacrificio, lo hace con fe. Desgraciadamente hay muy poco trabajo en este país, el padre está sin trabajo. Trabajamos más las mujeres que los hombres. Tengo yo con mi pequeño sueldo que mantener al padre y al hijo. Y pagar el alquiler. Hay que pensar cómo se puede hacer, cómo se puede sobrevivir, cómo nuestro Uruguay no va a terminar todo loco con la situación económica tremenda. Venimos acá, no hay medicación. ¿Dónde vamos a buscar la medicación para un enfermo agresivo como el mío? ¿Adónde se puede recurrir por esta medicación? ¿Al Musto? ¿Al Ministerio de Salud Pública? ¿Con qué compramos un remedio siquiátrico que vale cien pesos? ¿Quién nos escucha? Yo le pagué el medicamento para mi hijo cuando en el hospital no había. Tendré que trabajar dos días seguidos en una casa de familia donde me pagan un sueldo para que haga un horario. Yo le pregunto a esos directores cómo haríamos nosotros con nuestros familiares enfermos, sin medicación, sin alimento y sin hogar, con tres mil pesos que gana una sirvienta doméstica, quisiera que ellos me contestaran si ellos pueden compartir conmigo eso, si es que tuvieran en su casa un enfermo, la madre o su hijo o su señora. Nadie está vacunado contra la locura. Nadie está libre que se pueda enloquecer. Ricos y pobres.

* * *

Días pasados la cúpula del Ministerio -el contador Givogre, la doctora Bachini y el doctor López Scavino- recibieron cortésmente a una representación del Movimiento Pro-ayuda al Enfermo Psiquiátrico, y les habló de los planes de mejoramiento de la Colonia Etchepare que ya estarían en ejecución. Cándida se quedó mirándolos.

Convicción, 15 de marzo de 1984

CONTRA LA MUERTE

Consumatum est. Los cuatro revolucionarios cubanos, autores de gravísimos delitos, cayeron ya bajo el plomo de un pelotón de ajusticiamiento, de acuerdo a la sentencia unánime del Tribunal Militar Especial encargado de juzgarlos, ratificada por el Consejo de Estado que preside Fidel Castro. Nada atenúa la responsabilidad de los inculpados, que por otra parte reconocieron sus delitos y dijeron no merecer ya vivir.

De modo que no está en cuestión el tema crucial de su inocencia o culpabilidad: el general Arnaldo Ochoa y sus cómplices no son, ni hipotéticamente, víctimas de un fallo apresurado o tendencioso.

Son, sí, víctimas de un bárbaro sistema penal que al ultimar al culpable se declara, de hecho, impotente ante las debilidades, a veces monstruosas o aberrantes, de la naturaleza humana ¿Castigo ejemplarizante? Más bien creencia infantil e ilusión falaz de que, borrado de la faz de la tierra el criminal, se borra el crimen. Sólo si le damos a aquél la ocasión de redimirse podremos escapar, él y nosotros, al dilema de hierro de su condición de irredimible. Cuba les negó a los culpables y se negó a sí misma la oportunidad de este acto de grandeza. Ahora "la banda de los cuatro" deshonrada por su muerte infamante, quizás se beneficie -en lo más secreto de los sentimientos del sensible pueblo cubano, para el cual Ochoa era un ídolo- de los destellos del martirologio.

Mala cosa, irse a trabajar el lunes con esa amargura. Amargura por el desencanto ante el héroe imponente que resultó ser tan vulnerable; amargura cuando ese cubano del común compara sus dificultades -bienvenidas porque la patria se las reclama- con el despilfarro de los burócratas que, sin embargo, se permiten dudar del socialismo ajeno; amargura también porque quien debió vigilar la hacienda -y tuvo dos años y medio para hacerlo- no lo hizo y ahora, como Raúl Castro, se rasga las vestiduras (pero no renuncia).

No tenemos que exhibir certificados de buena conducta para probar nuestra adhesión a la empresa liberadora emprendida por la Revolución Cubana. Esa adhesión tiene treinta años, como la Revolución misma. Me fue dado asistir, en el lejano enero de 1960, a la Operación Verdad con la que Fidel Castro y sus compañeros de Sierra Maestra intentaron contrarrestar la ola de protestas que, a nivel mundial, desataron las ejecuciones sumarias de los asesinos al servicio de Batista.

La Revolución estaba recién parida y, en un marco de hostilidad, su vida era incierta. Las víctimas del batistato -decenas de miles en el campo y las ciudades- reclamaban métodos expeditivos que, como en épocas de Machado, se hubieran convertido en justicia por mano propia si las autoridades recién constituidas no actuaban prestamente. Aun así pudo haberse mantenido el rechazo a la medida extrema (en mi fuero íntimo -uruguayo al fin- yo lo mantuve); pero el entorno era otro, las dramáticas circunstancias también lo eran y el derecho a opinar desde fuera -derecho innegable- no podía ser ejercido sino prudentemente, abriendo un crédito a quienes actuaban al filo de la navaja, entre el vivir o morir.

Treinta años después se reitera el paredón. Y la repulsa universal. La repulsa de los fariseos, que fingen horrorizarse; pero también el rechazo de aquellos a quienes repugna el bárbaro mantenimiento en los códigos de la pena de muerte. La reserva también vale, por supuesto, para el socialismo y los socialistas. Y quizás vale para ellos más que para nadie; al fin de cuentas

postulan al hombre mismo, tal cual es, como el fin último, en tanto el fin último del capitalismo es el lucro.

Acongoja comprobar que la Revolución cubana no se sienta fuerte como para ser magnánima. Lo es, en cambio, la débil y heroica Nicaragua, que abolió la pena de muerte sin que su Revolución Sandinista parezca menos cercada por el imperialismo que la cubana. Acongoja que, contra lo que el mismísimo Fidel prometió más de una vez, la Revolución devore, como Saturno, a sus propios hijos. Y lo haga con treinta años de existencia, cuando no puede dudarse ya de su consolidación. Sería descable -dicho con modestia y amor- que Cuba no se encierre en su airado dolor y se abra ahora a una autocrítica sin límites ni mentores. Una autocrítica que abarque, sí, la corrupción en todas sus formas, pero también el sistema político, incluido el sistema penal. Sólo así no habrá sido totalmente vana la pena de estos amargos días.

Brecha, 14 de julio de 1989

¿SE PUEDE SEGUIR SIENDO FRENTEAMPLISTA?

La pregunta hubiera sonado extravagante hace sólo unos meses o apenas un año. Hoy ya no. Se la formulan a diario muchos frenteamplistas decepcionados, o al menos perplejos. Y aunque cierta beatería quiera tapar las evidencias, ellas están ahí, planteando incómodas dudas. Enfrentarlas es de buena política y, sobre todo, de buena salud.

El Frente es más, ahora, cada uno de sus sectores que la suma orgánica de éstos. Se es hoy menos frenteamplista que miluno, o socialista, o vertiente o emepepé. Y antes de la ruptura, también pegepista antes que frenteamplista. ¿Es que la cáscara se vació de contenido? Pero los contenidos no llueven del cielo: los ponen -o los borran- las organizaciones y los hombres. El frenteamplista de a pie, el que no tiene tiempo -o perdió las ganas- para militar, advierte u olfatea que la discusión interna es por chirolas. El episodio de la frustrada candidatura al Senado de Danilo Astori -no cerrado- da grima.

Era el momento crítico de la ruptura con la 99. No seré yo quien diga: "¡Qué suerte que se fueron!"; podría sí, decir: "Lástima que el Frente no expulsó de sus filas, a su debido tiempo, a Enrique Martínez Moreno por incurrir (no obstante ser un hombre honrado) en la deslealtad de postularse al Parlamento como frenteamplista sin serlo y aclarando que no lo era cuando ya estaba ocupando su banca, a la que no renunció pese al engaño."

Pero me duele la separación de Hugo Batalla y la de muchos de sus compañeros, sobre todo de base. Y aunque me pregunto a qué se fueron si luego elegirían sus candidatos a dedo y pondrían "lo electoral" antes que "lo programático" (reiterando en su seno los vicios que le atribuían al Frente), no cabe sino respetar su vocación separatista. Quizás porque la prudencia es sabia y, ¿a qué decir "de esta agua no beberé" si fatalmente llegará la hora de la reconciliación (ya que podrá haber no dos sino diez y ocho izquierdas, pero partido del cambio hay sólo uno)?

Cuando la fractura se opera y en lugar del "aquí no pasó nada" sí, pasó, nos pasó y mucho, y de hecho el Frente se achica, ocurre la irrupción de una voz nueva, la de Danilo Astori, que mueve y conmueve a la militancia frenteamplista. Claro que la suya no es una voz estrictamente nueva; ya se había hecho escuchar desde un periodismo docente, desarrollado durante años con ejemplar probidad. Pero la caja de resonancia se amplifica de golpe y la proyección de Astori se vuelve nacional. Había hambre, sobre todo entre la juventud, de una visión global y de una lucidez y una pasión como las suyas. Hasta por razones de buen gusto, era un alivio escuchar planteos inteligentes, renovadores y abiertos como los del gran economista. El frenteamplista a secas, el que no tenía más partido que el Frente mismo, vino a mostrar que la razón de ser de la coalición estaba intacta, siempre que se quisiera remontar la vejez del estilo y superar nuestro, por paradoja, conservatismo de izquierda. Fue como un baño lustral.

¿No se percibió la alegría en el rostro de la gente? ¿No se enteraron las cúpulas, celosas de sus prerrogativas, que en los Comités de Base comunistas, socialistas, expegepistas, tupamaros e independientes firmaban a "manos llenas" por la postulación de Astori al Senado? La gente no entiende de estrategias raras, esas que agarran la sombra y sueltan el hueso. Por eso no entiende qué pasa con esa candidatura, ni quiere oír "explicaciones". El mejor parlamentario posible quedaría (de consumarse el despropósito) fuera del Parlamento; no por falta de votos populares ni por la

acción de sus tenaces adversarios, sino por voluntad (o falta de voluntad) de sus propios compañeros.

¿Se concibe mayor frustración para la gente del común? Cuanto hemos criticado de negativo y oportunista en la práctica de otros partidos, se produce y reproduce en el nuestro. Algunas voces se levantan ahora en las alturas para pedir, e iniciar, una rectificación del rumbo. Ojalá prosperen (avergonzaría el que así no fuera). Porque en las bases no se escucha otra cosa: "¿Y nos damos el lujo de prescindir de un parlamentario como Danilo Astori? Parecería que nos dirigen nuestros peores adversarios..."

El viernes pasado, a la noche, recrudeció el clamor. La fórmula presidencial del Frente Amplio compareció en el programa televisivo de Néber Araújo *En vivo y en directo* y allí, otra vez, brilló Danilo dando una lección de agudeza y sencillez, de claridad y espíritu docente; una lección de esas que dejan en el frenteamplista un regocijo interior porque, entre otras cosas, permitió contrarrestar —por una vez— el masivo discurso oficialista, hoy cínicamente disfrazado de opositor. Sí, hay una propuesta distinta para oponer a la de los conservadores de uno y otro pelo. Hela ahí: con soluciones concretas y precisas, con un léxico diáfano y con una visión del país que trasciende el corto día y convoca a la reflexión de todos.

La retórica, las hinchadas palabras portadoras de hastío dieron paso a las ideas maduras, esas que excitan el pensamiento de su destinatario y devuelven la política al ámbito creador que la dignifica. Danilo no descubrió, ciertamente, la pólvora; pero limpió de impurezas el terreno, levantó la mira del debate y nos recordó a todos que el frenteamplismo —además de todo lo que es— es un humanismo... o debería serlo.

Pues bien, ¿qué hace con su escepticismo el militante de otrora? No le da el cuero para volver al Comité de Base, y no quiere —no puede— desenganchar del todo. Espera el menor indicio alentador para levantar cabeza, pero le revientan el sectarismo de

ciertos bolches y el de ciertos antibolches, tanto como le revienta, cuando asoma, la soberbia cátedra tupamara. Quisiera descubrir, entender, sin preconceptos y de buena fe, lo de Polonia, lo de Hungría, lo de Cuba, lo de nuestro PIT-CNT (cuestionado desde afuera y ahora también desde dentro), pero de todos lados lo tapan con baldes de bleque: "Prohibido dudar" (bajo riesgo de herejía). Y si se le ocurre hablar bien de Batalla o al menos no decir que el Hugo es un traidor, pobre de él: le esperan el eterno desprecio, la descalificación eterna.

Entonces el 26 de noviembre, ¿se va para su casa?, ¿vota en blanco?, ¿o a los blancos?, ¿o al Nuevo Espacio, que es el mismo espacio con distinto collar? Quizás haga alguna de estas cosas. O no. Personalmente no creo que se vaya a bancar la bronca frenteamplista en solitario. Por lo pronto se niega a tolerar que entre la mezquindad de unos y el vuelo de perdiz de los demás, le birlen la necesaria presencia de Astori en el Senado. Y se está movilizanddo para remover los penúltimos obstáculos.

El tiempo, que no sobra, alcanza; pero la paciencia de los frenteamplistas puede llegar a agotarse.

Brecha, 22 de setiembre de 1989

A PESAR DE TODO

A quien le fue dado, por razones de edad, asistir a la difícilísima gestación de una unión de izquierdas en este país, y luego al auspicioso nacimiento del Frente Amplio, no le resulta fácil desandar el camino. La herramienta -aún imperfecta, mal usada o degradada en sus espléndidos fines- está ahí, y no se la puede tirar por la borda. Hay que mejorarla y depurarla. Y para mejorarla y depurarla hay que verla tal cual es y ser su crítico implacable y veraz.

El que nos encontremos en plena campaña electoral no es razón para callar. Gruesos errores tácticos (que el eufemismo me valga) acaban de cometerse, y si se denuncian hoy es porque hoy se cometieron. No nos mueve el desafecto ni la ligereza, sino el propósito de no avalar con el silencio conductas que lastiman el más puro sentimiento frenteamplista. Por callar u ocultar o tratar de ignorar, durante décadas, la verdad de cuanto ocurría en la URSS, deben hoy los comunistas asistir a una conmoción colosal y a un sinceramiento doloroso. Y -con probidad y coraje- proceden a levantar sobre nuevas bases una sociedad minada por el estalinismo.

Nuestra *glasnost* debe estar presidida por el mismo coraje y la misma probidad. Por otra parte la verdad, que circula por las calles, no va a ser menos perceptible y real porque se la silencie o disimule. El Frente Amplio -que con sobrada razón pone en evidencia la hipocresía de muchos dirigentes de los sectores

mayoritarios de los partidos tradicionales- no puede actuar como ellos. Debe discutir y resolver con las bases; todo a la luz del día, que es como se puede dormir en paz.

En cuanto a la pregunta (retórica, por supuesto, y cuya respuesta afirmativa estaba implícita) que formulábamos hace quince días -"¿Se puede seguir siendo frenteamplista?"-, explícitamente la contesto ahora: a pesar de todo sí, se puede; o, más modestamente, porque cada uno tiene su propia percepción de los hechos: al menos yo puedo seguir siendo frenteamplista. No votaría en absoluto a Carlos Julio Pereyra (con todo lo que lo respeto y lo que simpatizo con Matilde) porque no quiero aumentar los votos de Lacalle ayudando, en una de esas, a ungirlo presidente. Tampoco votaría, en absoluto ni en relativo, al Nuevo Espacio, que rebajó su socialismo hasta licuarlo en rosado o rosa té. Y por supuesto no voy a votar al muy respetable doctor Tálice y su Partido Verde; en cuanto a Pinchinatti, mi sentido del humor sólo me da para festejar los lunes en *Decalegrón* al impagable Ricardo Espalter.

Entonces, ¿se vota al Frente Amplio por descarte, por ser lo menos malo? Habrá quienes entienden, melancólicamente, que así es. Le darán, pues, su voto el 26 de noviembre, por aburrimiento, sin odio y sin amor: sólo por no votar en blanco ni dar el voto al enemigo, ni siquiera al adversario. Confieso que yo tengo resto para más.

Creo desde mis entrañas en el frenteamplismo. El frenteamplismo es la resistencia mayoritaria -y las bajas- contra la dictadura; es la oposición a esta democracia anestesiada que perdona y premia, en nombre de la conciliación nacional, a los militares golpistas y castiga a los que defendieron la Constitución y la ley; el frenteamplismo es el magisterio y el profesorado y los médicos y los trabajadores alzados contra un sistema que depreda la enseñanza, la salud y la vida en nombre de los intereses de la deuda externa. Es, a grandes rasgos, el proyecto liberador opuesto al extranjerizante de los neoliberales.

Claro que éstas son causas que no pertenecen en exclusividad a los frenteamplistas; pero -sin dejar de respetar profundamente a los ciudadanos de otras tiendas que también las defienden, ni de reconocer que hay frenteamplistas que por sectarismo las defienden mal-, estoy seguro de que los grandes números me dan abrumadoramente la razón. La Ley de Lemas, por otra parte, se encarga astutamente de borrar los matices. En efecto: Matilde es notable como persona, pero es previsible que su acción, no obstante lo positiva que sin duda será, va a terminar diluyéndose en la masa amorfa del Partido Nacional; en cuanto a los ciudadanos batllistas, fieles a un viejo ideario de cuño social, terminarán apresados por el corsé de hierro de Batlle, Sanguinetti o Pacheco, adalides del individualismo especulador y rapaz y, a la larga (si no es a la corta), adalides del autoritarismo.

Hay en el país un frenteamplismo, aun más allá del Frente Amplio. El Frente lo representa con indudable legitimidad, pero debe darle cuenta de sus actos y aceptar -sin que implique compartir- los cuestionamientos que se le formulan de frente y de buena fe. Sería trágico para el hoy y para el mañana del país que el Frente Amplio llegara a desdibujarse, desfibrarse o dispersarse por hegemonismos trasnochados, por simple burocratismo o por mediocridad en su conducción. El general Seregni -que se puso el Frente al hombro en el 71 y representó, como ninguno, la unidad; que luego alcanzó proyección histórica al sufrir diez años de cárcel con dignidad inigualada, y que "puso en carrera", para las elecciones del 84, a una coalición devastada por las proscripciones, la persecución, el exilio y la muerte-, Seregni, digo, tiene ahora la responsabilidad -él, que fue *alma máter* de los Comités de Base- de auscultar a la gente, escuchar su mensaje y revitalizar con hechos la fe frenteamplista.

Danilo Astori y Tabaré Vázquez son la savia nueva y acaso el nuevo estilo. Ellos, junto a Helios Sarthou, Carmen Beramendi, Mariano Arana, Alberto Couriel, Guillermo Chifflet, Hugo Cores y tantos otros, tendrán que encarnar la renovación del Frente que

los jóvenes, sobre todo, exigen. Esa renovación, clamorosamente reclamada en el Congreso del 4 de junio, conduce a la unidad y el pluralismo pero también a la democracia interna, a la inequívoca claridad de las conductas y a la exigencia de poner el todo por encima de las partes.

Soy de los que cree que el frenteamplismo no debe morir. Tratemos de mejorar la única herramienta -el Frente Amplio- de que hoy disponemos. Sabiendo que el enemigo se beneficia de nuestros errores y que señalarlos debería ser el deber de todos y de cada frenteamplista. "*La verdad* -recordémoslo otra vez- *es siempre revolucionaria*" (incluso en tiempo de elecciones).

Brecha, 6 de octubre de 1989

LA FE REASUMIDA

La resolución adoptada por la Mesa Política del Frente Amplio el viernes pasado, habilitando la candidatura de Danilo Astori al Senado por las listas de todos los sectores, colmó de alegría a los frenteamplistas. En las bases no había quien no lo reclamara; pero las cúpulas sectoriales demoraban, cuando no entorpecían, un paso tan obvio como necesario (al punto de dar, en dos instancias sucesivas, prácticamente por cerrado el caso).

Algunos recogimos periodísticamente el consecuente enojo de los frenteamplistas, pero al costo de generar otro: el de quienes creyeron ver que, por el contrario, hablábamos desde el Olimpo y pretendíamos dictar normas de conducta a quienes sabían muy bien lo que había que hacer. Terminaríamos, se dijo, perjudicando más que beneficiando con nuestra insistencia a la coalición, precisamente en el momento menos oportuno: el de las vísperas electorales.

No lo creímos así y tampoco lo creyeron las bases, que siguieron empujando. Ellas son las protagonistas de este notable fenómeno de participación popular, por el cual se "obliga" al Frente a hacer aquello que ya parecía seguro no haría. Astori, pues, como lo reclamaba a voces el frenteamplista de a pie, estará en el Senado en marzo del 90 representando a todo el Frente Amplio.

Hay que reconocer la flexibilidad final de los dirigentes de todos los sectores, reaccionando a tiempo (*"El tiempo, que no sobra,*

alcanza", decíamos el 22 de setiembre). Más que reconocer, hay que encomiar la saludable "tozudez" del PVP al forzar una tercera instancia de discusión que resultó decisiva; y, sobre todo, saludar la generosidad de los comunistas, que resignaron la banca de Jaime Pérez para habilitar la fórmula de avenimiento (sin perjuicio de que, ahora más que nunca, habrán de luchar por esa tercer banca de la 1001). Todos en realidad, dieron prueba de estar dispuestos a poner los intereses del Frente por encima de los de cada sector; no hablemos ya de la prédica de Seregni, de Crottogini y de los independientes, sectorizados y no sectorizados, porque ellos no son otra cosa que frenteamplistas.

Ahora bien. ¿Alcanza la decisión del viernes para sanear los procedimientos y el estilo imperantes, estos últimos años, en la coalición? Alcanzaría si fuera el resultado de una autocrítica a fondo, porque entonces estaríamos ante una revisión profunda de métodos y de conductas que tanto daño le hicieron al Frente en el pasado. ¿Por qué no se adoptó antes la resolución que hoy todos patrocinan? ¿Por qué rechazaban -hubo excepciones- a una criatura cuya paternidad hoy todos quieren adjudicarse? Quizás -¿por qué no?- recién ahora los renuentes escucharon la voz de la calle y vieron que era incontestable. Ojalá. Rectificarse o arrepentirse también supone grandeza.

Los frenteamplistas tienen hambre de claridad, de firmeza, de conducta fraterna. Y se levantan como un solo hombre -recorremos el discurso de Seregni en abril del 88- cuando resplandecen a la luz del día nuestras razones políticas de ser. El mismo viernes de la trascendente decisión la militancia daba muestras de su exaltado entusiasmo.

Mientras Sturla y su propagandea lista pro Lacalle reunían unos cientos de personas en la Plaza de los Treinta y Tres (beneficiándose con el río de gente que siempre, y sobre todo los viernes, circula por el Cordón), un acto del Frente, igualmente zonal pero en 8 de Octubre y Pan de Azúcar, sin la presencia de Danilo Astori (en gira por el Interior) y sin que se hubiera puesto ningún énfasis

especial en su convocatoria, reunió cerca de seis mil personas, enfervorizadas por las buenas nuevas que anunció Seregni. Es un claro indicio de que la gente se vuelve apática cuando está descreída, cuando no se la escucha (aunque todos la invocan), cuando sabe que tiene razón y no le dan bolilla. Ahí es cuando masca escepticismo y desaliento, y traduce apatía.

La resolución del viernes, al tiempo que hace justicia, trasciende al propio Astori y devuelve al Frente su cuestionada credibilidad. Es una lección inequívoca para frentistas y una lección aclaratoria para exfrentistas (que balconeaban maliciosamente los hechos descontando su definición negativa). El paso dado retemplará -ya retempló- la fe frenteamplista en todo el país, y quizás decida el hasta hoy incierto triunfo del Frente en Montevideo y, por ende, la obtención de la Intendencia para Tabaré Vázquez.

La lección, tal vez con aires de moraleja, es obvia: la virtud paga (pero exige continuidad y transparencia).

Brecha, 13 de octubre de 1989.

Míster Mártir en TV

LOS MENSAJES DE MILLOR

Contra la opinión generalizada, en estos días la televisión es para mí una verdadera fiesta. La televisión y también la radio. Arranco a las siete y media de la mañana con Emiliano Coteló en Emisora del Palacio y a medianoche todavía me estoy abanicando -"para volver a dormir"- con la bandera medio yanqui de Jorge Batlle. Sintonizo Prioridad, En vivo y en directo, Hablemos, Cómo son y El candidato, y hasta Decalegrón y De par en par. No en todas sus emisiones ni todo el tiempo, porque algunas obligaciones personales también debo cumplir. Pero diariamente corro a casa para estar a las 19 y 25, la hora de los informativos de tevé, y hasta las 20 y 30 no atiendo el teléfono.

Tampoco descuido las tandas, por la publicidad política que ahora las puebla, y ya tengo fichadas varias actuaciones relevantes: por ejemplo, lo bien que salen Quijano y Astori, lo tiosos que parecen Lichtensztejn y Gargano, lo "temible" que resulta el rostro de Juan Pablo Terra, lo teatral del maquillaje de Batalla, lo rubios que se están poniendo desde hace un mes los niños uruguayos, las órdenes automáticas que emiten las mandíbulas de Pacheco y los codazos -¡oh, de lo más civilizados!- que se propinan Batlle y Lacalle para ganar mejor nuestra indecisa adhesión. Ellos nos

utilizan; pues bien, que al menos nos diviertan.

El domingo a las diez de la noche me aprestaba, pues, a seguir en Prioridad lo que supuse sería un debate entre Pablo Millor y Danilo Astori. Decepción: no fue un encuentro entre ambos sino de cada uno con los conductores del programa. "Así no tiene gracia", me dije, mientras agitaba las piedras de hielo en mi vaso de agua mineral. Sin embargo la tuvo, aunque no sé si lo que tuvo fue precisamente gracia. Me fascina el rostro de Pablo Millor. Y sus palabras, su estilo, tienen que ver con ese rostro (no recuerdo si fue Onetti quien dijo que desde los cuarenta años cada uno es responsable por la cara que tiene). El rostro de Millor parece moldeado por sus convicciones. "Los neuróticos suelen ser flacos", he oído decir; "mientras persiguen implacablemente sus objetivos, consumen grasas". Millor ha ido afinando, afilando, sus rasgos; y su mirada -que otea el peligro- no parece distraerse jamás. No se le conoce carcajada o distensión televisivas, o esa curiosidad placentera que se detiene sin objeto a observar a los demás, sólo porque es fascinante conocernos. Millor parece tener siempre entre manos una tarea urgente, una idea fija: exterminar a alguien (aunque las palabras digan otra cosa). Tiene una inteligencia vigilante, en acecho, felinamente atenta a unos pasos que el enemigo no tiene la menor idea de dar. Parece austero (debe fumar "Republicana") y más dado al silencio insomne de los escritorios que al holgorio de las recepciones o al amistoso desorden de los boliches. Hay en él algo de monje, laico y gratuito.

Lo respeto en su paranoia. Realmente creo que no lo impulsan groseras ambiciones materiales: no debe querer cambiar de auto, apenas quiere cambiar de sociedad (prefiere las más autoritarias). Sólo está para servir a su líder, donde y como él -Jorge Pacheco Areco- lo necesite. No lo mueven, mi Dios, para quererlo, las bancas que le tengan prometidas. Si se le puede acusar de idealista, nadie en cambio negará su generoso fanatismo por la causa (una causa, eso sí, siniestra).

Asusta un poco, o mucho. Porque, ¿qué uso suele hacer

del poder esta clase de hombres que cree tener la sacrosanta misión de salvarnos, nos guste o no, y de eliminar a los que no les gusta? Me apresuro a contestar: un mal uso. Borran los matices, demonizan al contrario, santifican los palos y tienden a justificar, por los fines, los medios. ¿Es el caso de Pablo Millor? Sus antecedentes contestan por mí. Cuando uno lo ve por televisión, fija y torva la mirada y fanáticamente entregado a un caudillo que habla por señas, teme por la cordura de los hechos que vendrán. Pensando en los nazis que en el mundo han sido, ardientes defensores de un ideal nefasto, me pregunto acerca de los pozos sombríos de la personalidad donde nacen estos seres solitarios y amargos que, sin embargo, convocan e invocan (no sin éxito) a las masas.

Después de Pablo Millor vino a Prioridad Danilo Astori. ¿Hace falta decirlo?: fue el ascenso a la superficie, el regreso a la claridad, a la salud y -puede creerse que al margen de banderías partidarias- al disfrute (político, pero también humano y cultural). Y sin embargo quedó flotando, al término del programa, una nube ominosa. Es que hay algo muy enfermo en el pachequismo, algo macabro que tiene que ver con la historia de ayer pero también, hoy, con el endiosamiento irracional de alguien que está lejos y sólo gesticula. Hay jóvenes en esa actitud, y en lugar de asombrarnos deberíamos analizar el fenómeno y tratar de paliarlo.

El deseo de este tevecómano incurable, que el lunes seguirá rastreando el dial, es que nuestra mirada asuma la responsabilidad por lo que ve en la pantalla chica (chica, pero no inocente).

Brecha, 3 de noviembre de 1989.

Alberto Candeau

MUTIS POR EL FORO Y OVACION

El lunes súbitamente nos empobrecimos: El Uruguay se empobreció. Murió Candeau. Había "muerto un año y medio atrás, cuando cayó enfermo para no reponerse. Ley de oro del hombre de teatro: todo empezó de un modo teatral.

Habían hecho, él y Dahd Sfeir, **Mano a mano** a salas llenas, durante meses, en el Notariado. Y les llegó un contrato para actuar en Lima. Era el regreso pleno a la actividad, de la que Alberto se había retirado hacía unos años. Estaba feliz trabajando con Ducho, que había ido a su casa y a la peña del Hispano a buscarlo y a avivar en él el fuego sagrado. No le costó encontrarlo. ¡Maquillarse otra vez, volver a las tablas! Alberto estaba radiante. Ese día llegó a su casa con los pasajes para Lima en el bolsillo. Por un par de segundos perdió el ascensor. Y en su impaciencia por mostrárselos a Tina -igual que un colegial trayéndole a sus padres un carné con buenas notas- trepó velozmente por la escalera los cinco pisos. Al llegar tuvo que sentarse. Tenía palpitaciones, pero trató de restarle importancia. La tenía. Cancelación del viaje, exámenes, operación, retroceso generalizado, caída, fractura de cadera. Barranca abajo, por decirlo así.

Hoy quiero recuperar al Candeau de la vida, al luminoso, al espléndido. El otro, el de este larguísimo año y medio en que la enfermedad se fue apoderando de él lentamente, quitándole el

apetito, las ganas de hablar, las ganas de abandonar el lecho por unas horas para hacerle el gusto a Tina y tratar de caminar un poco, el del sufrimiento y el menoscabo físico, el Alberto que fue abandonando la vida antes de que la muerte le llegara, ése es el rehén de una jugada ingrata que más vale la pena olvidar. (No para Tina que lidió valerosamente, hora tras hora, con el peso muerto del hombre de su vida y que ahora tendrá que lidiar, más valerosamente aún, con el vacío.)

Quiero recuperar al Candeau de las virtudes públicas y las privadas, que en él son como el guante y la mano. Al igual que ciertas voces que expresan un poderoso sentimiento colectivo —pienso, en la comarca, en las voces de Gardel, Carlos Solé y Zelmar Michelini, Zitarrosa o el Canario Luna—, la voz de Alberto Candeau echa raíces en la tierra tanto como en el asfalto de este país.

No en vano la suya es la voz de José Artigas que nos gusta imaginar; no en vano pronunció la proclama del Obelisco cuando, en plena dictadura, el Uruguay civilista, del que no están excluidos militares, empezó a echar del gobierno —y aún no terminó— a los indignos militares y civiles del golpe y la tortura. Y tampoco resultó en vano que fuera también Candeau quien leyó la proclama de la Comisión Nacional pro-Referéndum, exhortando a los uruguayos a abolir la ley de impunidad como un imperativo ético insoslayable. Detrás de la garganta, apuntalando las inflexiones de la voz conmovedora, estaba el ciudadano Candeau, comprometido con los valores uruguayos que nos rigen. Solidario y lúcido. Y para no faltar a su condición, también teatral.

Porque la tarde del Obelisco Alberto se "escapó" del Solís y volvió a él en una ambulancia de la Unidad Coronaria Móvil (para andar más rápido). Se estaba representando *El vestidor*, por la Comedia Nacional, con Candeau como protagonista y sin mayor repercusión pública. Pero desde ese domingo la obra de Ronald Harwood fue un éxito, porque la gente ya no veía en el personaje central sino al lector de la proclama; para mejor aquél pronuncia,

por oportuno azar, palabras condenatorias del fascismo. El texto se tragó a la ficción y Candéau parecía seguir en el Obelisco; el Solís se venía abajo en ovaciones. Inesperadamente la pieza fue retirada de cartel y el propio Candéau, que entonces era director de la Escuela Nacional de Arte Dramático, tuvo problemas con la Intendencia; en el estilo de la época, ésta entendió el episodio como una "sinistra conjura". Candéau era el de siempre y sus enemigos también.

Desde 1930 al 90 -números redondos- el nombre de Alberto Candéau está ligado y da lustre al teatro nacional. Carlos Brussa en un extremo y en el otro Dahd Sfeir. La cultura uruguaya pasa por ahí (aunque no sólo por ahí). Y qué pertinente resulta decir uruguaya, porque en aquellos años treinta los pioneros que eran Brussa y Angel Curotto (otro fallecido de estos días) llevaban su compañía teatral al Interior del país, no para actuar sólo un fin de semana sino para aposentarse en las principales capitales y realizar allí largas temporadas. Reservaban habitaciones en el hotel principal y por una quincena o un mes se convertían en unos vecinos más, objeto, eso sí, de la sorprendida admiración lugareña por el vestuario desenfadado de las actrices montevidéanas. Allí estaban, entre otros, el pibe Candéau y la piba Mecha Bustos. Vocación raigal, servida con modestia y probidad ejemplares durante toda la vida.

¿Papeles memorables de Candéau? Los vi todos, desde el *Orgón* de Tartufo, hasta el *Galileo*, de Brecht, pasando por el *Volpone*, de Johnson, *El Alcalde de Zalamea*, de Calderón, o los napolitanos, que hacían gloriosamente Guarnero y él, en *Las voces de adentro*, De Filippo. Muestras voluptuosas, acabadas, de un arte minucioso, pulido desde dentro, para demostrar lo poco que puede llegar a valer la socorrida garra charrúa si no se es estudioso y perseverante en el esfuerzo y humilde en la actitud.

Me quedo, sin embargo (discutibles preferencias de un simple aficionado), con el repertorio de Florencio Sánchez y con los "grotescos" de Armando Discépolo. Toda la Comedia Nacional

funciona allí como un afiatado cuarteto de cuerdas en el que los solistas se funden en el todo y emergen de él como una sola voz. O como esas delanteras de fútbol (el símil deportivo le hubiera gustado a Alberto) en las que los jugadores se pasan la pelota de memoria y, sin mirarse, cada uno sabe dónde están los demás. En familia es, para mí, el paradigma. Y así como se recuerda la delantera que integraban Luis Ernesto Castro, Ciocca, Atilio García, Porta y Zapirain, o aquella otra con Ghiggia, Hohberg, Míguez, Schiaffino y Vidal, también el reparto de *En familia* es un clásico, y da placer y alegría nombrar a sus integrantes con retrospectiva gratitud: Héctor Cuore era el vicjo timbero, tan vulnerable en su crapulonería que resultaba imposible no simpatizar con él (sin que Candeau se enterara), Guarnero era el hijo abúlico, echado a la bartola, capaz de ver e incapaz de hacer (notable, Enrique), Carmen Casnell era la sufrida esposa, Maruja Santullo la "mala", Rosita Miranda y Margot Cottens las otras mujeres y al frente, Alberto Candeau, como el honrado jefe de aquella familia en decadencia que no se resignaba a ajustarse el cinturón y todo lo sacrificaba al "qué dirán". Candeau miraba consternado a su alrededor cuando su buena fe era, una vez más, sorprendida; entonces sacaba de entre pecho y espalda su voz de barítono, noblemente indignada, para poner a todos en vereda en nombre de los principios de una moral intachable (pero que hacía agua por todos lados en la sociedad porteña de entonces). Bendito Florencio, que supo poner en la boca de cada personaje lo que todos decían en la vida diaria, de tal modo que aprender los diálogos, para los intérpretes, debió generar el espejismo de ser ellos mismos el autor. El genio está presente allí donde mejor se disimula. Si *En familia* es ejemplo memorable de una labor de equipo, el recuerdo de *Barranca abajo* será perdurable por el trabajo creador de su protagonista. El silbido quedo de don Zoilo -en realidad toda la caracterización de Alberto Candeau- es un hito fundacional de nuestro teatro y allí Sánchez revela una vez más su prodigiosa capacidad de economía y elocuencia.

¿Cómo no había de tener sustento, en ese medio de fuerte combustión artística y afectiva, un vigoroso sentimiento de compañerismo que unía y siempre unirá a los de la farándula? Veteada de envidias, rivalidades y hasta algún fau de tarjeta amarilla, claro que sí, como pasa en las mejores familias; pero fatalmente hermanados. Las tertulias inacabables eran el escenario de alternativa y Candeau, que era el señor del teatro, era por antonomasia el señor de las peñas. La del Tupí de todas las horas, la del Sorocabana de las tardecitas y la del Hispano, en tranoche. Esta fue la última. Ausente Alberto, ¿quién iba a convocarla? Ya habían muerto Denis Molina, Norberto Noya, Mauricio Müller y Carlos Mezzera. Y como en esas piezas teatrales o en esas películas que nadie, ni el autor, se las cree, nadie creyó en la Peña sin Candeau. Y sus parroquianos habituales: Jorge Escardó, Dina Becciro, Hugo Rocha, Román López, Maruja Santullo, China Zorrilla (cuando está en la vuelta), Estela Castro, Félix El Helou y otros, se fueron dispersando. En tiempos de Alberto era distinto. El era el imán natural. Era la camaradería y el magisterio; éste a pesar del propio Candeau, que huía de la cátedra y de los timbres falsos e iba enseñando a los jóvenes, y a los que no lo eran, con el simple ejemplo de lo que vivía.

Siempre limpio, altivo y digno. Su estilo era un disfrute aparte. Atildado y pulcro en el vestir -un elegante algo antiguo, de planta robusta-, representaba con discreta fruición el papel de sí mismo. No el papel de Alberto Candeau, porque no era ni por asomo un pavorreal, sino el del actor de raza que siempre fue. ¿Es acaso posible otra cosa? ¿No habrá establecido, para el actor o actriz de teatro, en algún código invisible, un canje fatal entre el vivir la vida escénica y el escenificar la vida? Calvero se lo preguntaba ante el espejo de Candilejas. Alberto tenía el buen gusto de no dramatizar, hacía comedia o una leve machietta, sobreentendida por sus amigos como un guiño que no es necesario poner en acción: buena dosis de sorna, socarronería e inocente malicia. Y uno "veía" al macanador, al cursi o al patán que

Candeau quería describir. Después se explayaba en una ancha sonrisa, fuera festejando su propia "actuación" o invitando a no tomarla al pie de la letra. Corazón generoso, no quería dañar o herir. Por lo demás, corría en apoyo del compañero o compañera en desgracia o en prosaicos apuros, y fomentó el espíritu de socorro mutuo y de agremiación, para que el viejo actor pudiera retirarse sin menoscabo del decoro. Era el jefe de la tribu (si es que la imagen no quedó maltrecha luego de los últimos comicios) y ahora alguien tendrá que encender el fuego.

Yo tuve con Candeau mi propia patriada. Cuando murió Quijano salió un librito mío, **Navegar es necesario**, que cuenta a grandes rasgos la historia de don Carlos y la del semanario **Marcha** (casi son una). Varios comités de base del Frente Amplio y otras organizaciones barriales, invocando el desconocimiento que de esos temas tenían sobre todo los jóvenes, pidieron lecturas del libro y charlas ampliatorias.

Entonces concebimos con Alberto un "número" que "recorrió la ciudad con sostenido éxito", como dicen los gacetilleros. Candeau, con su tranquilo humor, nos autobautizó el dúo "Buono-Striano", famoso en épocas pretéritas. Yo leía los fragmentos que daban la cronología y el sentido de aquella figura y aquella empresa formidables, engrandecidas por la dictadura en retirada. Y Alberto leía el capítulo final, transformando, para mi asombro, aquellas páginas lineales en un impacto emotivo de seguro efecto. Estábamos felices los dos, y sobre todo mi distinguido socio que, requerido por el público, pasaba a recitar poemas famosos (de José Hernández, Evaristo Carriego, Carlos de la Púa, León Felipe y García Lorca). Era la apoteosis; ya nadie se acordaba del tema de la reunión (exagero).

Yo notaba que al preguntar a la concurrencia si aquella lectura mía no estaría resultando demasiado larga, el propio Alberto, a mi lado, asentía con la cabeza: sí, aquello era muy largo, yo debía finalizar por allí. El secreto es que quería empezar él, cuanto antes, con su recital. Y tenía sobrada razón, porque la gente lo adoraba

—era “el de la Proclama”—, identificándose además con su arte de auténtica raíz popular. Aquel inesperado final era el broche de oro de las charlas.

Una noche, en la Unión, un hombre cocinaba tortas fritas en la puerta del comité de base cuando nosotros llegamos. No hacía finanzas para el comité, era un laburante. Trabajaría mientras duró el acto porque no se le vio más; pero cuando Candeau se afirmó en los versos polirrítmicos de Parra del Riego (*“Palomares, palomares/de los cálidos aplausos populares”*) el hombre se acercó a la puerta y se quedó allí mirando como hipnotizado. Era sin duda el magnetismo del actor, pero también la llaneza del ser humano, capaz de zanjar, sin darse cuenta ni proponérselo, todas las diferencias culturales. Luego el laburante volvió con tortas fritas que obsequió al recitador desconocido (yo también ligué, pero el evidente destinatario era sólo uno). El hombre de las tortas fritas, sin saberlo, había concurrido al teatro por primera vez, y pagó la entrada con lo mejor que tenía: su trabajo, amasado con sus propias manos. El milagro se llamaba Alberto Candeau.

Brecha, 26 de enero de 1990.

"BAGDAD CAFE" O EL SECRETO DE VIVIR

El comienzo es insólito. En medio del desierto californiano, una pareja de turistas alemanes ha descendido del auto para, cada uno por su lado, orinar. Parece ser lo único en que están de acuerdo, porque un clima de exasperación se restablece entre ambos hasta un punto de ruptura. La mujer se hará de su valija y echa a andar sin rumbo fijo y él, embravecido, arranca en primera levantando una nube de polvo. Los ángulos de toma de la cámara son irregulares, anfractuosos, dándoles al todo un aire surrealista.

Sin embargo, a despecho de la seriedad de la crisis conyugal y lo incierto del desenlace, el espectador asiste a la escena con sorprendido regocijo. Es que la señora pesa sus buenos cien quilos y luce un cómico atavío que remata en sombrerito tirolés. Se simpatiza con ella sin dejar, por lo bajo, de burlarse. Inequívocamente, la comedia empieza a revelar sus cánones.

También su calado. La banda sonora se ve colmada por una canción ("Calling you") generadora de una peculiar emoción; a lo largo del filme ella identificará los sinsabores y las expectativas de la protagonista. No revolotean mariposas sobre la cabeza de ésta, como en el personaje de García Márquez, pero algo mágico emerge una y otra vez de la conjunción de ese canto punzante (Jevetta Steele) y la imagen de la gorda, patética en su rolliza desdicha.

El filme deja braceando por el desierto a esta cuarentona muchacha de la valija. Y traslada su acción al Bagdad Café, motel

de mala muerte y surtidor de nafta al borde de la ruta a Las Vegas. Al frente del Bagdad vegeta una familia negra desquiciada por el hastío de la mujer, la pereza del marido y la ajenidad de dos hijos adolescentes (un muchacho que se pasa las horas -otro detalle surrealista- tratando de dominar en el piano del café las dificultades de un preludio de Bach, y una chica en onda de divertirse y punto). Es el estrecho maridaje del medio y su gente, después del extravagante comienzo teutón.

Los hombres prolongan, como si fueran parte de él, el árido paisaje del *far west*. Atardeceres rojizos, lento desgranar del tiempo, y al fondo la cinta de la carretera con el ir y venir incesante de los camiones de carga. El enigma del camino, pero visto estáticamente desde el agujero del Bagdad Café.

Brenda, la "negra jefa", tiraniza a todos a partir del desaliento por el trabajo que la desborda. Pero el marido no banca más sus apremiantes berrinches y parte (no lejos: sólo hasta una distancia prudencial desde la cual, munido de prismáticos, seguirá las maniobras inquietantes de su bravía mujer). Esta, hundida al aire libre en un sofá desportillado, llora el desconsuelo de su soledad.

Ocurre entonces lo gozosamente esperado. Por entre sus ojos llorosos, enceguecidos por el sol, Brenda ve acercarse desde lejos un bulto enorme que arrastra una valija, mientras asciende en la banda sonora el lamento envolvente de la mágica canción. El encuentro resulta memorable y pone en evidencia, como la película toda, la sabiduría del realizador alemán Percy Adlon (cuya obra previa desconozco minuciosamente) y de su mujer Eleonore, colibretista. Ambos saben una enormidad de climas cinematográficos y de psicología humana. Las dos mujeres -cada una con un cansancio propio y un conflicto sentimental parecido- se estudian de hito en hito, mientras se enjugaban el rostro empapado (en lágrimas, Brenda; en sudor, la peregrina).

La platea no está menos interesada que la dueña del motel en saber quién es esa mujer de la gorda figura. Lo va descubriendo pero no junto a Brenda, que sigue jugada al recelo y al grito

pelado. Lo va descubriendo junto a los demás personajes del filme: el resto de la familia, un empleado indio, un bebé de brazos, una flaca especialista en hacer tatuajes y en bostezar, y un indio *hippie* (Jack Palance, aunque usted no lo crea). Todos celebramos la decisión de la foránea de quedarse allí ese día y los días siguientes. Porque *Bagdad Café* narra la historia de esa estadia; lo que sigue es el mejor cuento de hadas para adultos filmado en mucho tiempo.

Monosilábica y mayestática, la bávara comprueba con la yema de un dedo la mugre imperante y, aprovechando una ausencia momentánea de la dueña de casa, se pone a cepillar con germánica decisión toda superficie visible, incluido el letrero luminoso del motel. Es la guerra con Brenda (Cch Pounder, un hallazgo). Y pudo ser la derrota del filme, si a éste no lo moviera un corazón alegre y cálido y un espíritu de magia y poesía. Como si se posara en el mismísimo Atlas, la película descansa sobre el compacto quilaje de la completamente alemana actriz Marianne Sagebrecht y sale airosa, con la misma liviandad que la seductora intérprete.

Las películas convencionales se diferencian de las otras en que pasan al lado del milagro y no lo ven. *Bagdad Café* se tutea con el milagro porque cree en él. Y nuestra gorda Jazmín (como se hace llamar, contra el torrente de consonantes de su apellido) desempolva los muebles y desempolva la gente, y hasta se desempolva ella, mostrando la buena madera oculta. No con palabras en inglés, que apenas sabe pronunciar, sino con gestos de amor.

Mece al bebé y sus brazos continentales abarcan toda la ternura posible; escucha a Bach y el muchacho se siente, por primera vez, reconocido en su vocación; posa para Jack Palance y va desnudando, en sucesivas sesiones, su cuerpo enchaquetado, encorsetado y encorpiñado hasta mostrarse tal cual es, sensual sin dejar de ser casta (como las gordas danzantes de Picasso); del "piano de concierto" surge el más sincopado *jazz* neoorleanés, y un bumerán vuelve a las manos de su lanzador después de surcar

un cielo de maravilla. Es más difícil hacer creer en sí mismo a un escéptico, que hacer bailar bastones en el aire y Jazmín, también maga, cumple ambas hazañas limpiamente. Y sí; todo termina "bien" en esta comedia ética. ¿Vamos a objetarla por eso? Brenda y Jazmín terminan siendo amigas (hermoso abrazo en el desierto), no sin antes liberarse de sus maridos, uno despótico y el otro haragán. En cuanto a Jack Palance... bueno, entérense yendo a ver el filme.

Loca, saludable invención de los esposos Adlon la de poner de pie esta paradoja en pleno desierto y hacerla funcionar como espejo de la conducta diaria. Así veremos que lo que no puede ser puede ser, si se tiene el sentido de la libertad y se quiere al prójimo tanto, por lo menos, como a sí mismo.

Brecha, 9 de junio de 1989

LOS VENERADOS TODOS

¿Quién se acuerda ya del Tupí Viejo, en La Pasiva, y menos del Nuevo Tupí Viejo, en Colonia y Convención, instalado cuando aquél cerró, hace treinta años? Memorias de viejo, dadas ahora a cimentar una nostalgia de reciente data: la glorificación del Sorocabana Viejo.

Entre ambos Tupí hubo, en las décadas del treinta y el cuarenta, un tercero, el Tupí Nuevo (la imaginación, en materia de nombres, aún no había accedido al poder), ubicado en 18 entre Julio Herrera y Río Branco. Era un gran salón rectangular. Sobre el inmenso ventanal vidriado que en verano era abierto de par en par, el frente estaba como expropiado por la barra de los atenienses (integrantes de la *troupe*, gente de Radio Carve y del Club Atenas); al medio del salón se levantaba el palco de la orquesta y al fondo había parejas furtivas que querían verse y no ser vistas. Era un café más coqueto, menos bohemio y mucho menos prestigioso que el otro, el de la Plaza Independencia, eternamente animado por la farándula del teatro, la política y el periodismo.

Pero el palco de la orquesta del Tupí Nuevo hacía la diferencia, al menos para quienes "gustaban amenizar el aperitivo" (entonces se decía así) escuchando música. ¡Y qué música! Allí tocaron Julio De Caro, Elvino Vardaro, Pedro Laurenz y casi de pantalones cortos un gordito engominado, Aníbal Troilo. Me los perdí; por poco, pero me los perdí (¡qué pavadas no estaría haciendo por el barrio, en lugar de ir a escuchar a tan grandes

músicos!). Pero más tarde supe ir a escuchar a Osvaldo Pugliese, y esta crónica arranca de ahí.

En esa época yo andaba todavía enredado en las cuerdas del arpa de Osvaldo Fresedo y en los ramalazos líricos de tangos como "Vida mía". De modo que entré en otro mundo cuando escuché por primera vez en aquel palco del Tupí -sería en el comienzo de los cuarenta- a la orquesta de Pugliese: un mundo grave, viril, de arrastrada elegancia y ritmo envolvente, y con hondas apelaciones yo no sabía bien a qué, pero seguramente vinculadas a mi condición de rioplatense. Debí escuchar entonces "Tierra querida", "Buen amigo", "Chiqué", "Milonguero viejo", "Gallo ciego" y "Recuerdo", quizás sin saber que se trataba de esos tangos; pero aquel compás removedor, conmovedor, decía verdades que el tiempo no ha refutado.

Los porteños siempre tuvieron el tango a la vuelta de la esquina: Caño 14, Viejo Almacén, Café de los Angelitos, Tortoni y los equivalentes modernos y posmodernos de estas "catedrales reas" (como no se habrá abstenido de decir alguna vez Julián Centeya). Aquí en cambio vivimos de prestado (a menos que el austral toque los bajos fondos). Porque lo que está haciendo Joventango es formidable, pero en Montevideo es acontecimiento lo que en Buenos Aires es rutina. Ahora es así y antes también lo fue (mi "antes" no es el de Ignacio Domínguez Riera, que hablaba de una Ciudad Vieja poblada, en los "veintes", de cabarets, orquestas y bailarines).

Recuerdo que en el 42 ó 43 los muchachos tangueros de *Cine-Radio-Actualidad* (Rocha, García Otero, Federico Silva y yo) llevamos a Osmar, sí, Osmar Maderna, el joven y ya gran pianista de Miguel Caló, al Club Social y Deportivo Sisley, en la Comercial (único lugar con piano que pudimos detectar en la emergencia), y allí, ante la sorpresa de los bochófilos, le hicimos tocar cuanto quisimos, desde "Grisetta" hasta "Elegante papirusa", pasando por "La casita de mis viejos" y "Loca bohemia" (la línea musical, decareana, del tango). Era Osmar tan buena gente que -como

nadie tenía auto ni plata para el taxi- lo llevamos al club y luego al Centro en el 161 (que agarraba cansinamente por Uruguay, Sierra, Miguelete, Justicia...), y él encantado. Los músicos argentinos debían sentir la fascinación de un medio como el nuestro, menos sofisticado, competitivo y abrumador que el bonaerense; también más dado a la admiración declarada y al afecto, bajo el imperio de largas vedas de las figuras más queridas del género.

Quizás no se explique de otro modo el que hayan desfilado por una simple casa de familia, la de Yolanda Martínez -la querida Yoly, recientemente desaparecida-, nada menos que Troilo, Grela, Salgán, Piazzolla, Fiorentino y Edmundo Rivero, todo a base de la generosidad de ellos y el caradurismo nuestro (devoción incluida). “*¿No quiere venir (la invitación era de a uno, a lo largo de dos años), no quiere venir a casa de una amiga aquí cerca, en el Centro (yo me acordaba del Sisley), a charlar un rato, tomar unas copas y acaso, si estamos de suerte escucharlos tocar?*”

Y ellos fueron, criaturas de Dios; y a nosotros nos parecía mentira estar escuchando a un metro de distancia “La cachila”, “Vieja viola”, “Lo que vendrá”, “Suerte Loca”, “Sobre el pucho” y “Sur”, interpretados por sus geniales creadores.

No había celebridad que por entonces no cayera bajo nuestro poder de convicción (debiendo aclarar que no los elegíamos por célebres sino por entrañables). Un día Darío, Oscar Ravecca y yo llevamos al maestro Piendibene y a Pelegrín Anselmo ante un grabador para que contaran cómo fue, metro a metro, el histórico gol al Divino Zamora, en 1926. Y otro día, pero de noche, a favor de copas propicias, Louis Armstrong me canturreó en exclusiva, cuando estuvo en Montevideo en el 58, “West End Blues”, ese lamento negro que no me cansaba de escuchar en la grabación del propio Satchmo. Bendito descaro, gracias al cual pudimos convertir en humanas nuestras relaciones electrónicas con los venerados todos.

Ahora, sábado 2 de setiembre, estamos en el Solís. En el marco del Segundo Festival de Tango de Montevideo organizado por

Joventango, se presenta la orquesta de Osvaldo Pugliese. Este permanece de pie, derecho, aguardando con tranquila sonrisa que cesen las aclamaciones. El teatro está lleno a reventar y el clima de la sala no puede ser más cálido de afecto y simpatía hacia el maestro. Mientras ascendía el telón la orquesta ya estaba tocando "Arrabal", el tango de José Pascual con que Pugliese inicia siempre sus actuaciones. Después siguió "Los mareados" y luego una noche de antología.

La orquesta cumplió hace un mes cincuenta años (con mil formaciones distintas), pero el fraseo, austero en su lirismo y percutiente en su ritmo, es el mismo que Pugliese viene imponiéndole desde la época del Tupí. Es el fraseo que el maestro siente, el fraseo en que cree. Lo canta la orquesta en sus distintas secciones, lo cantan los solistas (¡qué bien los dos primeros fuelles y el primer violín!) y en el piano lo canta Pugliese con arte depurado, sin nada que ver con el aparatoso, el desparramado Berlinghieri y sí con Orlando Goñi, el legendario pianista de Troilo, que extraía de una sola nota hacamada toda la savia tanguera contenida en "Suerte loca", "Malena" o "Los mareados".

La sal del programa estuvo -para este refractario al tango cantado con orquesta, si no se trata de Fiorentino, Angel Vargas y unos pocos más- en los arreglos instrumentales. Allí es donde Pugliese se agiganta a la altura de un verdadero creador utilizando, como Duke Ellington en jazz, la orquesta toda como su medio de expresión. Flaco, 83 años, recto en el piano, Pugliese era la otra noche la imagen de la probidad artística, e infundía cariño y respeto en cantidades industriales.

Sus versiones de "Arrabal", "Los mareados", "Chiqué", "Gallo ciego", "La yumba", "Recuerdo", "A Evaristo Carriego" y sobre todo "Esta noche me emborracho", fueron de antología (como también lo fueron las partes orquestales de "La cumparsita" y el vals "Desde el alma"). Señalo especialmente el tango de Discépolo porque fue un verdadero desafío suprimir la poderosa letra de "Esta noche me emborracho" y jugárselo todo a la caligra-

fía de la orquesta que lució rica e incisiva, completamente "a la Pugliese".

¿Qué más? Hubo flores, serpentinatas, palabras alusivas y abrazos efusivos, y hasta la esposa de don Osvaldo alcanzándole discretamente hasta el piano a su marido, mientras se sucedían las ovaciones, un vasito con agua y quizás las gotas medicinales de la medianoche.

La gente salió eufórica al frío de la calle Buenos Aires y allí advertí cuánto más fácil es demoler un Tupí, dos Tupí, tres Tupí, que acabar con el tango.

Brecha, 8 de setiembre de 1989.

VIDA DE UN VIAJANTE

Yo nací en las costas del Daymán, por la estancia e' los Mattos. Soy del 12. Tengo 72 años. Chiquitos, nos juimos pa' Salto. Hice la escuela primaria y dos años de liceo. Fue mi primer viaje. Con esos dos años de liceo ya estaba listo; volví a las costas del Daymán, a trabajar en una lechería. Llevaba y traía las vacas y limpiaba el corral. Me daban 3 pesos por mes, comida y donde dormir. Diáhi, me fui viniendo pa' cá, pa' Paysandú. Trabajé en estancias. Aprendí a esquilar, aprendí a alambrar, a carnear. 'Tuve en las yerras. Tuve animales míos. Aquí también tuve animales. Pero tuve que ir vendiendo, uno a uno. Me fui pa' bajo, como todo. Vendí las vacas, el caballo, las gallinas, hasta quedarme sin nada. Quedé desnudo. A lo indio, nada más que las plumas. Pero más vale vivir a lo indio, que como vivimos áura. Pasaron los años. Pasaron... pasaron... Siempre trabajando por áhi. Un buen día me dio por hacer canastos, y después sillones, hasta que completé el oficio. Iba vendiendo canastos por las chacras. Nunca me gustó sujetarme. A mí deme el camino y un oficio.

Entonces me dediqué a dibujar lineares. Hacía cartelitos pa' l comercio, ¿vio? "Carnicería", "Almacén". Andaba por La Caliza, departamento de Artigas, y uno que le decían Pitico que tenía tienda, almacén y bares, me pidió un letrado. Crería que iba a' cer cualquier pavada. Trajo pintura, con unos palitos hice un pincel,

tiré unas líneas, hice el contorno y le puse: "Almacén, Tienda y Despacho de bebidas El Cóndor", con un cóndor que volaba bajito como pa'l empedrao. "Deme lo que usted quiera", le dije. Me dio treinta pesos. Ese cristiano estaba loco de contento. Como andaba medio decaído me arreglé un poco, me compré unas pilchitas.

Y me fui a los pagos de Silva y Rosas. No, cañero no fui. Me pedían ideas. Eran hombres muy brutos, no tenían desarrollo, no tenían idea de lo que podía valer un trabajo laboral. Habrán visto que yo soy dispierto y me pidieron consejo. No, sindicato no era. Los ayudé a reunirse, pa' pedir aumento de salario al patrón. Vivían como bichos, ¿me entiende? Y yo los ayudé. Todo con cautela. No es cuestión de... ¡je!... Los mejoraron: la comida, el salario, las botas. Después fui remolachero en Paysandú. Y sindicalista. Hace 30 o 40 años. Ibamos abajo el puente, en el Queguay, y nos organizamos con 4 o 5 compañeros. Y no'juimos pa'la ciudad. Ahí tratamos con "El gringo' el pito", pitaba siempre el gringo. Hombre grandote, suizo. Vino aquí con las cacharpas al hombro y se fue lleno. Fue bravo pa'entrarle al Gringo.

Comercio exterior

Yo no me aguantaba en lo mismo mucho tiempo, y me fui al Paraguay. Dentrando a la derecha, ahí nomás, al ladito del Paraná. Había ochenta mujeres, grandotas, una musculatura de varón, sin dispreciar. ¡No, qué me viá'enredar! Cuando estoy en el trabajo, hay que cuidar. Allí estaban ellas con un inglés. Le pedí al inglés pa'dormir esa noche, y algo que comer. Me atendió muy bien. Al día siguiente me ofreció trabajo. Por 5 días. "Pa'que se compre alpargatas o algún zapato". Pa'qué iba yo a querer zapato en la selva. Pero aceté. Mi trabajo era limpiar el corral de chivos. Cuando terminaron los cinco días, me ofreció quince días más. Pa'hachar. Fui hachero. Meta hacha. Tajeando los árboles pa'sacar el caucho que caía en unos riñones grandes. Eso iba a los tanques. Los tanques se tapaban bien y se embarcaban. Aquellas indias

braceaban los troncos que era'sunto. Hacían balsas. Embarcaban los tanques en las balsas, y se las llevaba el Paraná, donde estaban los ingleses. No, no sé pa'dónde irían. Pierda cuidado que pa'l Paraguay no iba a ser. Cinco años me fui quedando. Entonces viajé a Bolivia.

Tiempos de Patiño. Yo fui arriero de Patiño. Cada uno iba con 10 o 15 burros cargando el antimonio. Nos daba uniforme de soldado, por el frío del altiplano. No, no eran ponchos. Eran uniformes. No sé, tendría arreglo con el ejército. Pagaba bien, y comida de lo mejor. Pero claro, nosotros le cargábamos grandes capitales. A los mineros también, cómo no. Pagaba bien a todo el mundo. ¿Que se morían jóvenes? Ah, sí. Algún percance siempre había. ¿El socavón? Bueno, sí. Pero daban mucha leche de chiva. Cuatro años me quedé en Bolivia.

De ahí agarré pa'la isla e'las cobras, en el Brasil. Sacaba pepitas de oro de la arena. Estuve un año. Pero tuve diferencias con el judío y me mandé a mudar. Me fui a la Argentina. Trabajé en el Mercado de Abasto, en Buenos Aires, tiempos de Ortiz. Tomaban cuadrillas a destajo, para ordenar cajones de fruta y verdura. Después me pasé al Frigorífico La Negra. Trabajé en la planchada. Aprendí de todo, mire. ¿Buenos Aires? Mucho ruido.

"Bienvenidos al Uruguay"

Volví al país. Por Colonia. Y seguí a Paysandú. El Uruguay es siempre el Uruguay. A no ser que se lo coma la tierra, siempre vuelve. ¿No ve el Wilson? El hombre anduvo... anduvo... pero tuvo que volver. El uruguayo es volvedor. En Paysandú me dediqué a la ganadería. Fui tropero. Hasta que nos vinimos pa'Montevideo, hace unos veinte años. Tengo la familia y estos ranchitos de lata. Antes salía con el carrito y la petiza. ¡Pero si no hay trabajo! Usted sale, y le piden un peso a usted... Yo tuve aquí una granjita. Tenía vacas, caballo, ovejas, gallinas. Todo se lo comió el barbudo. De a uno fui vendiendo los animales, pa' poder comer.

Mis padres eran creyentes, y yo traje esa descendencia: creo en Dios. No soy de pasarme en la iglesia, pero creo en Dios. En esas andanzas que yo andaba me encontré con un libro que me gustó de Tomás Kempis. ¡Sí, señor! "La invitación de Cristo", de Tomás de Kempis. Sí, me gusta ler. Si usted no lé, no saca nada. Ese libro, mire, yo lo leía, lo leía... Cuando anduve por el departamento de Río Negro, si podía dar una palabra de aliento, ayudar a un niño, aliviar un dolor o una pena... ¡Eso mismo! Misionero fui. De todo lo que hice: trabajo, política, gremial, lo que más me gustó fue eso. Ser misionero. Eso encierra una cosa muy grande en el alma diuno, me entiende... Yo le digo a mi señora: Cuando quedemos solos, vamos a salir los dos a caminar por ahí, de misioneros. En el carrito, con la petiza. Usted no sabe pa'dónde va. Sale no más... Yo fui caminante, fui "mochilero" (aura está pulida la cosa), fui linyera, que en Buenos Aires le dicen ciruja.

Siendo misionero, curé un hombre. Le vía contar. ¿Ta' purao? Bueno. Yo estaba en la carretera esperando un tiraje. ¿No sabe lo que es un tiraje? Se le dice a pedir a un camionero que pasa que lo lleve un trecho, que lo acerque pa'donde usted va. Yo iba a la estancia de Rubio, estancia y cabaña del Dr. Rubio, Rua 26. Ahí se me acerca un muchacho que también esperaba un tiraje. Esperando los dos, entramos a prosiar. Va y me dice: ¿Y por qué no se viene pa'mi casa? ¿Y dónde es tu casa? Yo vivo en campamento. Ah, campamento. Vino un camión, nos levantó y me fui con él. Total... a mí naides me esperaba; podía cambiar el rumbo. El padre del muchacho estaba tullido. Desgranando maíz, no me recuerdo qué le pasó. Salió pa'fuera, había mucho frío y se pasmó, quedó arrollado del lado derecho. Llegamos. Allá estaba el hombre, arrollado en un cajón, sentado en un cajón. Yo tengo remedio pa'curarlo don, si usted quiere. No quería. Porque si los médicos no me hicieron nada, qué me va poder usted. Dejálo, dijo la señora. Quién te dice que lo mande la Divina Providencia. El muchacho miraba. Es sencillo el remedio, le digo. Va a gastar nada más que una hora de fuego pa'calentar las agüitas. Cinco litros de agua

caliente con hojas de abrojo picadita. Después secarlo bien y pasarle grasa mineral con grasa e' riñonada. Era una untada de los indios, que se daba antes, la aprendí de una madrastra mía, que era del Paraguay. Yo tenía un dolor acá, bien acá, que balaba como un león, de dolor. Los médicos me deshauciaron, pero vino mi madrastra y me curó. Yo aprendí, y así fue como curé al hombre aquel. No quedó bien del todo, pero después lo vi jugando al casín del lado derecho.

Después me vine pa' cá. Formé familia. Sí, senté cabeza. Pero no vaya a crer... donde vuelva Erro me pongo a la orden. Tengo cinco hijos, perdimos una niña. Y esta nietita. El mayor tiene 24 años. Hace de cuenta que está enterrado en vida. Anda como peludo, bajo tierra, en la humidá. Pico y pala, pico y pala. Trabaja en saneamiento. Creo que gana 80 ó 100 pesos la jornada. Figuresé, con el quilo de pulpa a cien pesos. ¿Cómo puede ser?

Vaquitas y penas

Un país lleno de bichos como éste. Usté va a cualquier parte y están tirados los animales. Es la base del Uruguay. A los seis meses tiene un novillo. Gordo, lindo, chato, como pa' carnear. No sé... no sé... esto aquí va demorar pa' arreglarse. Mucho contra-tiempo. En esta zona yo soy un atorrante, ¡y me vienen a pedir a mí! Vienen tres o cuatro gurisitos a pedir naranjas, y se las doy, ¡cómo no se las via dar! Yo tengo hijos, una nieta. No sé lo que van a pasar un mañana. Tamos juntando unos zapatitos viejos de la nena pa' dárselos a una muchacha que viene todos los días, con un nenito, a pedir. Si viene, es porque siente hambre, tiene miseria. No, señor. Yo no tengo jubilación ni pensión. Trabajé toda la vida y sigo trabajando. Pero, ¡qué via a declarar yo, si me he pasao la vida viajando de un lado a otro! ¿Pedir? Ah, no. No sirvo pa' andar jeteándole a los ricos. ¿Y mi dinidá? Yo así estoy bien. La plata que gano en alguna changuita es pa' ella. Ella alministra. Uno que tiene una silla y la quiere vender, me la trae. Yo gano la diferenciencia. Tenía

un quiosquito, "El Sanducero": cigarrillos, cande, aspirinas, "ricarditos" ... Tuve que cerrar. Vino pa'bajo. Aura me queda el vino. ¡No, qué de consuelo! Me queda el vino pa'vender. Sí, vendo vino. Estoy a veinte pesos, y por áhi se vende a 25 o 27. Me lo fía un bodeguero, y algo queda pa'mí. Si no ¿dónde está el negocio? Aura me van a dar pa'vender jabón, en botellas. No hay trabajo. Y pa' mejor, no me gusta trabajar con patrones. No los aguanto, ¿me entiende? Pa'qué me via andar disculpando. Sí, señor. Toda la vida fui muy independiente.

Mire: a un tío mío que tenía más de 200 hetáreas frente al Espinillar, en Salto, le iban a comprar todo. Un platal. Pero quedó todo en aguas de borraja. ¿Y sabe por qué? Le tomaron todo, ¿entiende lo que le quiero decir? Le coparon todo. Tierra fiscal, le dijeron y se quedaron con todo. ¿Cuántos casos hay, como ése, que desconomisan todo? Si yo no entro, no tengo que salir. Déjeme tranquilo aquí. Con lo mío y con los míos. Aura se va a casar una hija. Y como están las cosas, yo le dije: Vénganse pa' cá (él es un buen muchacho), acá les hacemos lugar. ¿No dicen que éste es un país tan democrático? Uno se hace democrático también. Aquí necesitamos un poco más de alegría, de llenar la panza, y tener trabajo pa' poder desarrollar a los hijos. ¿Sabe cómo catalogo yo al Uruguay di hoy? El Uruguay está como enlutao. Enfermo está. Y con eso cierro todo.

Convicción, 28 de junio de 1984

INDICE

La "batalla" del Río de la Plata	5
Celebración de la vida	15
Un Papa visto de cerca	23
Cosas de viejo	30
Sus padres volverán	34
Los Maestros (Quijano y Castro)	37
La última morada	45
Las voces del cemento	50
Turismo sin atenuantes	64
Vistazo al Paraguay	72
Me llamo Soledad	78
Ni ancho ni ajeno	85
De la Dama de Hierro a la Dama de Elche	91
Nueva York: el día y la noche	98
Con el alma en el jazz	104
El sueño americano del hombre solo	111

Días de radio	123
Enloquecer al cuerdo	126
Contra la muerte	129
¿Se puede seguir siendo frenteamplista?	132
A pesar de todo	136
La fe reasumida	140
Los mensajes de Millor	143
Mutis por el foro y ovación	146
“Bagdad Café” o el secreto de vivir	153
Los venerados todos	157
Vida de un viajante	162

Esta edición de "Pruebas de imprenta" se terminó de
imprimir en ARCA Editorial S. R. L., Andes 1118,
Montevideo, en el mes de marzo de 1990

Depósito Legal No. 244.335/90

Comisión del Papel - Edición amparada al Art. 79 de
la Ley 13.349.

En Mi mundo tal cual es (1966), Ver para querer (1970), Reportajes a la realidad (1972), "Navegar es necesario", Quijano y el semanario "Marcha" (1984) y Mario Benedetti (reportaje) (1986), Hugo Alfaro fue mostrando las diversas instancias de una larga y destacada trayectoria periodística. Con el sabor coloquial que confiere la vida cotidiana, con la pulcritud y la transparencia que permiten trasladar intactos emociones y afectos, con la sobriedad necesaria para decantar énfasis artificiosos, Alfaro pone en evidencia una vez más, en este nuevo libro, Pruebas de imprenta, sus preocupaciones y preferencias, siempre vinculadas con la realidad social que nos rodea y nos asalta, desde la evocación de maestros amigos hasta el descubrimiento renovado de otras tierras, desde las situaciones políticas más arduas hasta los problemas específicos de la cultura. Pruebas de imprenta son, en definitiva, pruebas fehacientes que confirman la presencia de un escritor entrañable e incisivo, que deja a flor de piel de su escritura un arraigado amor por la gente.